

# Miguel Milá

Lo esencial

Una guía de diseño  
para la vida

Lumen



# Miguel Milá

## LO ESENCIAL

El diseño y otras cosas de la vida

Edición y epílogo de Anatxu Zabalbeascoa

Lumen

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen

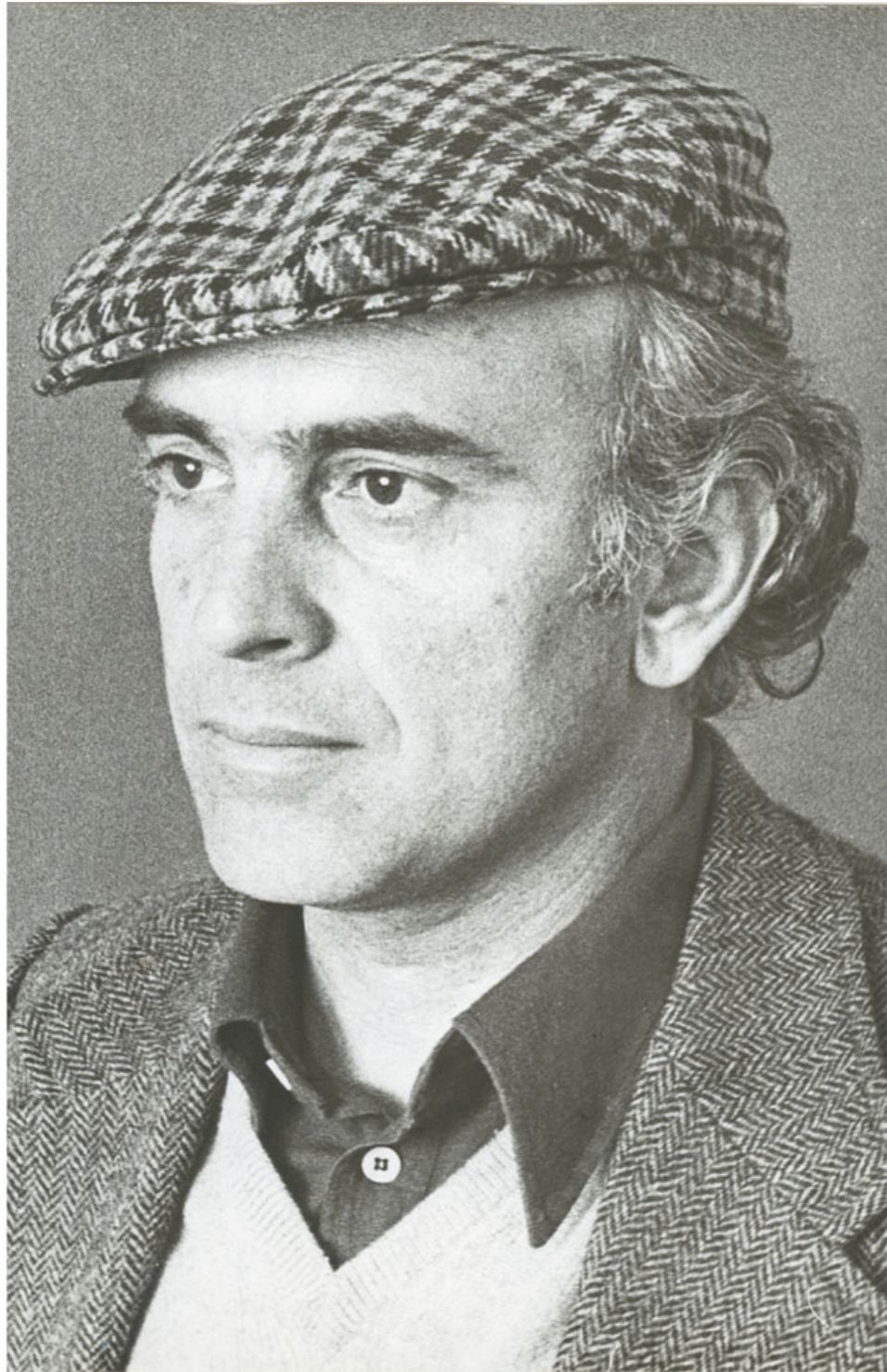


@editorial\_lumen

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Cuqui, mi mujer, a mis hijos (Juan, Gonzalo, Micaela y Lucas) y a mis seis nietos (José, Félix, Gadea, Elsa, Constanza y Julián), que me han ayudado a ser feliz.*





*Hacia 1963. FOTO: JOSÉ MANUEL FERRATER*

# Prólogo

Ha llegado un momento en que estoy hasta las narices de Miguel Milá. Aun agradeciendo el reconocimiento recibido en los últimos años, he llegado a hartarme de mí mismo. Siempre me ha gustado la tranquilidad. He huido de la presión porque sus efectos me impiden ser yo mismo. Y lo paso mal. Lo paso mal despertando expectativas. Ni siquiera me gusta recibir encargos. Cuando tengo una idea, la construyo. No sé pensar de otra manera. Por eso me parece una exageración hacer un libro. Tanta exposición me obliga a revisarme, a investigarme, a cuestionarme, y, cuando lo hago, todo me parece lleno de fallos, falta de verdad. Los aplausos y discursos me convierten en algo con lo que no me identifico.

Todo esto lo compenso con el aprecio, con el cariño y con la amistad que he recibido. Ahora, bien cumplidos los ochenta, he llegado a la conclusión de que a la gente le importa más el cómo que el qué. Cómo digo las cosas y cómo me expreso interesa. O parece que interesa. Tengo la sensación de que lo que digo ni lo oyen. Por eso tal vez debería callar. O aclarar las cosas. O aclararme yo mismo.

No reconocerme en un libro o en un artículo sobre mí me intranquiliza. Y me perturba el sueño. Cuando me reconozco, me emociono y mi mujer me pregunta: «¿Ya vas a volver a llorar?». Si

os creéis que os voy a decir cómo tenéis que hacer las cosas, no os molestéis en leer este libro. No creo en las doctrinas únicas. Yo solo sé hablar de las cosas que me pasan. Hablo solo por mí, desde mi experiencia, desde mi punto de vista y con mi sesgo personal. Con ochenta y ocho años, esto es lo que pienso. Que quede claro que puedo cambiar de opinión.

# Diseñar es ordenar

Siempre he dicho que soy un diseñador preindustrial. Me metí en el mundo del diseño sin darme cuenta. Sin saber lo que era el diseño. En realidad, todavía no lo sé. No lo sé porque creo que el diseño va cambiando. Por eso yo, con el tiempo, voy redefiniendo la idea que tengo sobre el diseño. Es decir, he aprendido a vivir con pocas certezas. También a administrar esas pocas verdades.

Por un lado, sigo pensando lo mismo que pensaba cuando comencé a diseñar. Aunque esa idea se ha enriquecido. Es más plural, más atrevida y más sincera. Por eso sé que las ideas potentes admiten la duda.

Intenté hacer una lámpara con una pantalla que se pudiera fijar a diferentes alturas, para que fuera funcional. Que desapareciera cuando no se necesitara.

Tras pensarlo mucho llegué a la conclusión de que diseñar es ordenar y de que el diseño consiste en cumplir una función manteniendo la emoción, la emoción estética. Todo lo que soluciona con belleza es un buen diseño. Lo que consigue estética sin función es otra cosa. En el diseño tienen que darse a la vez ambos: solución y belleza. No vale entorpecer con belleza. La belleza nace de la gracia, de evitar, precisamente, la torpeza.

Cuando era joven me daba vergüenza reconocer, y ya no digamos afirmar, que me importaba la belleza, que consideraba esencial la parte estética de las cosas. Ahora me enorgullezco de haberla cuidado. También de decirlo. Y hasta de repetirlo: la estética es lo más importante. La función se da por hecha. Pero la emoción estética enriquece la compañía.

Los objetos nos rodean siempre, incluso cuando no se utilizan. Por eso lo más importante no puede ser únicamente el uso, porque la presencia de los objetos es tan fundamental como su uso.



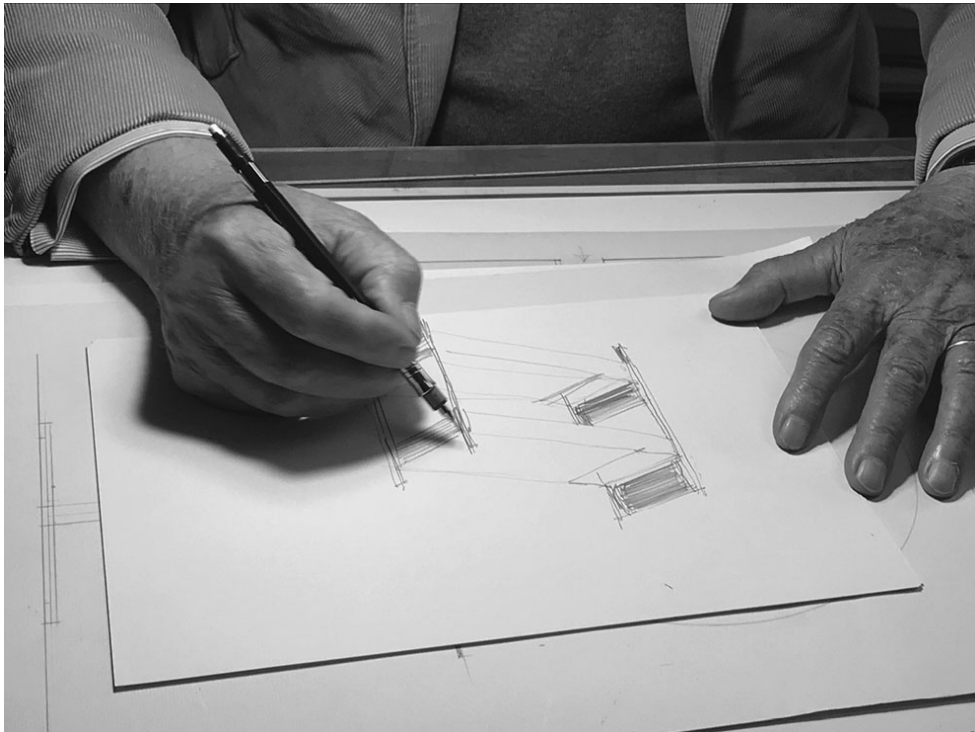
*Lámpara Care, de 1962 (que tomaba el nombre de Cabanas y Revuelta, los dos herreros que la produjeron), uno de mis diseños para Tramo. La versión actual, que comercializa Santa & Cole, fue rebautizada como Wally.*

Una lámpara está mucho más tiempo apagada que encendida. Y cuando está apagada, lo mínimo que puede hacer es no molestar. Y lo máximo, alegrar la vida. Acompañar sería el punto intermedio.

Una lámpara debe alumbrar, en ningún caso deslumbrar. Por eso, al final, el mejor diseño acompaña y no molesta. No molestar es más fácil que acompañar. El que acompaña arriesga. Y se arriesga a molestar. Por eso acompañar sin molestar, o que te acompañen sin molestar, es un logro. Lo haga una persona o un mueble.

Alvar Aalto decía que, cuando una cosa no es útil, el tiempo la vuelve fea. Como diseñador he intentado no tener que dar explicaciones con el paso del tiempo. Trabajando trato de mejorar la vida del usuario. Intento simplificarla. Pero también busco acompañarla, embellecerla. A todo eso, estos días lo llamo «confort». Cuando pretendes que la gente viva con comodidad, debes tener en cuenta todos estos criterios.

La búsqueda de la emoción estética en diseño solo es posible a partir de un objeto que funcione. Al final, la razón pesa. Todo debe ser razonable, aunque la estética es siempre lo menos razonable. Y yo lo que hago como diseñador es ayudar todo lo que puedo a que esta unión sea posible. Dicho esto, tengo una gran admiración por la gente que es capaz de hacer algo inútil. No es ironía. Me fascinan los artistas capaces de trabajar solo en la emoción que producen las obras. Y me rindo ante los que logran producir belleza. Yo no sería capaz de hacer algo que no sirviera para nada. Lo que es meramente decorativo me sobra. No le encuentro el sentido. Eso sí, tengo la casa llena de objetos a los que asocio recuerdos, significados y afectos: una estantería modernista que mis padres no querían, un busto de mi abuelo o dibujos de mis hijos.



En mi mesa de trabajo. FOTOS: MARIANA EIDLER

Todo lo que tengo sé de dónde viene. Sé a quién ha pertenecido. Conozco su historia y esa historia está ligada a la mía. Nunca tendría en casa algo solo porque fuera bonito. Y, sin embargo, admiro a quien es capaz de concentrarse en esa búsqueda.

A mis ochenta y ocho años uno de los deseos que tengo es que pongan una barandilla en los accesos a los escenarios para, cuando subo a ellos, hacerlo con dignidad.



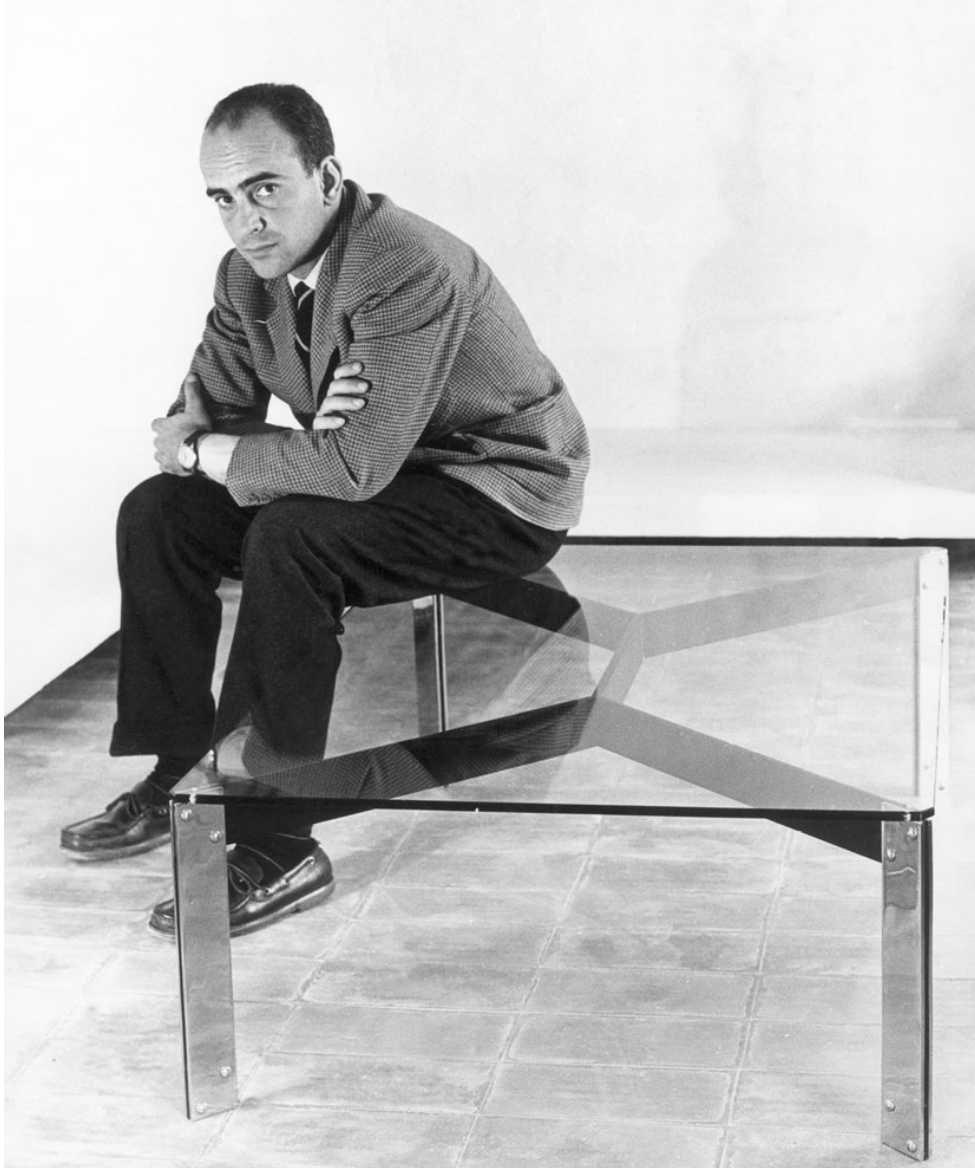
# La moda pasa de moda

Que la moda es aquello que pasa de moda lo dijo Jean Cocteau. Yo creo que te quita personalidad, es un error pensar que te la da. Mis diseños nunca han estado de moda. Y quizá tampoco han pasado de moda.

El legado de mi madre fue vacunarnos a todos los hermanos contra el consumismo salvaje. Yo ahora compro más cosas que antes, como todo el mundo. No suelo comprar algo que no necesite y nunca he dejado de usar algo que haya comprado. Los trajes me duran más de veinte años. He heredado americanas, corbatas y muchas otras cosas. Creo que lo bueno se usa muchas veces. Siempre que compro algo acabo necesítándolo.

Con todo, me gusta mucho ir bien vestido. El otro día me vi anticuado con una americana que heredé de no sé quién. La llevé a un sastre a «arreglar», uno de esos que por suerte han vuelto a abrir sus negocios, y le pedí que me la acortara un poco. Digamos que no es exactamente seguir las modas. Más bien actualizo un poco las cosas. Pero me alegra que vuelvan a existir estos profesionales de los «arreglos», que se recuperen algunos oficios, porque la gente demanda sus servicios. Yo tengo tendencia a transformar en útil todo lo que poseo. Esos cambios de la sociedad y esas

repercusiones en el mantenimiento de los oficios me hacen ser optimista.



*Sentado en la mesa de cristal que diseñé para mi hermano José Luis en 1962. Él quería una mesa que permitiera ver la alfombra. Esta mesa la comercializó Gres.*

Las compras son una cuestión de educación y, sin ponernos solemnes, de ética. No tiene ningún sentido que las personas consuman al ritmo enloquecido de la moda. Afecta cada vez a más

ámbitos de la producción industrial. Es eso lo que conduce a comprar cosas sin plantearnos si las necesitamos. Sin embargo, nos aseguran que ese es el futuro, el motor económico, el sistema de vida.

Creo que deberíamos preguntarnos por los efectos de esa compra continua en el planeta, en nuestros valores, en nuestro cerebro, en nuestra manera de relacionarnos, en nuestras prioridades y en nuestra forma de vivir la vida. Tras la vacuna de austeridad que recibimos en nuestra casa, me cuesta mucho pagar por una cosa más de lo que considero que vale. Debo entender su valor.

En cuestiones de vestir, compro poco pero bueno, y siempre durante las rebajas.

# Diseñar es mirar la vida con lupa

Que esté todo por hacer no es un abismo, sino un mundo de posibilidades. Eso es lo que sucedía cuando yo empecé a trabajar en los años cincuenta. Todo estaba por hacer porque el país se hallaba sumido en un letargo, desconectado, paralizado. Y, por otro lado, desde muchos ámbitos, todo se estaba cuestionando.

Mis mejores maestros han sido personas, antes que profesionales. No concibo las obras al margen de las personas. Asocio lo hecho con quien lo hace. La primera lección la recibes del comportamiento de los autores, no de las obras en sí. Luego debes saber ejercitar la mirada, ver las cosas en lugar de pasar la vista por ellas. Diseñar te hace mirar la vida con lupa.

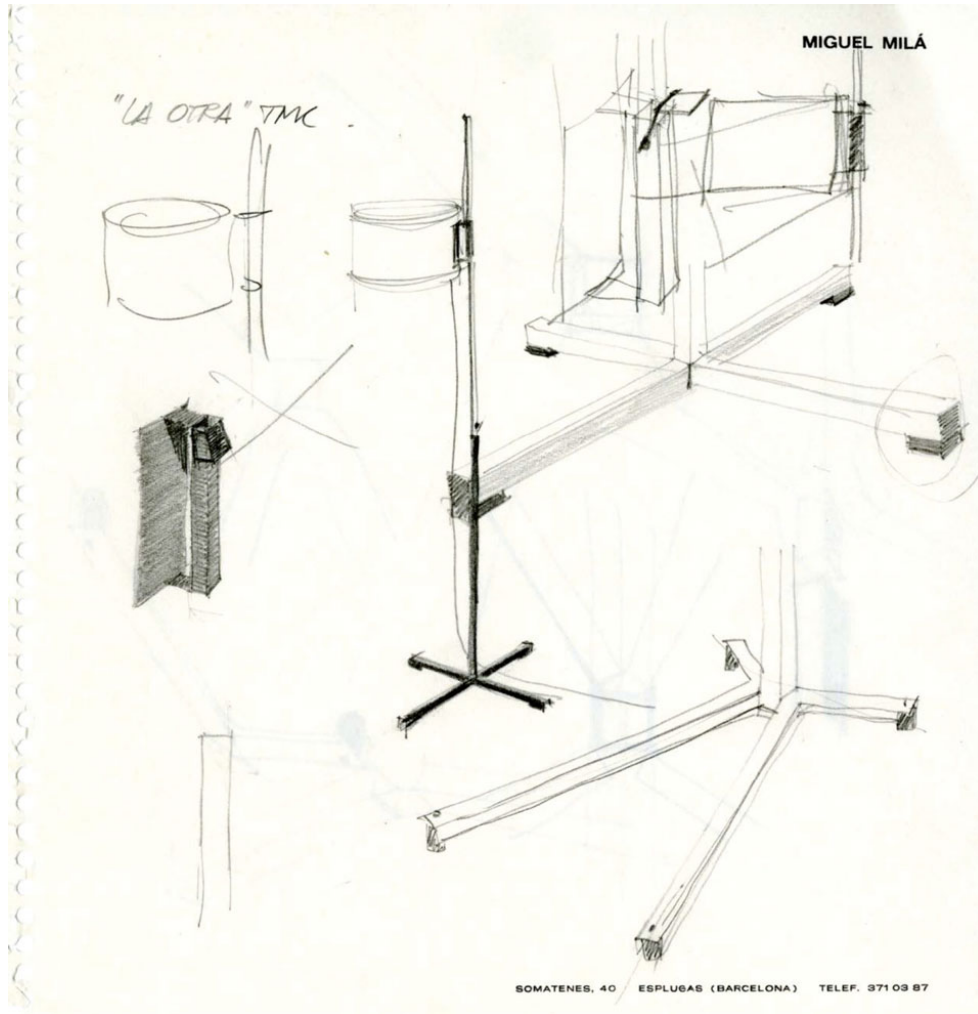
Yo trabajo como un pintor en su estudio. Me dedico a construir objetos cuando se me ocurren ideas y soluciones, cuando creo que algo podría servir, no solo cuando recibo encargos. Así, voy haciendo, y a quien viene a verme le enseño lo que tengo. Si le interesa, se lo queda, y si no, no. No descarto ningún encargo, pero me siento más cómodo con mis propias iniciativas, sobre todo cuando estas acaban gustando a la gente. Nunca he manejado ni

*briefings*, ni plazos, ni programas, ni fechas de entrega. ¿Cómo puede asegurar alguien que tendrá un diseño listo un día determinado? ¿Y si no te sale? Solo tengo excepciones cuando trabajo en proyectos de interiorismo. Entonces sí lo hago con un calendario de plazos y entregas.

La presión no me ha ayudado nunca. Lo que me ha ayudado siempre ha sido sentirme libre. Entonces aparecen las intuiciones, desde la tranquilidad, desde la observación. Sin calma, uno no ve. Pasa de largo por la vida y se salta las ideas.

Soy muy inquieto, por eso voy en moto, para no perder tiempo. Pero que no me guste perder el tiempo no quiere decir que vaya como un loco. A mí no me gusta correr. No me gusta no ver las cosas. Y ver las cosas requiere tiempo. Por eso digo que diseñar es mirar con lupa para poder observar y entender. Desde la tranquilidad las ideas te asaltan. Y yo trato de enriquecerlas.

A veces, cuando doy con una idea, esta se transforma en obsesión. No dejo de pensar en ella hasta reducirla a su expresión más sencilla. En eso consiste mi trabajo. De principio a fin: primero tengo que ver, debo entender y darme cuenta de por qué he de hacer algo. Y después voy restándole elementos, hasta dejar la idea desnuda.



*Dibujos y detalles de lo que se convertiría finalmente en la lámpara TMC (1957).*

Para mí una idea propia tiene más sentido que un encargo originado por un estudio de marketing. Lo primero es un hallazgo: detectas un problema y propones una solución. Lo segundo, una respuesta a un problema que no habías entendido como problema. Solucionar lo que uno no considera un problema es más difícil. Quizá es una manera anticuada de verlo, pero así es como soy.

El pragmatismo y la simplificación máxima son claves en mi trabajo. Pero la estética ha de culminar el diseño. Y la estética, que nunca es adorno, aparece cuando todo está en su sitio. Por eso la gastronomía actual me pone nervioso. Creo que la estética debe salir del interior de las cosas. No imponerse a la esencia de las cosas. Me parece que solo si sale de dentro la belleza es profunda y real, verdadera. Añadir estética, como si fuera maquillaje, es una tontería. Porque el tiempo termina por ajar esa capa de disfraz. La pretensión me genera rechazo. Mucho más que la torpeza. La torpeza me entenece.

Para entendernos: un plato manchado con una pincelada de salsa me desconcierta. Una ensalada de tomate es bonita en sí misma. No necesita nada más. Me pone nervioso esta especie de diseño gráfico culinario. La cocina actual se preocupa más por el aspecto de sus platos que por actualizar de verdad la cocina clásica. Contrariamente a lo que se pretende, la decoración en el plato no invita a comer, porque o te da rabia, o te impide destruirlo por respeto.

# Nuestra casa

Nuestra casa está hecha de nosotros, de lo que somos y de lo que fueron nuestros antepasados. Es la historia del lugar, una casa de casas, como un cofre de nuestra propia historia. Está hecha a capas, a días, a decisiones de abrir aquí y cerrar allá, de evitar el sol o de buscarlo, de tratar de aprovechar la energía solar y compensar el frío. Está hecha de la vida de los que hemos vivido en ella y muy llena de fotografías y dibujos. Hay muchos cuadros de nuestros hijos, sobre todo de Juan y de Lucas. Lucas se gana la vida como pintor y como muralista. En las paredes de nuestra casa se puede ver su evolución como artista. Pintó a su abuela, la madre de mi mujer, como una mujer rompedoramente moderna y amante de los animales. Y lo fue: vivía rodeada de perros y montó a caballo hasta los ochenta y tres años. Decía siempre: «Si me rompo, me rompo».

Tengo una vitrina con recuerdos familiares que me han impactado: unos anteojos, unas pinzas para ensanchar guantes... Lo que me interesa siempre tiene una base de diseño y un componente de función. Valoro mucho la belleza técnica. La que se encuentra en las herramientas y se da cuando algo no se puede simplificar más sin alterar su función. Admiro lo que está bien resuelto. Las soluciones técnicas pueden llegar a ser de una sencillez emocionante. Ese tipo de objetos sencillos son incuestionables. Están fuera de duda. También fuera del tiempo. En general, cuando me gusta algo es



porque no le sobra nada. Aunque también admiro algunos excesos. Me gustan, por ejemplo, los de la naturaleza. Me pongo a mirar por la ventana y me admira que en dos días el jardín pase de marrón a verde. Primero, los brotes, con timidez. Luego, todas las hojas, con insolencia. Los excesos de la naturaleza no piden permiso, son necesarios.

En casa están también mis lámparas, casi todas. Las sillas de caña del comedor las diseñé en 1962. Ahora la han rebautizado los que la producen y la han llamado Salvador. Las tenemos desde que nos casamos en 1964. Estaban pensadas para exterior, pero las pusimos en el comedor porque eran las menos caras. Costaron seiscientas pesetas. Nos gustaba mucho la mezcla, el contraste. Nos parecía que la caña aligeraba la presencia de los muebles familiares que habíamos heredado.



*En mi casa, fotografiado por Paola de Grenet (2018).*

Tenemos muchas fotos de nuestros antepasados y también obras de nuestros amigos artistas: Albert Ràfols-Casamada, Maria Girona, Josep Guinovart, Paco Todó, Isabel Garriga, Joan Brossa, Joan Hernández Pijuan, Xavier Olivé o el escultor Xavier Corberó. Disfrutamos todos los días de ellos.

Muchos de los cuadros de mis amigos han sido trueques. Los hemos cambiado por chimeneas, muebles o lámparas.

Un día vino Guino [el pintor Josep Guinovart] a casa y me dijo: «Oye, ¿me puedes comprar un cuadro? Porque estoy sin un duro». Yo le contesté que a buena casa venía, ¡yo tampoco tenía dinero! Total que llegamos a un arreglo: se lo compré a plazos. Por cincuenta mil pesetas le compré el que tenemos presidiendo el comedor, que es una maravilla. Nosotros funcionábamos así.

Guinovart murió en 2007. Pero yo lo tengo aquí en mi casa. Mirándolo me acuerdo de aquel día. Y de la importancia de las pequeñas decisiones. Pienso en que vas viviendo tu vida sin apenas darte cuenta y que luego hay algunas cosas que sirven para eso, para recordarte tu vida.



*Lámpara FAD de pie y de sobremesa en su versión reeditada por Santa & Cole. FOTO: CARME MASIA*

# Diseño familiar

Siempre he pensado que mi diseño ha sido, es, familiar y de andar por casa. Lo primero, porque toda la vida he diseñado lo que he necesitado o lo que alguien de mi familia o algún amigo me ha planteado como problema que había que solucionar. Es decir, casi todos mis diseños han sido autoencargos. No es que me los haya encargado yo a mí mismo, es que se me han ocurrido y los he hecho. Por eso digo que siempre estoy diseñando, absolutamente siempre. Yo voy por la calle y pienso: «Eso yo no lo habría hecho así». Lo segundo, lo de que mi diseño sea de andar por casa, es porque muchas de esas necesidades que yo detectaba estaban en una casa, eran cuestiones domésticas, de convivencia. Y a veces la solución también estaba en la propia casa. Cuando yo era pequeño me quedaba extasiado mirando a la costurera que trabajaba en nuestra casa. Mi hijo Juan describió una vez aquel éxtasis ante el trabajo manual como una especie sensorial de empatía. No solo me fascinaban las costureras, también disfrutaba observando a las personas que empaquetaban en las tiendas, la gente que sabe envolver bien un regalo. Plegar, pegar, atar, adornar, todo junto es una coreografía de gran economía de medios. Todos esos recuerdos cotidianos tienen mucho que ver con mi trabajo. Es vida

cotidiana en un peldaño más alto. Lo ingenioso y lo bien hecho siempre me ha apasionado.

Lo bien hecho no tiene solo un sentido moral. Para mí, lo bien hecho también es lo bien ejecutado. Tiene que ver con la competencia y a la vez con el pundonor, con la responsabilidad y hasta con el talento. Revela mucho. Y disfruto viéndolo. Me fascina. Yo creo que lo cotidiano bien hecho trasciende.



*Retratado durante mi siesta por mi hijo Juan.*

Durante años me gané la vida haciendo interiorismo. Diseñaba espacios minimalistas por necesidad, porque no había más. Ni había catálogos para elegir muebles, ni la gente tenía mucho dinero para gastar. Así, esos interiores eran más bien esencialistas, supongo, quiero decir que estaban amueblados con lo indispensable. Se trataba de trabajar con lo mínimo. Había diseños específicos para el lugar, como las literas triples metálicas que hice

para la casa que mi hermana Montse tenía en Baqueira y para nuestra casa de Puigcerdà. Eran metálicas, doble de planta y a veces hasta triple de piso, porque se requería alojar a mucha gente en poco espacio.

Casi todos mis diseños los he construido yo mismo respondiendo a una necesidad. Fabriqué unas herramientas de chimenea porque las que vendían en las tiendas no me gustaban. También le hice un matamoscas a mi mujer con una caña de bambú y un retal de cuero, porque los que había le parecían horribles. Es un diseño sencillo, cualquiera lo hubiera podido hacer. A mi mujer también le he hecho collares, sandalias, cinturones, bolsos, de todo. Los primeros usuarios de nuestros diseños siempre hemos sido nosotros.

La falta de espacio y la falta de medios han sido clave en mi idea del diseño. En 1977 diseñé una chimenea, la A-14, para rematar una esquina, pero luego me gustó verla menos apretada, rodeada de aire. Y entonces descubrí algo que me sorprendió: cuando pones esa chimenea en una esquina, parece mucho más pequeña que si la colocas en un espacio abierto. La pieza es la misma, pero el espacio abierto la agranda, le cambia la escala. Por eso creo que muchos diseños surgen de la observación y de la casualidad, de no abandonarlos nunca y de pasarte la vida cuidándolos. Fue reconocida con un Delta de Oro en 1977.



# Revolucionario

Yo me defino, más que como revolucionario, como evolucionario. Suprimo la erre. Ignoro si la palabra existe en el diccionario de la lengua, pero me sirve. Es una palabra que, en cualquier caso, aunque sea un palabro, me retrata. Yo no doy nada por perdido. Sin embargo, soy cuidadoso con eso e inquieto con el tiempo.

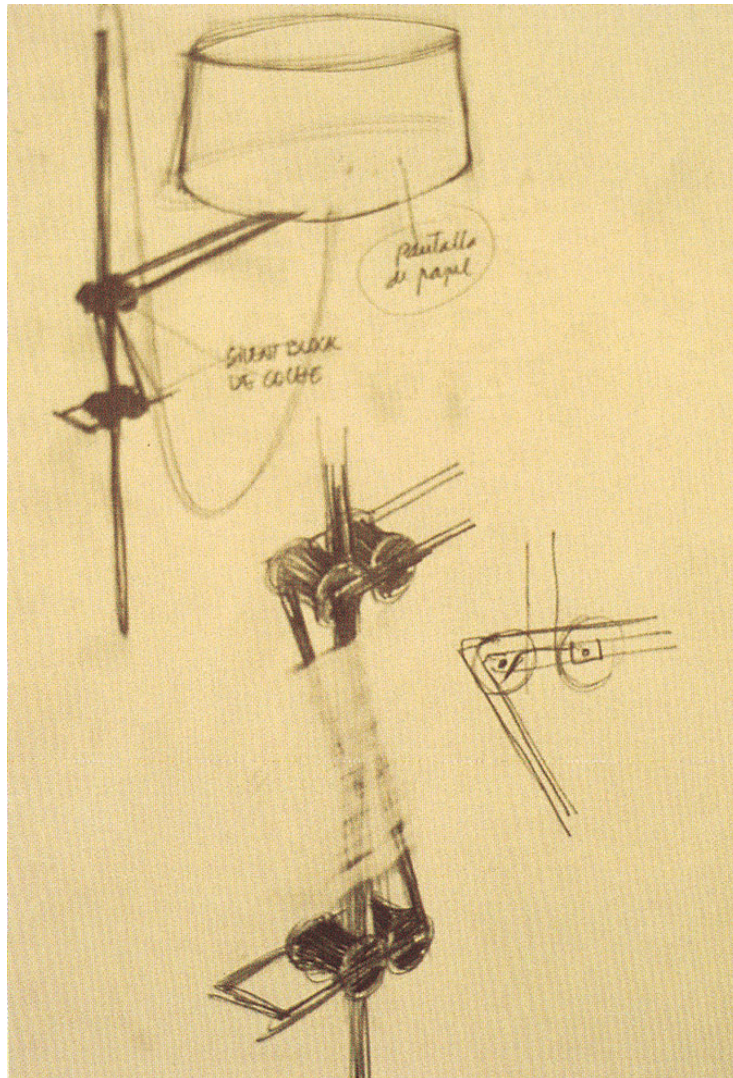
Siempre lo he sabido: soy un hombre precipitado. Lo noto ahora, tan mayor. Incluso ahora tengo prisa por comunicar las cosas. Por eso me precipito. Me emociona terminar algo y también, lo reconozco, necesito el halago, el aplauso, para poder funcionar. Creo que es esa búsqueda de la emoción la que me hace ser a la vez minucioso y precipitado. Y a veces los fabricantes me han reñido por precipitarme.

Admito que necesito el aplauso, que lo busco. Pero si alguien no me aplaude, y tiene razón, entonces esa persona me gusta aún más. No me afecta que me señalen fallos o mejoras. Al revés, lo agradezco. Sin embargo, para poder diseñar, necesito que me animen y que al productor le guste lo que hago. Me importa mucho lo que piensan los demás.



*La lámpara de la tía Nuria (TN).*

La primera lámpara que diseñé era precipitada, inmadura: la TN, que hice para mi tía Nuria Sagnier, una de las hermanas de mi madre, la pequeña. De niño, y de joven, me entendía muy bien con ella. Se dedicaba a escribir. Y lo hacía sobre un único tema: Wagner. Era una wagneriana convencida. Consagró su vida a escribir sobre él y tenía un despacho para hacerlo. Como era una tía muy cariñosa con sus sobrinos, me encargó que se lo amueblara. Ese fue mi primer encargo. Debía de tener dieciocho o diecinueve años. Y lo hice de manera muy sencilla: con una mesa de tablero de pino sujeta en una estructura con patas metálicas, que construimos, una lámpara globo que colgué del techo, un sillón y una lámpara de pie.



*Sistema de ruedas de la lámpara TN (boceto).*

Esa lámpara de pie fue mi primera lámpara, la nave nodriza de todas las demás. Lo hice yo todo personalmente. Como, más allá del globo de luz, esa sería la única lámpara del despacho, yo quise que esa una fuera muchas: que pudiera dar luz indirecta y directa, iluminar el espacio y la lectura, convertirse en muchas bajando y subiendo la pantalla. Pero la resolví con torpeza. No supe esperar. Me precipité. Para dotarla de movimiento, inventé un complicado

mecanismo de ruedecitas. No sabía simplificar más. No era capaz de hacerlo mejor.





*Lámpara Previa (1957), que reeditó Santa & Cole. FOTO: CARME MASIA*



Con todo, esa lámpara única para la tía Nuria, a la que llamé TN, fue el origen de mis otras lámparas fundamentales: la TMC y la TMM, que son, en realidad, versiones de esa pieza original. Lo que quiero decir es que no dominé la solución, pero sí planteé, planteamos, bien lo que creíamos que debía ofrecer una lámpara de pie. Aquella lámpara la hicimos juntos. Mi tía me dijo lo que necesitaba y yo traté de dárselo.

Con el tiempo, hice evolucionar aquel modelo —que se quedó en pieza única, en prototipo, y, mejorando y simplificando, cambiando las ruedecitas por un fuste por el que se desplaza la pantalla, surgió la TMC, con un asa trasera para facilitar ese movimiento—. La TMM tiene más de medio siglo, pero es posterior. La diferencia entre la TMC y la TMM es que la primera va vestida de smoking. La TMM, en cambio, va con *blue jeans*.

Unas veces he cambiado el ajuste de un tornillo y otras, el sistema de agujeros. A mí me gusta ir trabajando en la mejora de mis diseños. Las lámparas, como las plantas o como las personas, necesitan cuidados continuos. Todos mejoramos si nos actualizamos o nos ponemos en forma.

También es cierto que muchas veces dudo. Cuando veo que la gente pone la pantalla de la TMC o la TMM muy alta y queda fea, me pregunto: ¿por qué hice el fuste tan alto, si queda feo que alguien ponga la pantalla tan arriba? Verla tan alta me entristece, porque veo que mi diseño ofrece esa opción, y no queda bien. El caso es que el fuste alto es necesario para estar, no para ser utilizado. Y explicar eso a un usuario puede resultar difícil.



*Lámpara Previa (1957), que reeditó Santa & Cole.*



*Lámpara TMM (1962), que es una versión de la TMC simplificada. Con ella Gres ganó un concurso de amueblamiento económico de un apartamento que convocó Hogarhotel. Hoy la comercializa Santa & Cole.*

*Avui comercialitzat per Santa & Cole.*

*FOTO: RÓMULO SANS*

# Convivir sin esfuerzo

Yo no me entiendo sin mi mujer, sin mis hijos. Sería imposible contar nada de mi vida o mis decisiones sin ellos. Cuando nos casamos, mi mujer me dijo que no quería tener un anillo con un brillante que se viera mucho. De modo que le hice un anillo que escondía el brillante. Todavía se lo pone. Y siempre que le preguntan por la sortija extiende la mano y dice: 1964, que es el año en el que nos casamos. Lo hace orgullosa de que el anillo siga pareciendo más de mañana que de ayer.

En mi familia nunca hemos puesto mote. Solo a mi hermana Asunción la llamamos Totón y a Leopoldo lo llamábamos Polín. Pero en la casa de mi mujer todos lo tenían: su hermano es Cuco, su hermana Isabel, Titi, y ella, Cuqui. Ahora no, porque estoy acostumbrado, pero al principio, ya puedo decirlo, yo pasaba vergüenza por llamar Cuqui a mi mujer, María Valcárcel. Me he acostumbrado. La llamamos Cuqui. Todo lo hace muy bien, pero lo hace como si no le costara esfuerzo, con lo cual te hace sentir doblemente bien. Me chocó que tuviera este carácter tan natural, porque poca gente en su ambiente lo era.

Su abuelo, Juan de Urruela, marqués de San Román de Ayala, fue el primer portero del Barça. Era un gran deportista, jugaba con el

rey Alfonso XIII al polo, era buenísimo en todos los deportes. De origen vasco, había nacido en Guatemala, y cuando murió su padre, regresó a Europa en un barco con su madre. De Guatemala a San Francisco viajó con ellos una vaca para que el niño tuviera leche. Creció en París y estudió en Inglaterra y al acabar los estudios, su madre, buscando un buen clima, probó París, que no le convenció. Por eso aterrizaron en Barcelona. Cuando el suizo Joan Gamper puso un anuncio en el periódico porque buscaba deportistas que supieran jugar al fútbol, se presentó y lo seleccionaron. Incluso lo enviaron a Londres a comprar las redes, porque al principio no tenían y había muchas discusiones sobre si los goles entraban o no en la portería.

Como contrapartida a la creación del Barça, se creó el Español. No tenía nada que ver con el catalanismo. Se fundó porque los jugadores del Barça eran casi todos ingleses que vivían en Barcelona y quisieron hacer un equipo con gente local, es decir, españoles.

Cuando éramos novios, mi mujer vivía con su madre y su abuela, que era catalana, de la familia Girona. La abuela era sorda, pero se enteraba de todo lo que pasaba en la casa. Yo no le gustaba y, cuando me invitaban a comer, me hacía sentar siempre en una silla más baja que las demás. Un día me sorprendió y me pidió que me sentara a su derecha. Lo hice y ella le indicó a la chica: «Hoy, protocolo de Palacio», que quería decir que comenzaban sirviéndola a ella y, luego, continuaban por la izquierda, siguiendo el orden de las agujas del reloj; con lo cual, yo fui el último en ser servido. A mí aquello hasta me divertía porque tenía mucho ingenio. Me ponía continuamente a prueba. Una vez terminé el café y dejé la taza y el

plato sobre el parquet. Cuando vi que se levantaba para cogerlos, me agaché y ella dijo: «Es tarde».



*Cuqui y yo el día de nuestra boda.*





*De izquierda a derecha, Gonzalo, Micaela, la perra Camila, yo, Lucas, Cuqui y Juan en el jardín de Esplugas.*



*Con mis hijos, dibujando un jarrón con flores en el comedor de casa.*



*En el patio de la casa de Puigcerdà con las Montesas.*

Mi mujer agradece la disciplina con la que su abuela les educó. Gracias a esa exigencia, ella dice que ha aguantado los momentos difíciles de la vida. Su abuela, Águeda Sanllehy Girona, era muy lista y se escondió un brillante debajo de la lengua, cuando salieron de Barcelona con su familia durante la Guerra Civil. Al llegar a Italia lo vendió y con eso pudieron vivir.

La madre de Cuqui, Águeda de Urruela Sanllehy, fue una mujer muy decidida y rompedora. Era una persona libre. Mi mujer me ha contado que de niña iban con ella a la playa en San Andrés de Llavaneras, en una *charrette* o en tartana, trotando por la Riera. Al llegar, mi suegra desenganchaba y se bañaba en el mar con el

caballo y dejaba a los hijos que se bañasen a un lado para evitar que les diera una coz. Creo que ese contraste entre la formalidad de la abuela y la libertad de la madre se da en mi mujer. Y creo que eso también se nota en nuestros hijos.

Nos han salido los cuatro distintos. Quiero pensar que libres, porque cada uno ha elegido su profesión en base a una vocación, un talento o una pasión.

Cuqui es guía turística desde los diecisiete años; fue la más joven de España y dice que ahora mismo es quizá la mayor. Dice a sus clientes turistas que la ciudad es como su casa. Les enseña la fachada de la catedral que hizo construir su tatarabuelo, Manuel Girona, que está enterrado allí mismo. También les muestra la Casa Milá y les cuenta que muchos de los bancos para sentarse en la calle los ha diseñado su marido. Los invita a que los prueben y se hacen fotos. Les dice también que las nuevas farolas del paseo de Gracia las diseñó nuestro hijo Gonzalo y defiende el grafiti legal porque nuestro hijo Lucas es muralista.

Creo que lo más importante que me ha enseñado mi mujer en la vida es a ser generoso. Ella lo es, y mucho. Yo no lo era tanto. He aprendido gracias a ella y creo que se es más feliz siendo generoso.



*Águeda de Urruela, Agui, en la playa de Llaveneras (1948).*

Nunca he tenido que dar importancia al aspecto cotidiano de mi vida, porque de esto se ha ocupado Cuqui. Es el alma y motor de la familia, de la casa, de todo lo que hay que preparar, organizar o prever.



*Con Cuqui en Jerez.*

# Los hijos te educan

Una de las mayores fortunas de la vida es poder disfrutar de tus hijos. Yo estoy orgulloso de los cuatro que hemos tenido. Uno educa con lo que hace y casi nunca con lo que dice. Por eso es tan difícil. Cuando pasa el tiempo de la educación, cuando crees que ya no debes dar lecciones ni tratar de ser ejemplar, puedes relajarte, y entonces tus hijos te gustan no porque te hayan imitado, no porque hayan seguido tu ejemplo, no porque se parezcan a ti, sino porque han encontrado su camino. En ese momento, los hijos te interesan como individuos, ya no solo como familia.

Me gustaría pensar que a nuestros hijos les hemos dado libertad para poder ser muy distintos los unos de los otros. O que no les hemos dado esa libertad pero han sabido tomársela. Han hecho lo que han querido. Son autónomos. No son una copia de nadie. Yo creo que eso constituye un logro.

Juan, el mayor, es un hombre de aspecto clásico, como yo. Valora la calidad y la discreción. Es el intelectual de la familia. Es editor. Habla y escribe con gran precisión y ninguna grandilocuencia. Es serio, algo introvertido, responsable, reflexivo y prudente.

Con él he aprendido que cada uno demuestra sus sentimientos a su manera y que la intensidad de estos no tiene que ver con el tono

con que se verbalicen ni con las palabras superlativas con las que se habla de ellos.

Todos mis hijos han dibujado. Cuando Juan estudiaba en Estados Unidos, enviaba libros, no cartas, libritos con un dibujo en cada página. Y cuando Lucas era pequeño, se lo llevaba por Barcelona para que dibujara en la calle. Copiaban farolas, árboles, fuentes... Creo que dudó mucho de si debía dedicarse a dibujar o a la literatura, y al final escogió lo último.

Ese hijo pequeño, Lucas, es igual que yo pero en osado. Es pintor y muralista. Entiende el dibujo y el arte de la manera más amplia: es capaz de hacer un retrato igual de bien que pintar una fachada. A veces se sube a un andamio y se pasa una semana colgado para pintar un mural en una pared.

Nosotros no sabíamos lo que era el *street art* y, por ignorancia, sentíamos reparo ante lo desconocido. No lo valorábamos porque lo ignorábamos. Él nos ha abierto la mirada a esta manera de intervenir en las calles. Es una mezcla entre el arte popular, la caricatura más crítica y las bellas artes del siglo XXI.

Lucas era de ciudad, pero ya es de campo. Vive en el Montseny, rodeado de naturaleza y tranquilidad. Está todo el día inventando, arreglando. Todo lo aprovecha, todo lo recicla, como si estuviera en la posguerra. Por eso digo que es el más parecido a mí. Cualquier trozo de nada que se encuentra lo guarda para darle un uso. Y lo bueno no es que lo guarde, lo bueno es que le da un uso.

El gran plan para Lucas es el mismo que el mío: juntarnos para ir a la ferretería Bauhaus a ver qué encontramos. No vamos porque necesitemos algo, no vamos a buscar nada: vamos a encontrar. Él me regala maderas, clavos o muelles en los que ve algún interés. Y



yo hago lo mismo. Para nosotros es mejor plan que ir al cine o a comer a un restaurante. Y eso que me encanta comer.

Cuando Lucas era más joven, mi mujer a veces se preocupaba por él. Es un espíritu libre. Pero yo estoy en contra de intervenir en la vida de los demás.

Nuestra hija Micaela cuida de nosotros infatigablemente y es cariñosa y detallista. Es una gran luchadora. Se atreve con todo: comenzar negocios, cambiar de continente y reinventarse profesionalmente, y es a la vez una madre muy dedicada. Cuqui tiene una amiga, grafóloga como ella, que la llama «la todoterreno».

Estudió diseño gráfico en el ArtCenter College of Design y se graduó *cum laude*, pero fue tan discreta que no nos lo dijo. Lo averiguamos cuando fuimos a su graduación.

Mientras estudiaba, una empresa de transportes les encargó a ella y a otra amiga un diseño gráfico. Cuando presentaron la propuesta, les entusiasmó, les pidieron los diseños y las acompañaron hasta la puerta. Pero Micaela dijo que no dejaba nada si no cobraba antes la parte correspondiente a lo realizado. Para mí eso fue una lección. En España, a los diseñadores nadie les habla de dinero cuando estudian, como si fueran a vivir del aire, o del placer que les proporciona hacer ese trabajo. Hablar de dinero está incluso considerado de mal gusto. Y uno aprende, a fuerza de tropiezos, que el pago es sinónimo de seriedad. Y que solo un profesional justamente pagado podrá realizar bien su trabajo. Micaela recibió otra educación. Lo primero que le dijeron fue: «No pienses en el proyecto hasta que te hayan pagado».



*Con mis hijos Micaela (arriba, fotografiados por Gisela Loewe) y Lucas (abajo).*





*Con mis hijos Juan (arriba) y Gonzalo (abajo, fotografiados por Poldo Pomés).*



Micaela tiene mucha imaginación. Y tiene recursos para todo. Es muy creativa. En una ocasión, mientras colaboraba con Joan Brossa, el poeta visual, este le dijo: «Nunca digas no a ningún proyecto, porque tienes mucha creatividad».

Tiene ojo y mano para, en un minuto, transformar cualquier cosa. Creo que ella también es como nosotros cuando recogemos la tuerca del suelo: rescata de los armarios lo que no debería perderse. Tiene, con su prima Inés Milá, un negocio de venta de ropa de lujo y complementos de segunda mano: Mise en Scène, y continúa también realizando trabajos de imagen corporativa.

Gonzalo, nuestro segundo hijo, es diseñador industrial. Gran parte de cuanto hago ahora lo firmo con él, porque son trabajos a cuatro

manos. Entró en mi estudio siendo muy joven. Luego se independizó y montó el suyo propio, y desde hace algunos años hemos vuelto a compartir el trabajo. Ha sido pasar de sentir a Gonzalo como un alumno a colaborar con un profesional al que tengo que escuchar y del cual puedo aprender. Es una mezcla de satisfacción y respeto. Tiene seguridad y fuerza. Me vienen muy bien su energía y su visión de las cosas. Es a la vez muy fuerte y muy sensible. Y sobre todo es, también él, muy discreto. Mucho.

Siempre está cerca. Gonzalo no habla, pero como te haga falta algo, allí está. Se preocupa más de ti que de contarte lo suyo.

Su pasión son los pájaros. Por eso tiene una casa en la montaña en medio de un bosque de encinas y pinos.

Colabora con entidades que favorecen la vida silvestre. El ayuntamiento le encargó que diseñara una torre para que anidaran los murciélagos y pudieran criar. Nos llamó el día en que criaron. La naturaleza es su vida.

Como padre, uno nunca sabe cómo acertar. Por eso aplico a esta faceta lo que he aprendido en otras: solo se puede acertar siendo como uno es, es decir, siendo lo más sincero posible con uno mismo.

Cuando estaba en el colegio, me sorprendían siempre dibujando y me castigaban por hacer lo que luego ha sido mi profesión. Lo he pensado muchas veces y he procurado no olvidar lo que la vida me ha ido enseñando. Creo que uno no puede forzar a nadie a hacer nada. Es imposible. Las cosas suceden cuando uno quiere hacerlas: educarse, estudiar, trabajar, pensar. A eso no puede obligarte nadie. Por eso uno no educa con objetivos, educa cada día con todo lo que hace, nunca con lo que dice. Nuestros hijos han visto el tipo de vida

que hemos llevado. Ellos han tenido que decidir lo que les gustaba y lo que no.

Lucas se crio rodeado de adultos y por eso no tardó en necesitar su espacio. Nació una década después que el resto de nuestros hijos. Cuando cumplió diecinueve años, nos dijo que se quería ir a vivir por su cuenta. Pensamos: «Lo mejor que puede hacer. Estupendo. ¿Qué vamos a poder dar a este niño siendo nosotros ya mayores? Mejor que esté con jóvenes». En cambio, a Gonzalo, que también quiso independizarse muy joven, como trató de hacerlo una década antes, le dijimos: «No, hombre, aguanta en casa, porque aquí lo tienes todo».

Al final, una educación es un ejemplo y uno acaba repitiendo buena parte de lo que ha visto en su casa. En mi familia se ocuparon menos de los hermanos pequeños que de los mayores. Suele suceder así. No sé si será por cansancio, por costumbre o por una mezcla de ambos. Eso puede producir carencias, pero también da mayor libertad. Al ocuparse poco de los hijos, se evitan los errores que se cometen cuando uno se preocupa demasiado.

Se lo digo continuamente a mi mujer: hay que dejar respirar a los hijos. Lucas se educó recorriendo calles. Con doce años se iba desde nuestra casa en Esplugas, en la periferia de Barcelona, hasta el Puerto Olímpico, a la tienda de bicis y *skates* de un amigo. Iba montado en *roller blades*, y callejear tanto por la ciudad le ha abierto mucho la mirada.

Ser padre es muy difícil porque uno debe saber callar, advertir sin insistir, aconsejar incluso sin saber, proteger y también consolar.

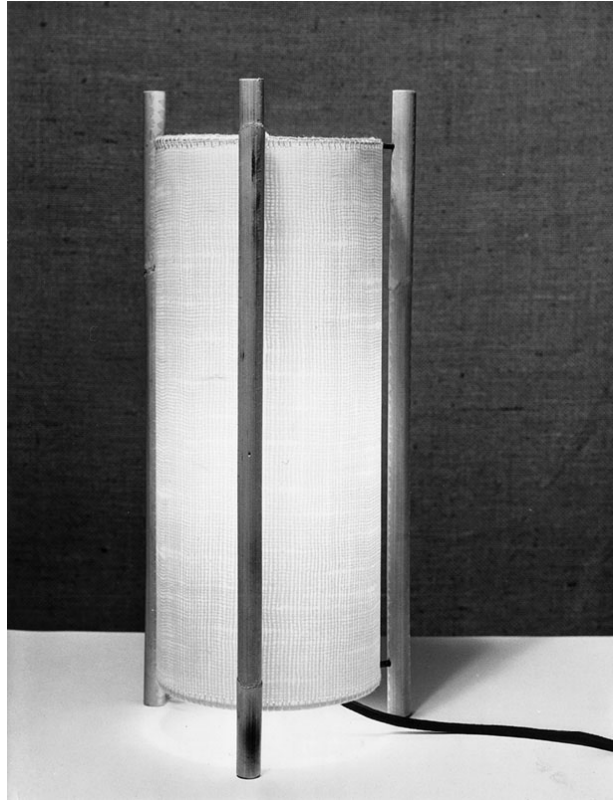
# Herramientas e ingenio

Cuando era pequeño, decidí un día que, para conseguir dinero, iba a ofrecer mis servicios. Y lo hice fundando una, digamos, empresa doméstica. La llamé TRAMO, que es un acrónimo de TRAbajos MOlestos, recados que a uno le pueden dar pereza: cargar el mechero, ir a comprar sellos, limpiar zapatos... Me ofrecí a mis hermanos mayores para realizar estos servicios a cambio de unas monedas. Lo hice llenando la casa de anuncios con el nombre de mi empresa: Tramo. Y con eslóganes publicitarios del tipo: «La agencia Tramo corre como un gamo». No sé por qué la llamaba agencia, pero bueno. Luego, cuando finalmente monté una pequeña empresa de verdad, recuperamos ese nombre, pero ya no como acrónimo. Para hacer algunos de esos trabajos molestos juveniles tenía una caja de madera con herramientas. Nos la trajeron los Reyes Magos a los tres hermanos pequeños: a Luis María, a Rafael y a mí. Y un día, un poco crecidos ya, cuando nos repartimos las cosas que teníamos, hicimos un sorteo y la caja me tocó a mí. Todavía la conservo.

# tramo

Me gusta recordar esas cosas: que nos trajeron una caja de herramientas para los tres y que supimos compartirla, conservarla y valorarla. Era importante aprender a compartir. Y a conservar. Entonces los regalos eran prácticos.

Mi madre vio que estábamos interesados en las manualidades y nos regaló una caja con herramientas para hacer cosas. Se la encargó a Cintet, nuestro carpintero, que nos copió la suya. Siempre la había admirado, sin que él lo supiera. Él fue uno de mis primeros profesores y la caja la sigo usando casi cada día. A mi hermana también le interesaba hacer cosas. No es que quisieran que solo los chicos fuéramos unos manitas. Lo he contado muchas veces, mi padre repetía: «Sé útil y te utilizarán». Y, entre los hermanos, teníamos cierto pundonor, nos enorgullecía poder servir de algo a nuestros padres.



*Modelo C de lámpara de sobremesa que diseñé y produje con la empresa Tramo.*

La escasez de la guerra y la posguerra fue una escuela de ingenio. Todos aprendimos a reparar, a conservar y hasta a coser o a hacer punto. Aprendimos a hacer las labores que necesitábamos. O versiones de esas labores. El caso es que no lo vivíamos como una carencia. Al revés, lo pasábamos bien haciéndolas. Nos gustaba conseguir lo que no teníamos. Y nos enorgullecía hacerlo nosotros. Nos divertía ingeniárnoslas para construir lo que nos hacía falta. Tal vez por eso creo que no planifico mis diseños; en lugar de dibujarlos, los construyo.

Nunca trabajo con un ordenador. Puedo hacerlo sin lápiz ni papel, sin compás, hasta sin goma de borrar. Pero no puedo trabajar sin herramientas.



Me gustan las herramientas que son extensiones del brazo. Las mejores siempre me han emocionado. Siempre digo que el artesano hace el arte más sano. Para empezar, la mayoría de los artesanos lo primero que construyen son sus propias herramientas. Y por eso esos enseres resumen un oficio. Están hechos todos para ayudar, para resistir. De madera, de metal, con colgadores de cuero o con mangos de madera, todas las herramientas explican un oficio.



*Lámpara TMM desmontada.*

La técnica me interesa, pero me fascina sobre todo el ingenio. Soy más de ingeniosos que de ingenieros. Lo que busco es la lógica constructiva.

Creo que estoy cerca de lograr algo cuando resulta imposible simplificar un objeto. Por eso, a veces, cuando actualizamos mis diseños, no se trata ni de cambiarlos de color, por un tono más de

moda, ni de estilizar las formas. Para mí actualizar es buscar uniones más sencillas, simplificar la fabricación. Lo que sucede entonces es que muchos cambios no se perciben. Muchas veces cuesta verlos y eso está reñido con la novedad y, consecuentemente, con la venta, pero representa mejor que nada mis ideas: actualizar es mejorar objetivamente. Aunque no se vea. En mis tiempos se decía que Dios ve los detalles que pasan desapercibidos. Se vean o no se vean, deben estar bien hechos. Y saber que lo están es importante. Aunque no se vean.



*En mi taller de Esplugas (2017). FOTO: POLDO POMÉS*



*Mi caja de herramientas. FOTO: MARIANA EIDLER*

# Presostenible y preindustrial

Algunas de nuestras bicicletas eran recicladas. Las comprábamos a un chatarrero de Puigcerdà y las íbamos reparando y adaptando a los cambios de altura. También allí encontramos un tándem en el que mi mujer y yo nos hemos paseado mucho. Llegábamos a casa de nuestros amigos pedaleando. Y eso era como llevar el buen humor. Nuestros hijos también lo usaban. Ahora lo tiene Gonzalo como parte de su colección de bicicletas. Por eso digo que, además de preindustrial, soy presostenible. Los presostenibles éramos simplemente gente lógica: dábamos por hecho que era fundamental ahorrar energía.

La segunda empresa que fundé, con dos de mis hermanos, Leopoldo y Luis María, se llamó DAE (Diseño Ahorro Energético). Corrían los años ochenta, y en medio del despilfarro posmoderno, nosotros nos concentramos en el ahorro energético. Siempre he tratado de consumir la mínima energía posible por el afán lógico de evitar gastos evitables, de fomentar la conservación del planeta y por lo que supone de independencia de las grandes compañías eléctricas.

Nunca he entendido por qué en Alemania hay más instalaciones para captar energía solar que aquí. El sol es una de las grandes

riquezas que tenemos en España y lo único que se nos ocurre hacer con él es quitárnoslo de encima. La vida que me gusta es la del anacoreta, la de la lógica, la de la reparación y la del rescate de los objetos.

Querría aprovecharlo todo, recuperar lo viejo para darle otro uso. Reutilizo los tarros vacíos, las ramas, los cordeles o los tornillos y los transformo. Es decir, soy un reciclador natural.



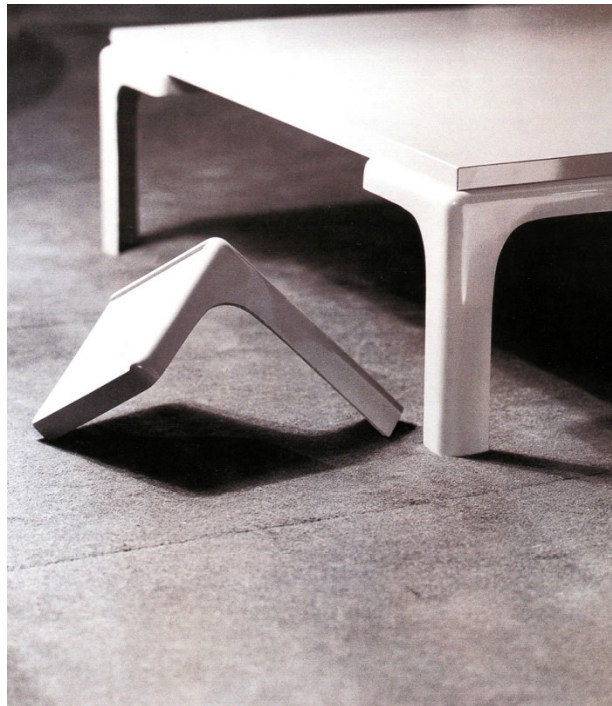
*Cántaro que he diseñado recientemente para el Museu del Càntir d'Argentera.*

No soy ahorrador, pero tampoco gasto por gastar. A veces me he metido en algún lío económico y me he asustado. Cuando compramos la casa de Puigcerdà, casi me desmayé al sentarme en el coche después de firmar pensando en cómo la pagaríamos y en cómo la arreglaríamos. Pero al final lo hicimos. Por lo demás, económicamente, en la vida, he ido jugando mis cartas. Para ir a un congreso de diseño vendí una moto y una vez vendí el caballo.

He ido cambiando las cosas que tenía para poder vivir la vida. Mi mujer, mis hijos y yo hemos sabido soltar para poder vivir. Creemos

que la vida es más cambio que acumulación.

Lo de ser preindustrial es contextual. Apenas había industria en España cuando empecé a trabajar, y a diseñar, en los años cincuenta, de modo que, cuando me dijeron que lo que yo hacía era diseño, supe que no podía ser industrial. Soy un diseñador preindustrial. Siempre he entendido que el diseño debía ayudar y no molestar. Y al igual que no me han interesado los objetos que complican y prefiero los que simplifican, me ha fascinado siempre el ahorro energético.



*Soprote producido por Gres que permitía formar, por ejemplo, mesas auxiliares, de centro o incluso camas. Recibí el Delta de Oro en 1968 por esa pieza.*

Desde 1981 tenemos energía solar en casa. Hoy, el acumulador está en una cabaña de madera que Lucas y yo construimos en el

jardín. Allí guardamos el acumulador de agua calentada por unas placas de energía solar situadas en el tejado.

A pesar de ser presostenible y preindustrial, debo decir que ser pionero sale muy caro. Nosotros nos hemos gastado un dineral en paneles solares, pero al final, con energía solar, solo logramos tener agua caliente. La casa era difícil caldearla, porque es antigua y tiene tres pisos; por eso, a mi mujer, cuando nació nuestro hijo pequeño, sus tías, en lugar de llevarle trajecitos y mantitas, le traían estufas.

Nunca nos resultó rentable aprovechar la energía solar, pero para mí era fundamental hacerlo. Consumir solo la energía que necesitas, aprovechar la que, de no canalizarla, se pierde me parece un acto de responsabilidad.

Durante unos años nos resignamos a calentar la casa con chimeneas porque las placas solares solo conseguían calentar el agua, pero no la casa. Con el tiempo volvimos a tener calefacción. Mi mujer me dijo: «Es maravilloso que me hagas sandalias. Es más práctico que sepas arreglar los zapatos, pero la calefacción haría nuestra casa más cómoda». De modo que la recuperé. El confort siempre ha sido uno de los atributos que más me han interesado como diseñador y que más he relacionado con un hogar. Y la paciencia de mi mujer me desarma.



*Cubitera para hielo hecha de poliestireno expandido, que comercializaba Gres y obtuvo el Delta de Oro en 1963.*

Hoy se sabe cómo aislar las viviendas y cómo renovar paulatinamente el aire para que las casas puedan ser pasivas y consuman poca energía con su climatización. Hoy también nuestros hijos siguen trayéndome todo lo que se les rompe: desde las lámparas hasta los zapatos. Juan me dice que en muchos de los recuerdos de su infancia aparezco arrodillado junto a mi caja de herramientas, bruñida por el uso, que los hijos no podían tocar para evitar que la desordenasen. Es importante saber mirar sin tocar.

Reparar es cuestión de paciencia y de observación, es decir, de tiempo. Algo que nuestra sociedad cada vez parece valorar menos. Jamás me he dedicado a diseñar bolsos, pero sería capaz de reparar casi cualquier bolso. Se trata de observarlo para entender cómo está hecho y luego de buscar con qué repararlo. Por eso me entusiasman todas las manifestaciones que ahora se hacen en defensa del medio ambiente y en defensa del reciclaje, la reparación y la sostenibilidad del mundo. Que la gente defienda lo básico que necesitamos todos, absolutamente todos, para vivir me da energía. Siento que por fin vamos a ser serios en algo en lo que debemos serlo todos. Todos juntos.





*Gonzalo, Cristian Salinas, Juan, Micaela y Renata (la perra) en Puigcerdà (1977).*

# Sentido del humor y sentido del amor

No es verdad que yo sea autodidacta. La familia me ha educado. Todo lo que hago está basado en el confort que he vivido en mi vida familiar. Es más, creo que los autodidactas no existen, porque siempre aprenden de algo. O de alguien. Incluso lo que no pretende enseñar nada da lecciones. Uno aprende de lo que observa y repite más sin darse cuenta que tratando de repetir. El entorno es clave en todos, nos despierta o nos adormece, pero siempre nos construye. Si uno piensa de dónde viene y por qué piensa así, aparecen su pasado y su familia en la forja de su carácter. Fui alumno de la «Academia La Rotonda», así llamábamos a la sala donde la familia hacía las tertulias.

En ese sentido, la principal lección que he aprendido de mi familia es que, para vivir feliz, tienes que tener sentido del humor y sentido del amor. En mi casa había eso y más, claro, siempre hay mucho más, pero eso es lo que yo he elegido y he decidido perpetuar. Lo veo ahora al mirar hacia atrás. He aprendido de lo que he visto a lo largo de mi vida: un orden entre las cosas, pero un orden más de

confort que de lujo, un orden funcional, útil, que hace la vida agradable, una estética que consiste en evitar el despilfarro.



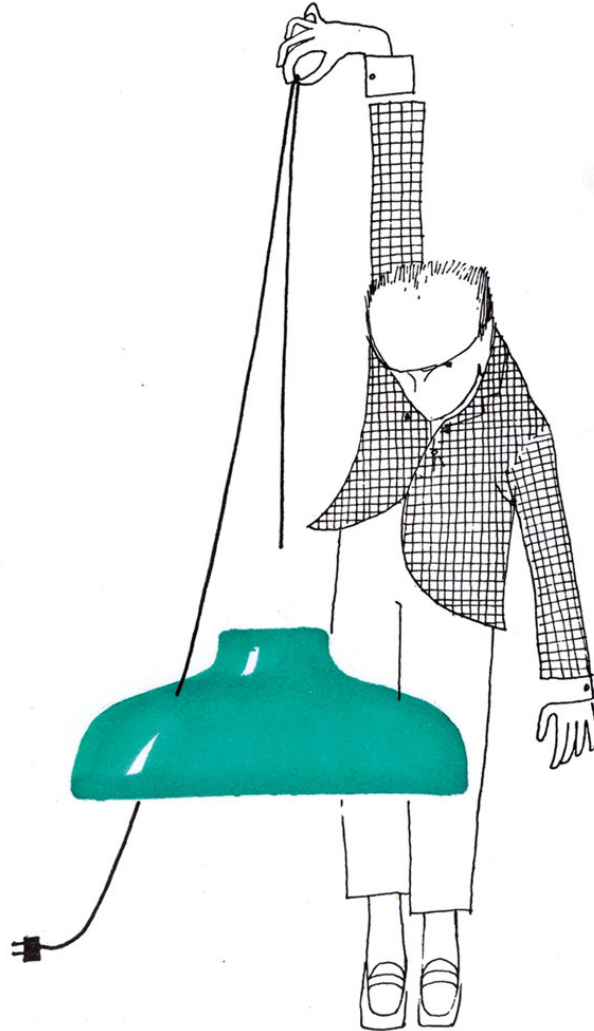
*Caricatura de mi cuñada Mercedes Mencos Bosch, condesa de Montseny.*

Dicho esto, culturalmente vivo de gorra. Lo reconozco: leo muy poco. Me da una vergüenza horrorosa decirlo, pero soy así. Aprendo de hablar con amigos y, sobre todo, de escuchar. Me gusta tratar con gente que me ilustre y que me explique lo que lee. Ante un libro, siento una tremenda impaciencia. Y eso no me permite concentrarme en lo que leo. Me atasco. Ante un objeto me sucede lo contrario. Lo miro y solo veo respuestas, fallidas o acertadas, pero respuestas.

Lo que más me gusta es observar y escuchar. Soy un conversador nato, pero la parte que va conmigo es la de la escucha.

Mi manera de ser me ha llevado a tratar de diseñar lo que no existía. Y esos huecos los he detectado observando. Y escuchando. Hablo siempre de cosas pequeñas. No hablo de ambición, ni de modestia, simplemente describo mi pragmatismo.

Uno aprende tanto de lo que la gente dice como de lo que hace. Y tanto de los libros de texto como de la manera de dar la lección. Por el solo hecho de estar en la universidad uno ya aprende. Conoces a gente distinta, no solo a los profesores, también a los alumnos. Para nosotros, en mi juventud, entrar en la universidad era salir de nuestro pequeño mundo. Y eso me fue muy bien.



*Felicitación navideña con mi autorretrato con la lámpara que diseñé en 1962 y a la que llamé M62. La diseñé junto con la TMM para el concurso de amueblamiento económico que ganamos con la empresa Gres.*



*Examen de dibujo de entrada a la Escuela de Arquitectura (1950).*



*Retrato que me hizo, mientras estudiaba, Federico Correa.*

Uno de los días más felices de mi vida fue cuando salí de la Escuela de Arquitectura dispuesto a no volver nunca más. Llevaba dos años teniendo grandes problemas con las matemáticas. No me dejaban dormir. Fue Federico Correa quien me dijo: «Vete, déjalo y dedícate a lo que quieras hacer». A pesar de eso, me fue muy útil pasar por la Escuela de Arquitectura. Conocí a muchos estudiantes y a muchos profesores. Se podría decir que conocí a todos los arquitectos de una época de Barcelona. Todos los que pasaron por la escuela en la que yo repetía asignaturas año tras año.

De mis hermanos Alfonso y Leopoldo y de Federico Correa he aprendido mucho. Pero, entre los arquitectos, al que más he

admirado ha sido a José Antonio Coderch. Él me enseñó a atender a la función. A simplificar, pero también a no tener miedo de un quiebro, de una curva, de una solución que descuadrara el diseño, pero que lo humanizara. Con estas bases inicié mi carrera de diseñador.

Aprendí haciendo. Trabajé con un herrero que entrenaba a los atletas del Español. Se llamaba Cutié y era muy simpático. Nos pasábamos la tarde limando y hablando; fue así como aprendí mucho de él. Con él construí la lámpara TN, la de la tía Nuria, la primera que hice, con ruedecitas de goma para que la pantalla subiera y bajara. La lámpara era a la vez burguesa e inconformista. Estaba pensada para el ocio y la lectura. Y yo resulté ser a la vez un inventor y un diseñador.

Las crisis son creativas. Así como la abundancia es más bien negativa, durante las crisis nos esmeramos en resolver problemas con el mínimo gasto posible. Yo, como además de diseñador soy un poco inventor —no por elección, sino por reacción—, he funcionado mejor en la escasez que en la abundancia.

Mi fuente de inspiración no son las ferias de diseño, ni las revistas ni los libros. A mí me encantan las ferreterías. Yo viviría en Servicio Estación —que es mucho más que una ferretería—. No voy a ver lo que me hace falta, sino lo que me podría hacer falta. Tengo siempre hambre de herramientas.

Soy un hombre más de ciudad que de biblioteca. Diseño por la calle. Cuando voy en moto, me fijo en lo que veo. Las imágenes, en el fondo, se leen de la misma manera que las palabras. Uno va pensando, viendo y pensando. Vas masticando y vas rumiando datos. Un día, de repente, surge una idea.



Por eso, aunque no tengo teorías, ni he escrito tratados, puedo decir que el buen diseño no se nota, pero se agradece, porque mejora la vida de todos. La hace más cómoda. No la revoluciona. El mal diseñador prefiere lucirse a ser discretamente útil. Eso es lo que yo he tratado de ser, discretamente útil.

# Hace años era tartamudo

Hace muchos años yo era tartamudo. Lo fui superando poco a poco. Hasta que me di cuenta de que hablaba como los demás, sin atascarme. Ahora no me cuesta nada contarlo, porque justifica muchas de las cosas que he dicho y hecho.

A mi mujer la llamé Cuqui por eso. Ya he comentado que no me gustaba nada llamarla Cuqui, que era como la llamaban en su casa. Aunque cuando se lo confesé a ella, me reprendió: «Podrías habérmelo dicho y se habría acabado el problema». Como siempre, tenía razón. Pero es que, además, me costaba llamarla María. Me atascaba en la primera sílaba. Por eso acepté llamarla Cuqui.

La chica que nos cuidaba de pequeños se llamaba Teresa. Y yo la llamaba «Eresa». Mi padre se dio cuenta y me llevó a un logopeda. Aquella visita al médico no sirvió para nada.

De joven no conseguía decir «Federico», el nombre del socio de mi hermano Alfonso. Tenía que decir «el chico Correa», lo que incluso me hacía parecer una persona relamida. Habíamos pensado en ponerle a nuestro cuarto hijo, Lucas, Federico. Pero lo dejamos, porque pensamos que yo jamás sería capaz de llamarlo por su nombre. La tartamudez puede parecer algo sin importancia, incluso

cómico, pero te complica bastante la vida. Nunca supe cómo desapareció al cabo de tantas décadas.

Yo había hecho mucho teatro, con una célebre aficionada, María Luisa Oliveda y mi primo Fernando Cavestany.

Cuando hacía teatro y cuando cantaba no me trababa jamás. En un escenario, dejaba de ser tartamudo. Y eso me daba que pensar. He llegado a creer que actuar fue lo que me salvó. Al actuar, dejaba de ser yo. Y así, poco a poco, fui abandonando la tartamudez. Supongo que lo que ocurre es que ahora actúo siempre, pero no se nota. O creo que no se nota.



*Interpretando a Don Mendo junto a María Luisa Oliveda. Representamos La venganza de Don Mendo hasta en cinco ocasiones, en el Capsa de Barcelona, en Camprodón y en San Juan de las Abadesas.*

Durante décadas no pude decir ni mi nombre. Al tener dos emes me era imposible decir «Miguel Milá» sin atascarme. He llegado a la conclusión de que era una cuestión nerviosa, porque cuando

empecé a tener más personalidad y más seguridad en mí mismo, la tartamudez desapareció. Alguna vez, en momentos de apuro y agobio, vuelve. Esas cosas me enseñan que uno nunca deja de aprender en la vida.

# Siempre tengo una reparación en la cabeza

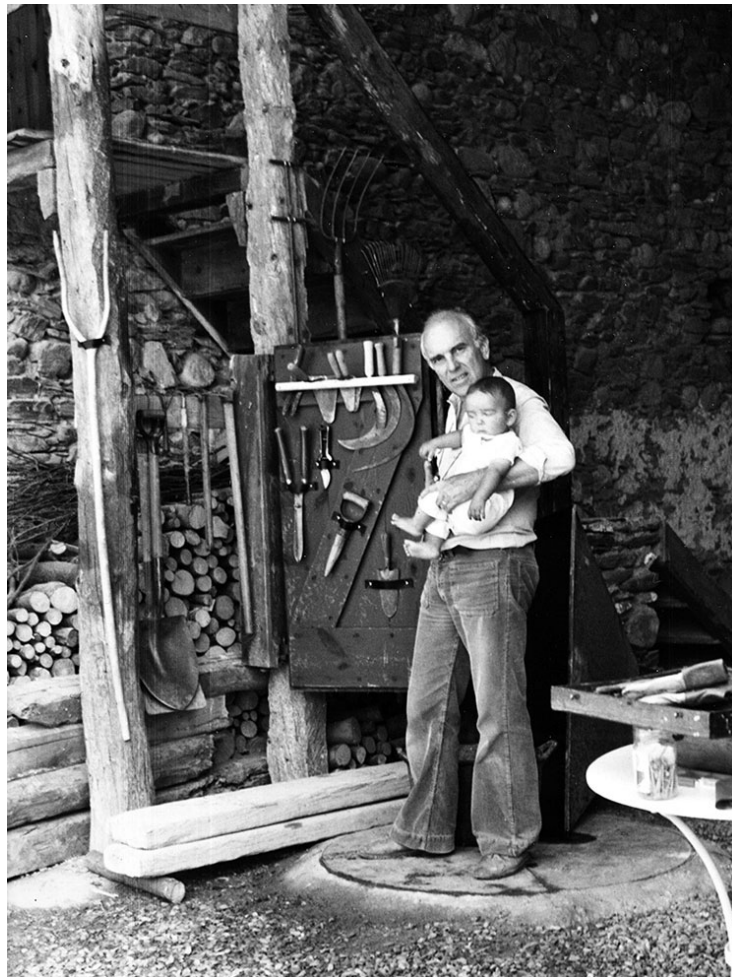
Para restaurar el cuero, jaboncillo; para proteger las maderas de exterior, hay aceites especiales muy buenos; para descalcificar el mecanismo de los grifos, ponerlos a remojo en vinagre.

Mi hijo Juan escribió que mi preocupación por la limpieza y la reparación delata un interés por la vida de las cosas. Supongo que me interesa que las cosas duren. Eso hace que me sienta bien cuidándolas. No puedo entender el interés contrario.

Puede que mi mejor escuela de reparación haya sido la cantidad de casas que he rehabilitado. No hablo de diseñar, hablo de reparar. Primero se sana, se cura, se limpia y luego se reconstruye salvando y cambiando, respetando y alterando. Nos compramos una casa vieja en Puigcerdà. El camino era largo, porque, aunque estaba en Gerona, había que rodear una montaña, la Collada de Tosas. Mi mujer y yo íbamos a la visita de obra siempre en silencio. Porque solía ir pensando mientras conducía. Y cuando llegábamos a la cima, le decía: «Ya lo tengo». Y ella preguntaba: «¿El qué?». La solución a algún diseño. Yo iba en mi mundo. Pensando en cómo lograr acabar o reparar algo. Siempre tengo una reparación en la

cabeza, y actividades como la conducción me facilitan especialmente este tipo de ejercicio mental.

Siempre me ha gustado viajar en coche. Teníamos una furgoneta Volkswagen que me servía para trabajar, para viajar y para hacer tertulia con mis amigos durante los desplazamientos. Una furgoneta es el vehículo que mejor permite que sucedan muchas cosas. Dentro y fuera. Con ella solíamos ir a la Cerdaña. Podíamos llevar a nuestros hijos. O a amigos. O a hijos y a amigos, pues caben nueve personas.



*En la leñera de Puigcerdà, con Lucas en brazos. Diseñé una puerta donde poder colocar las herramientas de jardinería.*

Cuando hablo de rehabilitar una casa de campo, entiendo ese rescate como arreglar solo lo indispensable. Evitando reemplazar lo viejo, si funciona. Teníamos pocos medios. Hicimos en la casa el arreglo justo para convertirla en confortable, que es para mí el verdadero lujo.

Siempre estaba metido en faena. Una vez llegó un vecino nuevo y yo iba con un delantal de goma muy largo y con botas de agua, y le estaba dando un biberón a un ternero (con una regadera). Me dijo: «Dígale a los señores que están invitados a cenar en nuestra casa». Le contesté que así lo haría. Fuimos. Como mi mujer no tenía traje largo en la montaña, se puso un camisón. Al entrar, lo primero que dijeron fue: «Qué bonito traje llevas».



*Trabajando en la casa de Puigcerdà.*



# Objetos que nacen muertos

Me gustan los materiales que envejecen con el propio objeto y lo definen. Siempre digo que un coche o un frigorífico comienzan a deteriorarse a partir del momento en que los compras. Están fabricados con materiales que hacen que nazcan muertos y su deterioro es imparable. Un zapato o un monedero de cuero, por el contrario, cobran vida con el uso. Los materiales nobles, la madera, el mármol o el cuero, ganan con el tiempo. Eso es importante tenerlo en cuenta a la hora de diseñar. Un diseñador responsable debe pensar en el día después de la foto. En el año siguiente. En los próximos propietarios, si es posible.

No es que sea reacio a utilizar materiales nuevos. Eso sería cerrazón por mi parte. Soy reacio al empleo de materiales por el mero hecho de que sean nuevos. La novedad no me resulta una razón muy convincente. Prefiero apelar a otros criterios. Sé que con frecuencia lo nuevo aporta menos de lo que promete. Supongo que los que venden materiales novedosos deben rentabilizar sus investigaciones y exageran sus virtudes, pero la responsabilidad de ponderar si un material es oportuno o no para un objeto es del diseñador.

Creo, además, que con los materiales tradicionales se puede innovar. Acabo de diseñar con mi hijo Gonzalo unas sillas de caña de ratán. El material es un clásico mediterráneo, la caña, pero está tan trabajada y cuidada que la silla parece como si estuviese realizada en hueso. Invita a tocarla. Está tan bien hecha que no se ve ni un clavo. Por eso la silla Gata despierta más el tacto que la vista. Es muy cómoda. Ha ganado el premio de la Feria de París y el de la Feria de Fráncfort.



*Esta butaca Confortable Ligera, que diseñé en 1960, fue distinguida con el segundo premio Huarte. No llegó a producirse en serie.*

Una silla debe servir a un usuario universal, por eso debe tener una altura, un peso, una constitución y una agilidad medias. De ahí que sea difícil sacar ese común denominador con una silla y por eso mismo resulta clave que el material con el que trabajas te ayude. La caña de ratán ayuda porque es resistente y ligera; porque se curva y

conserva la rigidez; porque es natural y resiste la intemperie; pero también ventila, se airea y solo requiere un mantenimiento mínimo: un poco de cuidado.

Nuestra aportación como diseñadores es tratar de asegurar que la silla sea cómoda, y además vacunarla contra el paso del tiempo.



*Silla Gata diseñada junto a mi hijo Gonzalo para la empresa Expormim (2016).*

# Verdades escondidas en los bancos

Vi un día, por la calle, que a un señor mayor le costaba levantarse de un banco demasiado bajo. Tomé nota y diseñé uno para que los mayores se levantaran de él con dignidad. Un buen banco es aquel que tiene en cuenta el confort. Hay gente que interpreta que un banco, por el hecho de utilizarse en el exterior, tiene que perder la escala del cuerpo humano y adaptarse al tamaño de las calles y de la ciudad. Error. Los bancos inmensos son incómodos. Los que funcionan se acoplan siempre a la escala humana. No a la urbana.

Un banco cómodo tiene que ser más bien alto, porque cuesta menos levantarse de un banco alto que de un banco bajo. Ahora todos los bancos los han hecho más altos. Incluso a los antiguos bancos románticos les colocan un alza bajo las patas. También la población es más alta, pero la proporción debe respetarse. Los bancos no pueden estar pensados a partir de los edificios. Deben corresponder al tamaño de las personas.



*Un collage que me representa sentado en el banco NeoRomántico (1995) con el equipo de Santa & Cole. FOTO: SANTA & COLE*



*Banco Viceversa, de 1995, que produjo Santa & Cole. FOTO: SANTA & COLE*

Los asientos individuales en la calle no me gustan. Un banco partido en trozos no me parece que tenga mucho sentido. Es muy común sacar sillas a la calle. Se pueden trasladar con facilidad. La gente siempre lo ha hecho: las sacan para tomar el fresco y las meten cuando se retiran a dormir. Las sillas de una casa suelen sustituir al mobiliario urbano cuando este escasea. Una silla no debe ser un mueble anclado, porque no es esa su naturaleza.





*Banco NeoRomántico Clásico (1995), producido por Santa & Cole Ubidermis. FOTO: MIA SERRA*

Creo que individualizar un asiento en la calle no es útil. El ruido de la calle dificulta la conversación. No puedes acercar la silla a la persona con la que querrías hablar, porque está fijada al suelo. Las sillas que sustituyen a los bancos en las calles están hechas con una intención que no tiene nada que ver con ofrecer un lugar de descanso en un espacio. Esas sillas individuales están pensadas para evitar que la gente duerma en el banco. Nuestra sociedad

participa en ese juego perverso. En lugar de solucionar los problemas, se ocultan.

Estoy en contra de que no haya bancos. Si alguien duerme en un parque o en la calle tumbado en un banco, es porque no tiene otro sitio adonde ir. Entonces... déjale por lo menos que descanse un rato. Además, los ancianos del barrio se han de poder sentar.

Mi hermano Alfonso y Federico Correa me pidieron que hiciera un banco para la plaza Real de Barcelona, «como el que había, pero modernizado». Y les hice uno al que llamé Plaza Real. Con el tiempo, actualicé esas mismas líneas y diseñé otro al que llamé NeoRomántico justamente por eso, porque era una versión del que ya existía. Hoy los han quitado para evitar que la gente duerma en esa plaza.

El caso es que mi banco NeoRomántico gustó mucho. Y sucedió lo que sucede tras el éxito: que comenzaron a copiarlo. Hoy hay bancos como este por todo Hospitalet, pero se trata de copias. Me satisface ver que ha proliferado tanto, pero me molesta que haya un fabricante que me copia. Es decepcionante que con la crisis económica los ayuntamientos se hayan decidido por los sucedáneos, más baratos, en lugar de apoyar el diseño de calidad, lo cual no deja de tener su lógica: administrar dinero público en época de crisis es complicado. El reconocimiento del valor de las industrias y de la propiedad intelectual, como el diseño, es una batalla que no se ha ganado del todo.





*Banco NeoRomántico Liviano (2000), que produce Santa & Cole Ubidermis, en el paseo de Gracia de Barcelona. FOTO: MIA SERRA*

Diseñar para el espacio exterior es una prueba de fuego para un profesional, porque se trabaja con muchas unidades que están expuestas a mucho uso y agresión. Siempre defiendo que la mejor manera de proteger un diseño de la agresión es convirtiéndolo en algo querido, en un diseño amable, cercano, útil y necesario.



*Sentado en mi banco NeoRomántico Liviano.*



*El banco Tram, que diseñé en 1991 por encargo de Alfonso y Federico para el Anillo Olímpico de Barcelona, y la lámpara llamada Estadio producida actualmente por Santa & Cole. FOTO: MIA SERRA*

# Iluminar y deslumbrar

Una lámpara es un objeto iluminador e iluminado a la vez. Emite luz y forma. No solo luz. Una lámpara, más que cualquier otro mueble, da vida a un espacio. Por eso es seguramente el diseño más fácil de hacer. Lo que menos me ha costado diseñar en toda mi vida han sido las lámparas.

Todas las lámparas que tengo en casa, salvo las heredadas, son diseños míos, y casi todas las he hecho para algún sitio específico. Para una habitación concreta o para darle un uso determinado. No es difícil diseñarlas porque las reglas están muy claras.

Espero no cansar repitiéndolo: lo fundamental en una lámpara es que alumbre y que no deslumbre. La luz debe ser siempre amable. La iluminación puntual permite leer, la fría es desagradable, la insuficiente hace que nos tropecemos, pero la iluminación excesiva molesta. Hoy se están perdiendo los matices. Cada vez hay menos penumbra y ya no existe la media luz. De noche, las ciudades han perdido buena parte de su encanto por el exceso de luz. Por eso creo que los arquitectos que deciden la luz a partir de cálculos meramente técnicos o de seguridad se equivocan. Los edificios iluminados con luz bajo los balcones parecen, en su mayoría, monas de Pascua. Hubo un momento en el que La Pedrera, la Casa

Milá, de Barcelona parecía un edificio plano, y eso que es como una roca: está lleno de curvas. Todo esto demuestra que la luz puede dejar ver tanto como ocultar o marear.





*La lámpara Cesta, versión actual comercializada por Santa & Cole. FOTO: CLARA NADAL*

Ya he contado que mi tía Nuria me dio la primera oportunidad de diseñar una lámpara, que llamé TN en su honor. La historia de mi relación con las lámparas de pie con pantalla, con movimiento lateral y vertical es la de un escritor que cuenta siempre la misma historia: todas son la misma. Y lo que va cambiando son los detalles. La TMC nació para tratar de evitar que el cable molestase. En lugar de esconderlo, decidí darle un uso: lo convertí en el sistema de encendido.

La lámpara Cesta surgió de una casualidad. Me encontré una pantalla en forma de globo y se me ocurrió meterla en una cesta para que se pudiera mover. Nada más. Con la cesta defendí la movilidad cuando los muebles eran estacionarios. Que un mueble se pueda mover hace que una vivienda pueda tener menos muebles y, por lo tanto, deja más espacio libre.

Ahora, gracias al led, muchas de las lámparas que diseñé pueden ser autónomas y servir para el interior y para el exterior. De este modo, sirven dos veces, reducen el número de objetos necesarios. Eso se llama «innovar» y no lo he inventado yo. Lo ha hecho posible la tecnología actual. Y yo lo he aplicado a mis diseños. Lo que mis diseños hacen posible es que formas que fueron ideadas cuando la electricidad se obtenía en un punto fijo sean todavía relevantes ahora que las lámparas se pueden cargar, trasladar y hacerse autónomas de la red eléctrica.



*Una de las primeras versiones de mi lámpara de sobremesa Cestita, que comercializaba Tramo (1962).*



La lámpara Cesta nació para ser trasladada. Y la lámpara Asa nació con un asidero para poder moverla de sitio. La lámpara TMC nació con un asa posterior para poder desplazar la pantalla verticalmente, sobre un fuste, para dar luz puntual de lectura o luz general de ambiente. La lámpara TMM también tiene ese movimiento vertical. Pero en ella ya ha desaparecido el asa. A veces, innovar es atender a la tecnología disponible. Otras, consiste en conseguir restar algo más.

He hecho familias de lámparas. Y cada una de ellas puede parecer de un autor distinto. Mi seña de identidad es una idea, la búsqueda de una solución ingeniosa. Y la forma es el resultado de esa búsqueda, no la aplicación de una receta formal.

# Tres claves para una chimenea

En el año 1977 presenté la Chimenea A-14 a los premios Delta ADI-FAD y me dieron un Delta de Oro. Lo recuerdo porque me lo entregó Vico Magistretti. Me contaron que entró, miró y dijo: «Yo ya tengo el Delta de Oro». La diseñé porque mi hermano Leopoldo había creado una empresa: Polinax. A Leopoldo lo llamábamos Polín y de ahí surgió el nombre de la empresa. La fábrica comenzó haciendo mis lámparas para el arquitecto José Antonio Coderch, porque este me las había pedido para el Hotel de Mar de Mallorca.

En una chimenea lo fundamental es que funcione, que tire, que facilite la combustión. Por supuesto, que no salga humo. Una fórmula ayuda a calcular casi todas las formas posibles. El exterior de la chimenea es otro tema. Habla al usuario. Puede ofrecer seguridad, calidez, pragmatismo o, claro, puede tener también ambición artística. Si la tiene, estupendo. Pero si la finge, tenemos un problema. Fingir es siempre una mala idea: crea más problemas de los que soluciona.



*La Chimenea A-14, que recibió el Delta de Oro en 1977. Diseñada específicamente, aunque no en exclusiva, para una esquina, resulta muy segura y cómoda pues incorpora la plancha protectora que se puede bajar o subir según se necesite. Actualmente la produce DAE Chimeneas.*

La Chimenea A-14 nació para una esquina, pero me di cuenta de que podía ser utilizada en cualquier lado. Más tarde pensé que habría muchas casas en las que no cabría. Y la cambié un poco para hacer otra versión más reducida, la Chimenea A-9. Creo que diseñar consiste en detectar e incorporar esos pequeños cambios al pensar en el usuario. Eso demuestra que una buena idea resiste adaptaciones y cambios de tamaño. El trabajo de interiorismo me ayudó a darme cuenta de eso.

Debido a que hacía las chimeneas a la carta para clientes, ahora mismo no tengo ninguna de las que he diseñado. En nuestra casa había chimeneas de obra. Mi padre las compró en los anticuarios. Y las usábamos mucho. También teníamos calefacción, pero siempre utilizábamos las chimeneas. No conservo ninguna de las que diseñé para las casas de verano que tuvimos. Fue necesario venderlas y ya no son nuestras.

Económicamente he sido un desastre. O no. Hemos sabido trabajar, pero también disfrutar. Hemos sabido tener y hemos aprendido también a no tener. Siendo privilegiados es más fácil, está claro. Pero, con el tiempo, una sola casa nos ha resultado más fácil de mantener, y de cuidar. Y, claro, las chimeneas se han quedado por el camino.

# He limpiado tantos grifos como zapatos

De pequeños, veraneábamos en la casa de mi tío abuelo, Agustín Massana, que era pastelero. Tenía una confitería en el centro de Barcelona, en la calle Fernando. Y sentía un gran amor por el arte. Cuando murió, donó gran parte de su herencia para fundar la Escuela Massana. Quería que quien no tuviera nada pudiera acceder a la educación y tener un oficio. También era muy aficionado al teatro y aquí, entre nuestras casas, todavía sobrevive el Teatro Massana, que también lleva su nombre, pero que hoy no es más que un gran trastero. Mi mujer quiso montar allí una escuela de baile para enseñar flamenco. Ella se encargaría del flamenco y sus sobrinas Mónica Rumeu y Ana Milá, de la danza contemporánea y del cine fórum, respectivamente. La idea era perpetuar las aficiones de nuestro antepasado. Finalmente no pudo ser. Una pena porque una escuela siempre es mejor que un almacén.

En un grifo me preocupa que su uso sea claro. El primer recuerdo que tengo de uno tiene que ver con mi tía Tula. Puede parecer que teníamos de todo, porque teníamos también una tía Tula. Era hermana de mi padre. Vivía en una de estas casas. Eran casas, ya

digo, para pasar el verano. Se comunicaban y tenían servicios comunes. En el jardín, al lado de la cocina había una mesa metálica muy grande, que no sé dónde está ahora, pero llamaba la atención, porque tenía el sobre de rejilla metálica. Era una mesa que se utilizaba para secar los cubiertos. Como había tanta gente, la casa parecía un colegio: lo necesitaban todo grande. Y también eran muy ingeniosos: dejaban los cubiertos sobre la rejilla metálica para que se escurrieran, así evitaban tener que secarlos a mano. Cuando vi la mesa, pregunté para qué servía. Y me fascinó. Allí, junto a esa mesa, había un grifo. Ese, creo, fue el primer grifo que vi en mi vida. Sin embargo, hablo antes de la mesa, porque el ingenio es lo que más me interesa. Hasta de memoria, en los recuerdos, me fijo en él antes que en nada.

No tengo, en cambio, un recuerdo del primer grifo que reparé. Entre otras cosas porque hace años que no tengo que repararlos. Llegado un punto, tuve la suerte de que un amigo mío, un excompañero de los jesuitas, Rafael Puig Bultó, me encargó que diseñara para su empresa, Supergrif, un grifo que no diese problemas. La serie se llamó Hydra y en ella, más allá de que la forma del grifo fuera discreta, me preocupó su buena ergonomía, es decir, su comodidad para el usuario.

Con el tiempo, quise hacer otro grifo. Lo decidí porque tuve otra idea. Diseñé un grifo con el mando en la punta del caño para evitar que se manchase con el agua cada vez que se usara. Cuando está recto el mando, se abre el agua fría. Si se quiere caliente, hay que girarlo hacia un lado. Con este pequeño cambio, nadie se deja el grifo conectado al agua caliente, con el consiguiente ahorro de energía. No entiendo cómo no son todos los grifos así.

La única reparación que hoy exige un grifo es quitarle el sedimento de cal del agua. Es muy fácil lograrlo con un poco de vinagre. Es cuestión de dejar el grifo en remojo el máximo tiempo posible hasta que el vinagre haya disuelto la cal. El acero queda como nuevo. Produce una gran satisfacción...



*Grifo Milá, producido por Supergrif.*

Cuando un grifo está calcificado a veces cuesta mucho desmontar la pieza de la cabeza, que es la que más sufre. Y por eso, porque queda sellada, puede llegar a romperse. Entonces hay que cambiar el grifo. Pero si lo limpias con cierta regularidad y lo logras rescatar, el vinagre le alarga la vida.

Mis hijos me han visto limpiar grifos y limpiar zapatos. Colgar cuadros y lámparas. Pintar paredes y muebles. Arreglo todo lo que

se rompe. O lo transformo. Siempre he tenido un taller muy ordenado. A veces dentro de casa y otras, fuera. La gente cree que soy muy ingenioso, pero muchas de las ideas las copiaba de la sección «Los grandes inventos del TBO», del profesor Hans de Copenhague. Por ejemplo, la idea de fijar tapas metálicas de rosca en un estante y enroscar botes de vidrio debajo que quedaban, así, colgando bajo el estante, la obtuve de ese cómic. Todo lo que sea reaprovechar, reutilizar y reciclar me atrae. Lo repito una vez más: yo no tiro nada. Me cuesta a veces poner orden por culpa de esa costumbre de ir acumulando. Sigo almacenando los tarros, pero ahora les doy salida como saleros. Agujereo la tapa metálica con un taladro y los convierto en dosificadores de hierbas, de azúcar, de sal...

Lo más rentable que he comprado yo siempre han sido las herramientas.



# Un sofá es lo que más cuesta diseñar

Una mesa es más permisiva que una silla. Una silla es exigente, estética, material y económicamente, porque con las sillas se multiplica la inversión: nadie compra una sola. Las sillas están sometidas a un gran desgaste por el uso, sobre todo cuando se utilizan en un restaurante o en un espacio público. Por eso hay que pensar muy bien qué sillas elige uno, porque su presencia y su gasto se multiplican.

Yo no he sido un diseñador de sillas, porque siempre he pensado a partir de la carencia o de la necesidad y los catálogos del mercado están repletos de buenas sillas. Con todo, he trabajado mucho la caña de ratán, porque era un material preindustrial, económico y de excelente mantenimiento, sostenible.

Acabo de crear una colección para habitaciones de hotel basada en este material.

Lo que más me ha costado diseñar han sido los sofás. He diseñado bastantes: el Sofia para los despachos del Reina Sofía, en Madrid, cuando se inauguró el museo, o el Zanco, que tenía mesas laterales de apoyo. También diseñé el del despacho de Pasqual

Maragall, en el Palau de la Generalitat de Barcelona, y de momento los otros presidentes lo siguen usando.

No me he quedado contento con los sofás que he hecho, porque no los he sentido como propios. Hacer uno es muy complicado. Yo no he sabido. El que tenemos en casa es el modelo que hice para el Reina Sofía, en los años ochenta. Es muy práctico, porque es sofá y, a la vez, repisa y mesa (los brazos laterales sirven de apoyo). Pero tiene un defecto: pesa una barbaridad. Por eso siempre he pensado que un sofá es el diseño más difícil; incluso más difícil que la silla. Parece mentira, uno podría estar tentado de pensar que en un sofá un centímetro no es importante. Pues no. Es eso justamente lo importante en lo grande: los centímetros y los detalles.

Un sofá debe ser acogedor y mantener la compostura. Por eso tiene que recuperarse tras el uso, pero a su ritmo, no tan rápidamente como para expulsar a quien se sienta. Como la lámpara, que también debe funcionar apagada, el sofá tiene que quedar recogido, cuando no está ocupado, como si fuera rígido, y ha de ser cómodo y acogedor, como si fuera blando, cuando la gente se sienta en él. La piel debe ser tratada para ser tocada, usada, doblada, sin perder suavidad. Todo esto es muy difícil de conseguir. Por eso la calidad, en un sofá, resulta mucho más importante que en otros muebles. Un sofá es muy invasivo. Su presencia multiplica un error. Lo anuncia, lo perpetúa.

Los que dominan el arte del sofá son los italianos. Además de diseñar bien, fabrican estupendamente.

A mis muebles les exijo lo mismo que pido yo cuando me compro ropa: que si tienen un alto precio, esté justificado.

# En el color prefiero evitar el riesgo

Dar con el color de un mueble o de un objeto resulta muy difícil. Ante las dificultades, o uno se arma de valor, o decide que ese no es su problema. Yo pasé años sin utilizar el color. Lo evitaba. La primera vez que me atreví a usarlo fue cuando hice la lámpara M64, guiado por el color del quinqué: con una referencia histórica me sentía seguro. Para mí remitía a una certeza, no a un capricho, y el verde le daba fuerza, presencia, casi me atrevería a decir que algo de verdad. Luego la realicé en rojo y más tarde me atreví con que fabricáramos la lámpara también en yodo. Pero esto último fue una decisión del fabricante que yo aprobé. No era del todo yo. Por eso no me atreví a mucho más.

Yo mismo no soy mucho de vestir con colores que no sean neutros. Me gusta lo que acompaña y no molesta, también en el vestir, también en el trabajo y, por supuesto, con la gente. Yo trato de hacer eso: acompañar sin molestar.



*Mesa Superponible que diseñé para Gres en 1963 y que ahora comercializa Mobles 114.*

Sin embargo, entiendo el valor del color, comprendo que es importante y sé reconocer el acierto de otros en ese campo más que en ningún otro; seguramente por mi propia carencia. Me gustaría saber manejar bien los colores. Mi hija Micaela, que es grafista, es mucho más hábil que yo manejando y mezclando tonos. Y esa facilidad la aplica igual en un diseño bidimensional que en su manera de vestir. El color da fuerza, pero es un elemento que cambia con el tiempo, con la iluminación, con el acabado y con la compañía. Por eso es importante no decidirlo de manera irreflexiva y tener en cuenta que constituye uno de los elementos vivos, cambiantes, como los materiales nobles.

Cuando no domino algo, prefiero no meterme. No soy una persona a la que le guste correr riesgos. Lo que me gusta es sentirme cómodo con lo que hago. Estar seguro de que lo que ideo puede aportar algo, algo pequeño, pero algo al fin y al cabo. No me gustaría diseñar objetos que pudieran molestar a alguien. No me gusta sorprender, ni sorprenderme a mí mismo. Soy más bien, cuando lo soy, ingenioso.



*Lámparas M64, en sus versiones de sobremesa, de colgar y de aplique.*

# En un restaurante lo primero no es la comida

Estar a gusto en un lugar es lo más importante de ese sitio. El confort es eso: una cuestión de equilibrio, algo en lo que no se suele reparar cuando funciona, pero que te entorpece la vida cuando no está resuelto. El confort se consigue con sinceridad y marcando prioridades. Por eso tengo claro que, en un restaurante, lo primero no es la comida. Lo principal es poder hablar con la persona con la que vas. Si no consigues hablar con la persona con la que has ido a comer, no vuelves al restaurante. Lo mismo sucede si no puedes verla.

El confort es serenidad, ausencia de ruido, generosidad con el espacio y la luz necesaria. En mi propia casa no dejo de ver posibilidades de mejora y esa mejora tiene que ver siempre con la comodidad, con pequeños cambios para poder estar aún más a gusto en casa.

Los cambios no me dan miedo, al contrario, me hacen sentir vivo. A finales de los años sesenta, el arquitecto Pep Bonet y yo presentábamos un programa de radio que tuvo muy poco éxito.

Aconsejábamos sobre decoración, sobre interiorismo y sobre diseño. Nos telefoneaban novios o parejas recién casadas, para preguntarnos cómo decorar su casa. Les aconsejábamos que no pusieran nada: moqueta en el suelo, porque era barato, cálido y entonces estaba de moda, y una cama. Les asegurábamos que lo demás ya llegaría. Hoy sigo pensando que ese consejo de reducir las necesidades a lo mínimo y dejar espacio para lo que la vida va trayendo era muy bueno. Pero no gustó. Para mí hoy es fundamental que un restaurante no quiera epatar. Y, dentro de lo comprensible, que ofrezca la máxima calidad.



# Breve compendio de aberraciones

No me gustan los lavabos con el fondo plano, porque desaguan mal. No entiendo cómo se pueden hacer lavabos planos. O cómo se puede sustituir el lavabo por una palangana honda de piedra que quita sitio para lo que necesitas colocar. Aparte de ser ostentoso, me parece que es la respuesta a la necesidad constante de presentar algo nuevo y diferente. Cuando me encuentro uno en un hotel, me digo: «¿En qué estaría pensando el que ideó esto?». Si lo que pretenden es que parezca natural, han conseguido lo contrario. Esos lavabos desaguan de manera lenta e ineficiente, asunto especialmente grave en lugares como hoteles y restaurantes, donde se usan y se ensucian mucho. Están pensados para la ostentación, lo contrario de la naturalidad y, francamente, lo opuesto a lo que a mí interesa.

Tengo algunas otras manías, lo reconozco. Confío en ser capaz de razonarlas. No soporto tomarme un café cortado en un vaso. Si me lo dan en un bar pido que, por favor, me lo sirvan en una taza. La razón es muy sencilla: te quemas los dedos. ¿Para qué se pensarán que existe el asa? La docilidad de los objetos llega cuando

estos parecen ser conscientes de su utilidad: cuando se pliegan a las necesidades reales, no impuestas, de los usuarios. Y lo que estoy describiendo es lo contrario: son objetos aparentemente indomables, caprichosamente indomables diría yo.

El hilo musical es otro invento agotador. Me molesta incluso el piano en un restaurante: toda música no solicitada es ruido. Un restaurante es un lugar para compartir, para estar bien, para disfrutar y para hablar. La música no debe meterse en medio. Lo mismo ocurre durante los minutos que pasas en un ascensor. Deberíamos preguntarnos por qué nos da tanto miedo el silencio.

Pero en un restaurante hay algo peor que la música ambiental: los platos pretenciosos. Qué horror. La pobre gente que sirve en los restaurantes..., una vez que han aprendido a sujetar varios platos, tienen que ingeniárselas para mover, con gracia y ligereza, y sobre todo para amontonar, platos tan distintos, con forma de tronco, de pizarra, de piedra, de bucle..., todos esos inventos que decoran una comida incapaz de explicar, por sí sola, desnuda sobre un plato blanco, cuál es su sabor, su textura o su aportación.

El restaurante se ha convertido en un circo. Hoy hay platos con bordes ondulados en los que apoyas la cuchara y esta se hunde. Yo me quedo mirándola y pienso: «¿Qué es esto? ¿A quién le hará gracia y por qué?». Por no hablar de lavar o guardar esos platos. ¿Se considera cultura haberse preocupado de diseñar cada uno de los platos con forma de raíz, de barra de pan o de flor? ¿Es tontería o sofisticación? Yo, francamente, prefiero otras sensaciones. Y en el restaurante lo que tiene que hablar es el sabor y el olor, y tú, como comensal, con tus acompañantes. Lo demás es mejor que permanezca en un prudente segundo plano.

El otro día nos sirvieron un canelón inmenso en un plato largo como él, en donde ni siquiera podías apoyar los cubiertos. Mi cuñado y yo nos mirábamos sin saber si reír o llorar. La nueva ola de cocineros-vedettes no ha sabido parar esta locura a tiempo. Yo nunca me había ensuciado tanto en la mesa. La broma se nos está yendo de las manos. Se han metido en el lío de lo innecesario.

Por las salsas detecto una preocupación más decorativa que por el sabor. No se trata de que aporten sabor, sino de que coren.

No voy a continuar con los cubiertos: torcidos, pesados o imposibles de asir. Creo que con unos pocos ejemplos ya se entiende la locura en la que se han metido en los restaurantes. Han equiparado innovación a reinención innecesaria.

Las cosas solo evolucionan cuando mejoran. El cambio tiene que tener un sentido: facilitar la vida, hacer más viable la producción, hacerla más sostenible... El capricho al final retrata al caprichoso. ¿Quién elige un vaso torcido? El vino está mejor en copa, cierto. Pero ¿hace falta que el cuello de una botella esté torcido o el pie de una copa esté inclinado o sea trenzado? O las copas que pesan mucho. O las jarras que pesan mucho. ¿Todo eso a quién le aporta algo?

Ciertas cosas se corrigen con el tiempo. Antes, las copas grandes eran las del agua, porque el vino era lo precioso. Pero el que necesita respirar es el vino y ahora se utilizan al revés.



*Escalera de caracol MM que diseñé para DAE en 1975.*

# Multiplicar la riqueza y no el dinero

No es fácil trabajar como diseñador de interiores. La gente te invita mucho a su casa, en general a tomar café, no a comer. Y te piden ideas. No pasa nada. Pero que crean que con un café les vas a cambiar la casa demuestra lo poco que quieren reformar su casa o la poca fe que tienen en los diseñadores de interiores.

Creo que es significativo que no se paren a pensar. Es como si invitaras a tomar café a un médico para pedirle un diagnóstico. ¿Cuánta profesionalidad podrías esperar de él? Siempre he envidiado a los diseñadores que saben hablar de honorarios desde el minuto uno. Yo nunca me atreví. No me parecía, además, que pudiera cobrar mucho por hacer algo que me gustaba tanto.

En términos económicos, lo único que he hecho bien en la vida ha sido no vender mis diseños. Todos son míos. Eso me ha permitido tener ahora una renta. Vivir de los derechos de autor quiere decir pasar toda tu vida cobrando muy poco. Que mis diseños con el tiempo hayan tenido éxito es una recompensa tras años de dedicación sin frutos inmediatos.



*Lámpara de sobremesa modelo Asa (1965), que diseñé y produje con la empresa Tramo y actualmente comercializa Santa & Cole.*

La obsesión por el dinero está destrozando nuestros valores. Antes existía un pudor y la gente que priorizaba el dinero por encima de otros objetivos tenía un nombre. Tenía varios nombres y ninguno era bueno. Ahora ganar dinero se considera lo máximo. Que pongamos la inteligencia al servicio de multiplicar el dinero, en lugar de la riqueza, no nos deja bien como sociedad.

Tras trabajar durante un tiempo con mi hermano Alfonso y su socio, Federico Correa, también arquitecto, monté mi estudio de interiorismo. Hacía de todo: restaurar y construir atmósferas cómodas a partir de un repertorio limitado de muebles y lámparas, por eso me convertí en diseñador, porque cuando necesitaba algo que no era capaz de encontrar, lo diseñaba. Insisto: siempre he diseñado a la carta. Mis diseños siempre han partido de una necesidad.

He tenido la suerte de trabajar como interiorista durante más de veinte años con unos extraordinarios clientes: la familia Puig Planas. Les hice todos los interiores de la fábrica, de las oficinas y los de las propias casas de los miembros de la familia. Las casas de Antonio Puig, en Calella y en Barcelona, y la de su hermano Mariano todavía están exactamente como las ideé. Me lo cuentan cada vez que nos encontramos. Esta reverencia absoluta me emociona.

El valor económico de un mueble lo da su vida y su utilidad. Una de las claves que aseguran la vida de un diseño radica en que no quede vinculado a una época. Muy pocas cosas que asociamos a determinados momentos permanecen en el tiempo.

Es muy difícil tener una idea, porque lo bueno se suda. Y es fruto de tantas dudas como decisiones. Yo me fui de la empresa Tramo,



porque entró como nuevo socio un empresario mucho más importante que yo y dijo:

—Lo que tienes que hacer es diseñar más lámparas de pie.

—¿Qué? —pregunté yo—. Pero si ya he hecho una en la que he puesto todo lo que sé...

Pueden existir muchas lámparas, claro que sí. Pero la que yo tenía que hacer ya la había hecho. Lo que yo podía aportar ya estaba claro. Me sentí incómodo y me fui de la empresa.

Voy a repetirlo una vez más. Mi padre nos decía: «Sé útil y te utilizarán». Yo no he tratado ni de hacer diseños eternos, ni de gustar a la gente. Pero siempre he necesitado ser útil. Para mí ha sido importante que lo que hago me deje satisfecho. Que un objeto dure en el tiempo no ha sido nunca uno de mis objetivos. Pero sí, varias veces, una consecuencia. A mi entender solo puede ser así.

Alguna vez incluso mi mujer me llegó a pedir que diseñara algo que gustara a la gente. Le contesté que cómo podía tratar de gustar a nadie, si no me gustaba a mí mismo. Ahora está orgullosa de que nunca me haya vendido a las modas. A la TMM podría haberle puesto colores, flores y rayas. Pero no lo vi. No quise verla pasar por eso.



*Federico Correa y mi hermano Alfonso, socios y arquitectos, en el Colegio de Arquitectos de Barcelona (1962). A su lado, mi lámpara de mesa H-102, del mismo año. FOTO: ORIOL MASPONS. © FONTS FOTOGRAFIC O. MASPONS. ARXIU HISTÒRIC DEL COL·LEGI OFICIAL D'ARQUITECTES DE CATALUNYA (COAC)*

# La suerte hay que trabajarla

Yo vivo gracias a mi hermano Rafael. Hicimos el servicio militar juntos, y, estando en La Molina, tuve una meningitis cerebroespinal meningocócica. Me acuerdo del nombre porque es precioso. El dolor de cabeza era también inolvidable. El capitán me mandó a la cama, mientras que el resto de los soldados, todo el batallón, se iba a Barcelona a una revisión médica. Como yo era muy obediente, me metí en la cama. Pero Rafael vino a buscarme y me dijo que ni hablar, que no me quedara, que fuera con ellos, porque, al fin y al cabo, iban al hospital a hacerse una revisión médica. Gracias a su insistencia fui. Y gracias a él me salvé. Llegué ya sin sentido. Me dieron la extremaunción. Tenía septicemia. De aquella experiencia me quedó la sensación de que cuando uno se va a morir, no le importa tanto. Lo dicen mucho y yo entonces lo viví. El dolor era intensísimo y, de repente, me debieron de dar un chute de algo, porque me noté en la paz más absoluta.

Recuerdo esa paz justo cuando apareció el cura con una cruz y encendió una vela. Pero igual fue la oportunidad de la química. Me dieron estreptomicina. Como eran los principios de este medicamento que venía de Estados Unidos y no se conocían las dosis, me dieron demasiada, y perdí el oído en un lado. Pero no me

ha supuesto un gran problema, porque me quedó el otro, pero sí recuerdo que cuando empezaba a bailar con chicas, mi sordera escacharraba todo el romanticismo y toda la intimidad, porque no me enteraba de lo que me decían al oído cuando bailábamos agarrados y preguntaba: «¿Quééééééé?».



*Retrato que hice de mi hermano Rafa.*

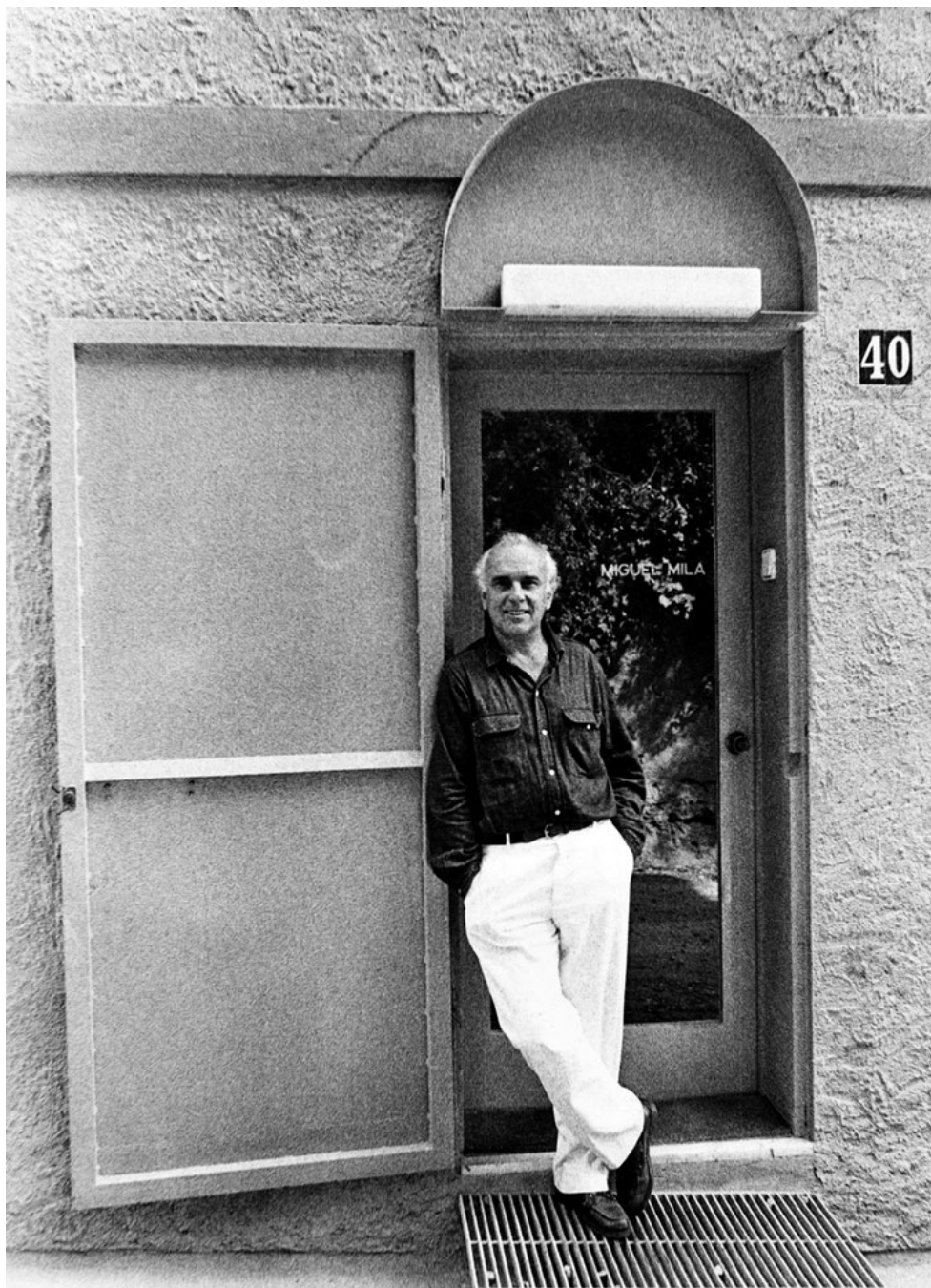
No es un tópico, es la verdad: la suerte hay que trabajarla. Que ahora, con ochenta y ocho años, me llamen de otros países para rescatar diseños de hace décadas puede parecer suerte. Pero también pudo ser mala suerte que esos diseños no se produjeran

cuando los ideé. La suerte es sentirte bien con lo que haces. Uno nunca termina de estar seguro.

Durante la posmodernidad, durante los años ochenta y, especialmente, con la atención internacional que Barcelona recibió durante las Olimpiadas, llegué a dudar de mí mismo. Por entonces, y como parte de una moda —que en diseño suele llamarse «tendencia», pero que no deja de ser moda pasajera—, la sobriedad dejó de interesar. Lo que vendía era lo osado, lo oportuno, lo que hoy ha pasado de moda. Aquello no me convencía. Pero me generaba todo tipo de dudas. Uno se plantea siempre si no se habrá equivocado; si no se habrá esforzado lo suficiente; o si no estará pecando de arrogante cuando se resiste a hacer lo que tantos hacen.

Al final, te das cuenta de que no debes imponerte nada que no sientas como propio. Aprendes que, si dejas de ser tú mismo ya has perdido, porque entonces no te queda nada. Y entonces sí que te pierdes para siempre.

Siendo tú mismo, te puedes perder una temporada, puedes perder el hilo, puedes pasar de moda y puedes perder encargos. Pero siendo otro no sabes dónde te metes. Y te quedas sin tu mayor fuerza: lo que tú sientes, sabes y eres.



En la puerta de mi estudio de Esplugas (1989). FOTO: RAMÓN CORTÉS ROSICH

# Más de matices que de revoluciones

Lo advertí al principio, soy ~~ré~~volucionario: un creador más de matices que de revoluciones. Por eso la posmodernidad, que todo lo quería cambiar, me descolocó. Debo confesar que duró tanto que llegué a dudar de mí mismo. Un día decidí que me daría una oportunidad; que trataría de hacer algo loco. Fue un intento tímido y, por lo tanto, fracasado. Yo necesito solidez; necesito poder convivir con lo que hago. No sería capaz de diseñar nada que no me haya emocionado primero a mí. Si no consigo eso, creo que no funcionará.

Ya lo he dicho: que acompañe y no moleste es mi lema profesional. También vital. Lo pienso diseñando y lo confirmo viviendo.

Dicho eso, algunas veces no me he visto capaz de aportar, no he conseguido seguir el ritmo de la industria y he cosechado fama de perezoso. Puede que lo sea, lo admito. Pero también soy testarudo: no he sabido hacer algo que no naciera de mí.





*Interior de un vagón del metro de Barcelona (1986).*



Yo no sé mandar; pero tampoco sé obedecer. Me molesta que me manden, aunque tampoco soy capaz de mandar. Sé mandarme, eso sí. El hecho de no poder diseñar algo que no naciera de mí mismo no lo he vivido nunca como un acto de soberbia. Más bien me parecía una incapacidad, porque cuando no sabes diseñar para un momento muy marcado por determinada estética, te planteas si no deberías esforzarte más por absorber las nuevas tendencias. Además, está claro que tu economía y la de tu familia se resienten. Pero cuando me veo incapaz de aportar, hay algo que no me deja trabajar. Y llega un momento en que tienes que enfrentarte a lo que te está sucediendo. Y lo afrontas. Entonces la duda se convierte en certeza: no voy a hacer lo que no sé hacer. Y esa determinación que en un momento amenaza con arruinarte es la que, al final, te salva. Nunca me ha gustado rizar el rizo. Muchos estilos caprichosos surgen por miedos y por ignorancia. A mí no me interesan las estridencias. Me abruma. Lo que yo busco es suavizar las formas: alejarme de dogmatismos, simplificar, limpiar.

A veces las dudas te acompañan incluso cuando terminas un trabajo. No estoy muy orgulloso de los vagones que hice para el metro de Barcelona. Tenía que haber sido más valiente y haber intervenido de forma más contundente. No lo hice porque el fabricante tenía ya un diseñador. Y fue el arquitecto Oriol Bohigas — que entonces era una autoridad en temas de Urbanismo del Ayuntamiento de Barcelona— quien me llamó para intervenir. Hice lo que pude. El diseñador original se enfadó. Y yo, por tratar de ser respetuoso, fui un poco tímido. Sin embargo, conseguí que el exterior fuese todo blanco.

# «Viejos Milá»

La familia te toca y los amigos los eliges. No tienen nada que ver unos y otros. Siento mucho agradecimiento hacia mis padres y amor hacia mi familia. Pero la relación entre hermanos es complicada. Dicen que los amigos son la familia elegida, puede ser. En ambas relaciones, familia y amigos, hay amor, aunque se trata de un amor distinto.

He sido un hombre de amigos. La pasión la he sentido hacia mis amigos. Y relaciono la amistad con el descubrimiento. Por eso mi mujer y yo hemos viajado mucho con amigos. Precisamente me compré una furgoneta Volkswagen para que pudiéramos viajar muchos juntos. Como nos gustaba compartir descubrimientos, decidí que tenía que encontrar la manera de que pudiéramos hacerlo. Ya he dicho que funciona con el contacto directo, más escuchando que leyendo, más observando que buscando. Por eso necesitábamos una furgoneta en la que cupiésemos nueve personas. La utilizamos para viajar por España y por Europa.

La furgoneta era una manera de unir, de compartir, de respetar, de conocerse, de aprender y de moverse, claro. Los viernes la cogíamos para ir a la casa que teníamos en Puigcerdà. Mi mujer, que es muy organizada, hacía subir a los niños ya en pijama. Se dormían durante el viaje y así aprovechábamos más el fin de

semana; amanecíamos en el campo. También la utilizábamos para viajar con mis hermanos. Un año nos metimos unos cuantos en la furgoneta: Leopoldo, José Luis, mi cuñada Mercedes..., y nos fuimos a ver a nuestra hermana monja, María del Carmen, a Carchelejo, un pueblo de Jaén en el que vivió muchos años. Era monja de Jesús y María, pero, como era muy progresista, la habían desterrado allá. Era profundamente religiosa y, precisamente por eso, estaba a favor de la gente, del progreso y de ayudar a los que más lo necesitan. No siempre fue comprendida, pero creo que fue una persona muy valiente y muy coherente. Fue la hermana que primero murió.



*En Chicago, junto a la escultura de Anish Kapoor Cloud Gate, una de mis obras favoritas, y, abajo, con Micaela y Cuqui.*



Hay una foto que inmortaliza ese viaje. En el exterior de la furgoneta se me ocurrió pintar un letrero: «Viejos Milá» —en lugar de «Viajes Meliá», que era la marca conocida de viajes de la época—. Hice el juego de palabras para hacer reír a mis hermanos. Se me ocurrió durante un viaje que habíamos hecho, anterior a Carchelejo. Entonces, como no cabíamos en la furgoneta, algunos de los hermanos decidimos ir en moto. De camino a Jaén, nos detuvimos en un pueblo y un puñado de niños comenzaron a correr detrás de las motos. Éramos la atracción. Lo que sucedió es que, cuando yo, que era el más joven, me quité el casco, un chaval dijo: «Anda, si son viejos». Y dejamos de interesarles, tanto nosotros como nuestras motos. De esa anécdota se me ocurrió la broma. Tendríamos unos cincuenta años cuando nos vieron como viejos. Éramos mayores, pero no nos sentíamos viejos. Sin embargo, un niño sí nos veía viejos.

Cuando viajo vuelvo a pensar en lo que he hecho. Tomo distancia y miro mis cosas desde otro punto de vista. Como decía Josep Pla: «S'ha de viatjar per a descobrir amb els propis ulls que el món és molt petit». El mundo es pequeño, pero uno debe descubrirlo personalmente. De lo contrario, lo imagina grande y peligroso. Es necesario moverse y ver qué hacen los otros para darte cuenta de cuánto tenemos todos en común. Yo he basado gran parte de mi trabajo en lo que he visto en Italia. También en los países nórdicos. Pero siempre he tratado de digerir lo que veía. No me gusta copiar. Pero necesito aprender.

# Viajar te pone en tu sitio

Mi primer coche fue una Isetta, un vehículo con forma de huevo, con una sola puerta y el volante sujeto a ella. El primer viaje al extranjero con la Isetta fue a Alemania. El segundo, a Milán. Los dos los hice con mi primo Sergio Sagnier. Él iba a ver a una novia y yo a, una chica que me gustaba. Después de pasar la triste frontera francesa, nos encontramos con el buen humor de los policías italianos.

—*Ma guarda, dalla Spagna con l'Isetta.*

Allí el gusto por el diseño lo llevan dentro.

Iniciamos el ascenso al monte San Gotardo con el depósito casi vacío. Era de noche y por supuesto aún no existía el túnel. Hay que ser joven para continuar conduciendo así, cruzando los dedos para que hubiera suficiente gasolina. Al llegar a la cima lo celebramos. Dejamos de preocuparnos porque podíamos bajar en punto muerto. Le dimos tanto trote a la Isetta que al regresar del segundo viaje se nos rompió la suspensión delantera. La arreglé con varios pulpos, de los que utilizamos para sujetar los paquetes en la moto, y con gran sorpresa de mi primo, llegamos a Barcelona.



*En los años cincuenta, junto a mi primer coche, una Isetta con la que recorrí varios países europeos con mi primo Sergio Sagnier.*





*Uno de nuestros viajes en la furgoneta, con los Garcés, los Ràfols-Casamada, Ana Iglesias Giró y Àngel Vilalta.*



*Excursión en Puigcerdà: Maria Girona, yo, I. Serraima, Pere Garcés y Cuqui.*



También disfruté con los viajes que mi amigo el diseñador André Ricard organizaba con gran destreza y entrega. Para poder ir a los congresos de diseño del ICSID (International Council of Societies of Industrial Design) cada vez vendíamos algo —una moto, el caballo—. Mereció la pena.

En la furgoneta solíamos ir Àngel Vilalta, que era profesor de historia, y Albert Ràfols, Maria Girona, Paco Todó y su mujer, Isabel Garriga, que eran todos pintores. También solía venir Xavier Olivé, un artista muy creativo que organizaba todas las fiestas de la escuela de diseño Eina, donde di clases durante años. Esas fiestas de fin de curso eran un espectáculo. Un año los alumnos se cubrieron de barro para convertirse en esculturas de terracota repartidas por el jardín. Otro fin de curso, a cada artista le pidieron trabajar un árbol del jardín. Xavier escogió el tilo y lo forró de bolsitas de tila. Había hasta un depósito con tila. Te podías servir una taza. Con todos ellos hicimos varios viajes; pasamos por Milán, por Mantua, por Padua, y visitamos las villas de Palladio en Vicenza después de pasar por la Bienal de Venecia. Cuando nos decidíamos a salir, íbamos sin prisa: pasábamos como mínimo dos semanas fuera de casa.

Esos viajes eran un trabajo en equipo. Yo conducía y los demás se repartían el resto del trabajo. Àngel Vilalta nos leía poemas, en el lugar preciso, de autores del país que visitábamos. Albert Ràfols nos apuntaba las pinacotecas y nos explicaba los cuadros que no debíamos perdernos. Àngel y los Ràfols se habían conocido en Cadaqués y se hicieron íntimos amigos. Ahora ellos ya no están y Àngel vive en una residencia. Se pasó años formando en la cultura española a alumnos de las mejores universidades estadounidenses.

Les daba cursos cuando venían a España. Estos chicos son ahora directores de cine, profesores, banqueros..., y cada año le enviaban el billete de avión a Estados Unidos en primera clase y el hotel para que los visitara. Lo adoran. Nos cuenta que le pagan hasta el teléfono... de lo agradecidos que están. Àngel se lo dio todo a los alumnos, y a nosotros, sus amigos. Era el que se ocupaba siempre de comprar entradas para el teatro y los conciertos para todos.

Ya he explicado que mi mujer era, y sigue siendo, guía turística. Por eso su misión en nuestros viajes consistía en lo que ella sabe hacer: acompañar, entretener, dar vida y hablar idiomas. Una anécdota resume cómo es Cuqui. No habla griego, pero en Grecia, en Patras, se concentró tanto para escuchar lo que le decían que logró entender cómo llegar hasta el hotel mirando fijamente a los ojos. No dábamos crédito.

Yo creo que los viajes se ven en la cara y en el comportamiento de la gente. Viajar te pone en tu sitio. Te convierte en uno más. Te libra de prejuicios muchas veces de creación propia. En Berlín, inspeccionaron el vehículo al milímetro, con espejos por debajo de la carrocería, cuando cruzamos el Muro. Nos dejaron pasar al Berlín oriental. No fue un viaje placentero, pero sí educativo. Dos de nuestro grupo se bajaron en la carretera a hacer pis y, al momento, tenían ya un coche de policía al lado. A Xavier Olivé, que fumaba, lo hacíamos bajar de la furgoneta para fumar. Y tampoco lo dejaron bajar allí. Para completar la experiencia, al regresar de ese viaje, recuerdo que era fiesta en Francia y todos los hoteles estaban llenos, de modo que tuvimos que dormir en la furgoneta en un parking de la autopista. El sitio bueno nos lo dieron a Maria Girona, que tenía las piernas mal, y a mí, que era el conductor y debía

descansar. Albert Ràfols, que era muy alto, tuvo que dormir muy encogido y sufrió pesadillas. No paraba de hablar en sueños. De modo que, sí, se puede decir que éramos tan amigos que acabamos durmiendo todos juntos.

Aquella vez que dormimos todos en la furgoneta a un lado de la autopista, nos despertamos para comprobar tres cosas: que media Francia había dormido en la autopista, que los huesos nos recordaban la edad que teníamos y que casi todos tenían perro, porque salían de los coches para pasearlos. Cuqui sacó unos peluches que habíamos comprado y los puso sobre la furgoneta para demostrar que nos uníamos al grupo. Viajábamos como adolescentes siendo ya personas maduras. Era muy divertido.

De los viajes puedo resumir un par de impresiones. Japón no me gustó, su perfección me incomoda. Lo veía teatral. Incluso falso. Y, además, acomplexante: en Japón uno carga todo el rato con el complejo de estar faltando al respeto. Japón es un mundo de sofisticación ingeniosa, pero también de distancia. Como si no pudieras llegar a tocar las cosas. Y a lo mejor lo que me ocurre es eso: yo necesito tocar las cosas.

En ese sentido Finlandia me parece lo contrario. Allí te sientes como en casa. Porque diseñan basándose en el uso y en el usuario. Es la modernidad domesticada. Su estética ayuda a que los objetos, además de servir, acompañen. Finlandia es mi país nórdico favorito. Creo que, en cuestiones de diseño, es el país más refinado, el más puro. Parece también el más verdadero. Es muy básico, irreductible. Difícilmente se le puede restar algo. El diseño finlandés tiene a la vez sentido práctico y sentido de la verdad. Esos son los diseños que sobreviven, son eternos.

# «Vuestro padre no tiene fortuna»

De mi padre José María Milá y Camps, conde de Montseny, aprendí lo de ser conservador progresista, porque siempre le preocupó mejorar las cosas en lugar de destruirlas. Le gustaban las celebraciones.

Fue abogado en la España Industrial; también fue político y consejero de varias empresas, así como presidente de la Diputación de Barcelona durante el Gobierno de Primo de Rivera. En ese período restituyó además la Casa de la Caridad, que estaba en completa decadencia, sin dinero suficiente para vestir y dar de comer a los niños que acogía; y lo hizo adjudicándole la edición del periódico semanal *La Hoja del Lunes* y la gestión de las Pompas Fúnebres, con lo que la economía de la institución se recuperó.

Con la colaboración del equipo de arquitectos de Juan Rubió y Bellver hizo renacer el barrio que hoy llamamos Gótico, aprovechando lo que se conservaba de las viviendas góticas antiguas que habían sido derribadas para abrir la vía Layetana.

Compró la Casa de los Canónigos, de adobe y en mal estado, para instalar en ella la Casa de la Mujer, que comunicó con el Palau de la Generalitat mediante el puente neogótico en 1923.

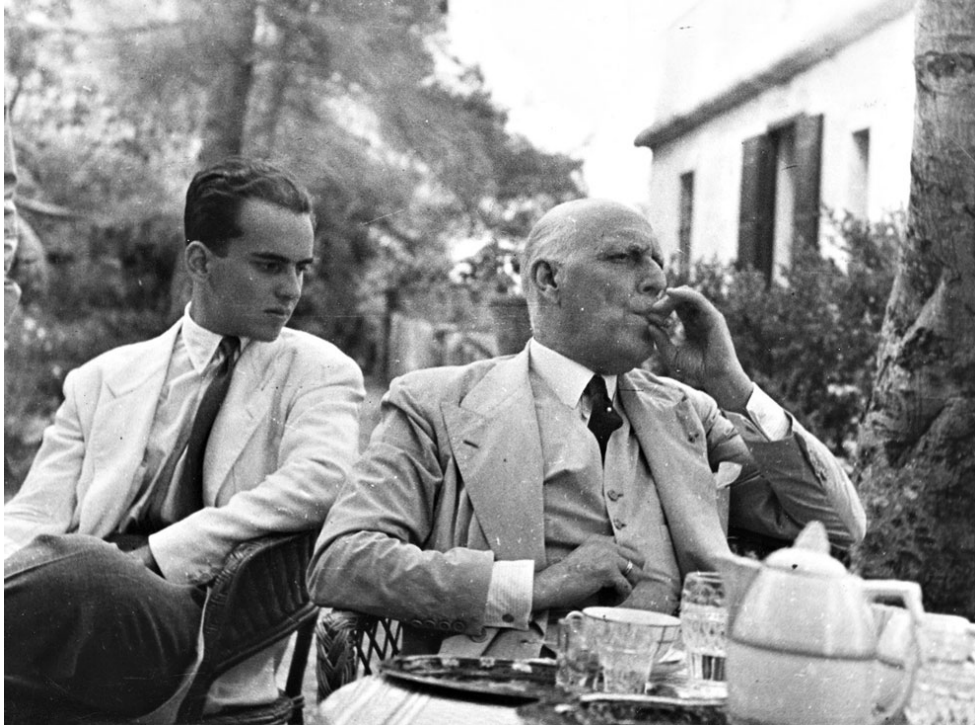
Convenció a un cliente, Andrés Garriga i Bachs, soltero, sin descendencia y con muchos recursos, para que comprara dos casitas muy sencillas en la calle del Obispo, junto a la catedral. Su intención era derribarlas para ganar terreno y aumentar el espacio público. A cambio de este gesto de generosidad, mi padre le ofreció poner su nombre a la plaza, que aún hoy se conoce como plaza de Garriga i Bachs.

Durante un tiempo, mi padre fue presidente de la Corporación Industrial y Mercantil de Cataluña y decidió tratar de recuperar la industria local. Lo que le preocupaba era apoyar a la población local. Por eso, cuando volvió a ser presidente de la Diputación, quiso ayudar a la industria textil, que estaba parada porque no disponía de algodón. A tal fin, y costeándose él el billete, fue a Estados Unidos a hablar con los productores, ya que lo que faltaba en Barcelona era materia prima y dinero para comprarla. Con ellos pactó pagarles esa materia prima —el algodón— con producto ya confeccionado. Regresó entusiasmado y lo propuso al Gobierno, que no apoyó la propuesta, para gran disgusto de mi padre y de los algodoneros.

Cuando acabó la guerra, volvió a ser presidente de la Diputación de Barcelona por poco tiempo. En un discurso que pronunció terminó diciendo: «Que el grito de “¡Arriba España!” signifique que salga humo de las chimeneas de la industria. “¡Arriba las chimeneas!”». Esta frase provocó su destitución.

Durante mi infancia, nuestro padre nos dejó claro dónde estábamos: «Vuestro padre no tiene fortuna». La frase no se nos olvidó a ningún hermano. Nos la repetía mucho, supongo que para que entendiéramos que teníamos que espabilar. Más que una advertencia, esa frase fue un poso que caló en nosotros y acabó

condicionando nuestra manera de actuar. Él había recibido una lección vital de su propio padre. En su lecho de muerte, mi abuelo le había dicho a él aquella otra frase inolvidable, todo un testamento vital que no me canso de recordar ni de repetir: «Habría podido dejarte una fortuna, pero he preferido dejarte un ejemplo».



*Con mi padre, José María Milá y Camps, conde de Montseny, en Bonavista (hacia 1950).*

Sabemos que fue un hombre honesto no porque lo dijese él, por supuesto, ni porque lo diga yo ahora. Lo sabemos por los hechos, que es como se saben las cosas. Ese fue el legado que nos dejó a sus hijos. Y a sus nietos. Digamos que cuidó el tronco para asegurar las ramas. Por eso creo que mi padre fue un hombre ejemplar. La prueba es que dejó anotados todos y cada uno de los gastos que realizó mientras fue presidente de la Diputación de Barcelona.

Su funeral tuvo que celebrarse en la catedral por la gran afluencia que se preveía. Mi padre fue muy querido por toda clase de personas. Por eso me duele que se le ignore y no se hable de él.

# Mi madre siempre apagaba las luces

Como mi padre, mi madre, Montserrat Sagnier y Costa, era una mujer conservadora, pero de forma diferente. Ella no quería acumular, quería evitar despilfarrar. Nos enseñó a ser responsables con las cosas, las personas y el dinero. Fue una mujer muy discreta. No quería enfadarse nunca con nadie. Fue sobria. Era mucho más austera que mi padre y siempre se mantuvo en segundo plano. En términos estéticos, tenía las cosas mucho más claras que él. Digamos que él se dejaba deslumbrar por el brillo y ella, no.

La recuerdo siempre con una actitud ahorradora muy de la época. Antes, la gente, por mucho que tuviera, no despilfarraba como hoy. Está bien gastar, pero es importante saber en qué se gasta y cómo te deja el gasto. Mi madre nunca fue fastuosa. Siempre nos pedía que apagásemos las luces. Era una persona responsable, y eso educa.

La recuerdo siempre haciendo punto. Si pasabas por su lado y veía algo fuera de sitio, te asaltaba: «Dámelo, que te lo coseré». No paraba. Creo que eso lo he heredado de ella. Y no soy el único que ha arreglado lo que se ha estropeado o roto en la casa, ya fuera un



grifo, una sandalia o un estante. Creo que es una educación que recibimos, porque mis hermanos Luis María y Rafael también han sido así. Aunque tengan una profesión al margen de los objetos —el primero es abogado y el segundo era químico—, saben reparar las cosas. Esa es la gran herencia de mi madre.



*Mi madre, Montserrat Sagnier y Costa, con José María Balaguer en los brazos y con su hermana Mercedes.*



*Mis padres, el día de su boda (4 de mayo de 1916), junto a la capilla de Las Torres, adonde acudieron para dejar el ramo. La capilla se encuentra junto a mi casa en Esplugas, y hace dos años pedí a mi hijo Lucas que los pintara, tal y como aparecen en esta fotografía, en el muro. Me hacía ilusión rendirles ese homenaje.*



# La Guerra Civil

La Guerra Civil empezó cuando yo tenía cinco años. Para la sociedad fue una tragedia, pero para un niño la guerra puede ser una aventura.

A mi padre estuvieron a punto de fusilarlo. Como había sido presidente de la Diputación de Barcelona con el Gobierno de Primo de Rivera lo mantuvieron preso durante la Guerra Civil. Primero lo encerraron en el barco *Uruguay*, que estaba en el puerto de Barcelona; después lo encarcelaron en el castillo de Montjuic. Con nuestro padre encarcelado, los nueve hermanos nos fuimos al piso de nuestra tía Tula, su hermana, en la calle de Pau Claris. Teníamos miedo. Pensábamos que nos perseguían.

Mi madre nos puso a los nueve hermanos a tejer una chaqueta de lana para enviársela y evitar así que pasara frío. A mí me tocó la tira central, donde se cosen los botones. Existe una foto que retrata esos días. Estamos los nueve hermanos haciendo punto en la terraza de casa de nuestra tía Tula. Yo estoy sentado junto la barandilla, el primero a la derecha, junto a mi madre y, como siempre, entre mis hermanos pequeños, Luis María y Rafael. Mi padre nunca recibió la chaqueta que le hicimos. A alguien le debió de gustar.

Mi padre no fue advertido, pero se produjo un intercambio de prisioneros. Lo canjearon por un republicano catalanista, Joan Casanelles, que años después cuando regresó del exilio quiso conocernos. Se lo dije a mis hermanos. Le invitamos a cenar a mi casa.

Como mi padre no sabía nada, cuando lo llamaron y lo fueron a buscar a la celda, él se despidió de todos sus compañeros. Pensaba que había llegado su hora. Salió del castillo, lo metieron en un coche, recorrieron varias calles y al rato lo bajaron y le dijeron: «Siga andando», y él esperaba el tiro de gracia.

De una esquina, salió el cónsul de Francia y le preguntó:

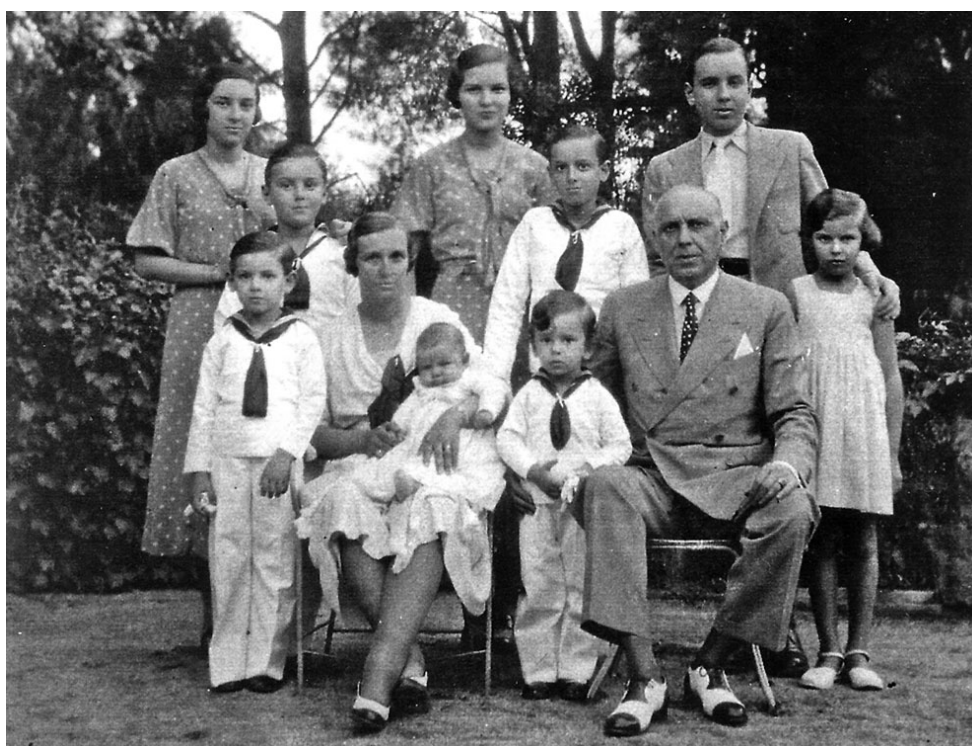
—*Monsieur Milá?*

Lo condujo hasta el puerto, y lo subió a un barco francés que lo desembarcó en Marsella. Desde allí nos enviaron un aviso y nos fuimos todos a su encuentro.

Mi madre respiró. Lo pasó muy mal. Pero para nosotros nueve dejarlo todo para coger otro barco, el *Imeriti II*, era una aventura. Mis hermanos mayores se vistieron con traje y corbata y los metieron en un camión de naranjas. Nosotros, los más pequeños, fuimos al puerto en un taxi con mi tía Tula —que se pasó el trayecto pidiéndonos que no miráramos por la ventanilla—, mi madre y Teresa, la niñera. Los mayores tenían mucho miedo. Los pequeños lo vivíamos como algo misterioso. En el barco nos metieron a todos los hijos en un camarote.

La llegada a Marsella fue emocionante, porque por fin vimos a mi padre, que estaba en el puerto esperándonos. Tras unos días en Francia, pasamos a Italia. Y en Bordighera, cerca de Génova, estuvimos dos semanas. De ese puerto embarcamos ya

directamente para llegar a Algeciras y, luego, nos fuimos a Sevilla. Fue una huida por un camino largo. Lo recuerdo poco porque tenía cinco años. Me acuerdo más de los pequeños detalles que de la gran historia. Pero, aunque sea pensándola y repensándola después, una vivencia así te deja muy claro lo que es fundamental, qué es importante y qué accesorio. Y a la larga te enseña que lo más importante en la vida consiste en saber volver a empezar.



*De izquierda a derecha, en la última fila, María del Carmen, María Asunción y José Luis; en la segunda, Alfonso, Leopoldo y Montse, y abajo, Luis María, mi madre con Rafael en brazos, yo y mi padre, justo antes de la guerra.*



*Mis ocho hermanos y yo haciendo punto en la terraza de nuestra tía Tula para mandarle una chaqueta a mi padre, encarcelado en el castillo de Montjuic durante la Guerra Civil. Yo estoy sentado junto a la barandilla, el primero a la derecha, junto a mi madre y mis hermanos pequeños, Luis María y Rafael.*

# Sevilla

Vivir en una ciudad distinta a la tuya es una lección impagable. Para nosotros, quedarnos en Sevilla más de tres años fue un descubrimiento y una educación, como cualquier viaje. Pero también una huida. Cuando se huye, uno no sabe adónde va, solo de qué huye. Por eso no se viaja en línea recta. De ahí que pasáramos por Francia y por Italia hasta que, finalmente, desembarcamos en Algeciras y nos asentamos en Sevilla. Siempre hemos estado muy unidos a esa ciudad, en la que fuimos felices.

María Asunción, Totón, fue la primera que abandonó la casa. Cuando vivíamos en Sevilla, conoció al que sería su marido. Se enamoró perdidamente de un soldado, Manuel Salinas, cuando este volvía del frente. Mi padre se asustó. Dijo: «Uy uy uy uy uy», cuando se enteró. Pero luego, cuando supo que era hijo de tal y de cual, comentó: «Hombre, hombre, hombre». Así es que Totón se casó y se quedó a vivir allí.

Hasta nuestra generación, nos casábamos dentro de un grupo de gente que se conocía. Después, con la generación de nuestros hijos, el apellido de las parejas ha dejado de ser importante. El mundo se ha hecho más pequeño y, con eso, más amplio. La gente ha viajado y las cosas han cambiado mucho. Ahora tus hijos no te dicen los apellidos de sus amigos. Mi mujer lo pregunta siempre.



Para ver si conoce a sus padres. Pero ellos o no los saben, o no nos los dicen. A mí siempre me gusta saber de dónde viene la gente.

En Sevilla, en la calle Pimienta en el barrio de Santa Cruz, antigua judería, estaba la casa en la que vivimos poco más de tres años. En la calle de los Pajaritos se encontraba el colegio de los jesuitas adonde iban mis hermanos. Yo iba con las monjas, me tenían en el convento. Lo recuerdo perfectamente. Y creo que ese periplo por ciudades, países y casas ha hecho que nunca eche de menos ningún lugar. Nunca he echado de menos ninguna casa. El recuerdo que tengo es de que nos adaptábamos a cualquier sitio. Siempre he tenido esa sensación.

Cuando llegamos a Sevilla no teníamos casi nada. Desde luego, no teníamos mucho dinero. Eso sí, en Navidad montábamos un belén sobresaliente. Toda la vida lo hemos hecho. Recuerdo que las montañas las hacíamos con papel. Todo lo pintábamos, cortábamos, cosíamos o dibujábamos. Todo esto es una educación. Yo provengo de una familia con medios. Pero me he educado en la escasez. Y, en ese sentido, lo que más le gustaba a mi madre era que tuviéramos que ingeniárnoslas para conseguir las cosas.

En Sevilla, toda la familia aprendió a adaptarse a la forma de ser de mi madre. A veces oíamos a mi padre quejarse. Sin embargo, se complementaban muy bien.

Noto la influencia de ambos puntos de vista: la educación austera de mi madre y la fastuosa de mi padre. Me siento bien cuando logro recurrir al ingenio y feliz cuando puedo celebrar algo por todo lo alto. Me gusta hacer las cosas bien. Admiro a los ingleses por su capacidad para la ceremonia. Lo bien hecho entra por los ojos y le deja a uno tranquilo.

Que mi madre y mi padre tuvieran una manera de ser tan distinta fue una riqueza para nuestra educación. Nos multiplicó las posibilidades de ser. Nos dio opciones. Yo me considero una mezcla de los dos.

Mi hermana Asunción es hoy la memoria viva de esa parte de nuestra vida: nuestro paso por Sevilla. Lo que la vida nos dio allí. Cuando Totón regresaba a casa durante los veranos, hacíamos muchas cosas juntos, porque a ella le gustaba mucho arreglar, como a mí. Tenía la vocación restauradora-reparadora de nuestra familia.

Tiene ahora cien años y le han dado la encomienda de Alfonso X el Sabio por su colaboración con Amnistía Internacional. Se la han dado por su lucha infatigable contra la pena de muerte. A mí me admira que nunca decayera en esa idea obsesiva de denunciar que el catecismo justificaba la pena de muerte.

Mi hermana escribió al papa Francisco para recordárselo. Lo hizo incansablemente hasta que un día el Papa le contestó. Y se movilizó. Hace poco me escribió para anunciarme que esa justificación de la pena de muerte ya había desaparecido en la nueva edición del catecismo.

# Barcelona

Mi padre me enseñó que la elegancia no era fastuosidad, sino algo mejor: disponer con generosidad lo poco o lo mucho. Cuando era presidente de la Diputación le gustaba que el servicio fuera con librea, aunque en la propia Diputación no había de nada. Cuando daban una cena importante, llevaban de nuestra casa, que estaba enfrente, en la plaza San Jaime, unos canastos con la vajilla, la cristalería, bandejas y cubiertos. Entonces la Diputación estaba muy abandonada. Y a mi padre le gustaban las cosas bien hechas, de modo que las hacía como podía. En esa casa de la plaza San Jaime nacieron siete de mis hermanos y nací yo. Allí el número 1 es el del Ayuntamiento y el 2, el de nuestra casa.

Concluida la Guerra Civil, regresamos a Barcelona. En un primer momento, nos instalamos en la casa que mi abuelo, Leopoldo Sagnier —hermano de Enrique Sagnier, el arquitecto que construyó más de cuatrocientos edificios en Barcelona—, tenía en la calle de Anglí. No debía de estar listo el piso de la plaza San Jaime. Éramos nueve hijos, nuestros dos padres y la niñera que se quedó con nosotros, Teresa Rabassa. Era una valiente. Reñía siempre a mi madre:

—*Ai, senyora, no digui això.*

Fue entonces, por aquella época, al regresar, cuando mi padre fue nombrado presidente de la Diputación por segunda vez. Ya he contado que duró muy poco en el cargo por sus discrepancias con la forma en que el Gobierno debía apoyar a los empresarios.

Tras vivir en el corazón de Barcelona, junto al Ayuntamiento y luego en un quinto piso en el paseo de Gracia, finalmente nos trasladamos a la casa de veraneo de Esplugas de Llobregat para quedarnos todo el año. Era 1950. Y mudarse a la periferia era una aventura, porque no había transporte público. A mí me pareció siempre que mi padre había vivido en esta casa durante mucho tiempo. Pero, en realidad, fue muy poco. Murió en 1955. Solo vivió allí con nosotros cinco años.

La casa en la que hoy vivimos era el lugar donde pasábamos las vacaciones de verano. Había tres casas de veraneo que mi bisabuela encargó al arquitecto August Font para sus tres hijas. Quedaban fuera de Barcelona, era un sitio fresco, de campo, rodeado de vegetación.

Durante la guerra, la casa fue convertida en escuela. Mi padre vendió una finca que tenía en el centro de Esplugas a unas monjas y con el dinero compró a sus primos y sobrinos esta casa para poder ser único propietario y proporcionarnos lo que ahora disfrutamos los hermanos, sobrinos y nietos. A mí me dio mucha pena, porque esa finca que vendió, Can Casanovas, era el lugar donde yo iba siempre a buscar cosas. Había de todo: libros, instrumentos musicales, muebles. Era una herencia de la familia propietaria de la fábrica de cerámicas Pujol y Baucis, que está en Esplugas, donde Gaudí escogía sus baldosas y donde se fabricaban

las que diseñaban Puig i Cadafalch, Domènech i Montaner, Rafael Masó, o tantos otros arquitectos modernistas para sus obras.



*Las Torres, en Esplugas de Llobregat.*

Le doy mucha importancia al recuerdo de los objetos y de los lugares. Estos días voy todas las mañanas caminando a Esplugas. Me paro a tomar un café y regreso. Y siempre paso por delante de la que era la antigua finca de la familia que mi padre vendió a las monjas de Montesión, con gran dolor por mi parte, porque yo iba todos los veranos, casi todos los días, a investigar a ese almacén que me parecía infinito.

Cuando vinimos a vivir a Esplugas, mi hermano Alfonso estaba ya estudiando arquitectura, pero mi hermana Asunción —cuando venía en verano— y yo empezamos a sacar lo que estaba en el garaje. Fue entonces cuando mi hermana me enseñó a restaurar.

Limpiábamos los muebles con aceite y vinagre. Mi padre no se lo podía creer cuando se los enseñábamos restaurados.

—¿Habéis sacado esto de aquel montón de trastos que había en el garaje? Bien hecho.

Para nosotros era un premio que nuestro padre dijera eso. No necesitábamos más. Recibimos una educación en la que el aplauso de nuestro padre nos parecía un premio. Cómo han cambiado las cosas.

La finca tenía una masía que el arquitecto Gallissà transformó en una casa modernista. Era Can Casanovas, donde yo iba arrastrando un carretón de madera que me había hecho precisamente para cargar cosas. Llegaba allí y decía:

—Hola, Anselmo, qué hay.

Entraba y cargaba el carretón. Curioseaba y traía cosas. Por ejemplo rescaté un violín, que ahora tiene la hija de mi sobrino José María, que toca muy bien. Iba trayendo las cosas como si fueran novedades. Una vez encontré un dibujo de Ramón Casas. Él lo donaba a la revista *Pèl & Ploma*, y si tenías suerte, te tocaba dentro de un ejemplar. Lo enmarqué y luego le tocó a mi hermana Montse. Esa finca, convertida en almacén, fue durante mi infancia mi cuarto de juegos. Mi padre, en cambio, le tenía más afecto a la casa en la que vivimos ahora porque era donde se educó de niño.

Estas casas, que la gente de Esplugas llama «Las Torres», las diseñó Augusto Font, el arquitecto de la plaza de toros de Las Arenas. Con el tiempo mi padre le encargó la remodelación al marido de una íntima amiga de mi madre, el arquitecto Puig i Boada, que era colaborador de Gaudí. Mi hermana María Asunción y yo, que era todavía muy joven, fuimos organizando las viviendas,

desconectándolas y reconstruyéndolas. Pasaron de ser un único edificio, la escuela, a convertirse en casas individuales otra vez.

# «Academia de la Rotonda»

Como que muchos de los hermanos compartimos un mismo jardín, mientras vivió mi madre, cada día, después de comer, íbamos a su casa, a sentarnos en los sofás de la rotonda para tomar café. La sala la había hecho mi padre, con un gran sofá y silloncitos individuales. Nos reuníamos más de treinta personas. He decidido llamar aquí a esas reuniones «Academia» porque aprendí mucho de todos los que tomábamos café en la rotonda.

Ya he contado que mi hermana mayor, María del Carmen, fue monja. Era tan progresista como Jesús. La enviaron a Jerez de la Frontera. Allí fundó el colegio de Jesús y María. Y luego puso en marcha otra escuela, en un barrio pobre de la ciudad. Se hizo muy amiga de un cura comunista y las monjas dijeron que aquello no podía ser. Como resultado, la enviaron a Colombia. Toda la familia se enfadó. Mi hermana María Asunción montó en cólera y consiguió que le permitieran regresar. La trasladaron entonces a la otra punta de España: a Bilbao. Yo la iba a ver, porque tenía entonces una obra allí. Por eso la traté. Se emocionaba cuando veía a un hermano.

De Bilbao se fue, finalmente, a Carchelejo, en Jaén. Allí la visitamos todos varias veces, ya he contado esos viajes con la furgoneta que bauticé como Viejos Milá. Y en ese pueblo, ella hizo



amistad con otra monja, María Antonia Drake. Ha quedado registrado en periódicos de los años ochenta: juntas organizaban la actividad cultural del pueblo. No eligieron una tarea fácil: eran mujeres y religiosas. Creían, además, en el progreso.

Mi hermana tenía una versión de la fe muy cercana a las personas, muy parecida a la del Papa actual. Entendía la religión como un mensaje de amor revolucionario debido al cambio radical que supondría poner al amor por encima de cualquier otro valor. Su propia vida fue un ejemplo de lo que ella decía y defendía.

Como monja, nuestra hermana se llamó madre San Leopoldo, en homenaje a mi abuelo Leopoldo, un hombre guapo y encantador que nos acogió cuando regresamos a Barcelona, al término de la Guerra Civil. Mi hermana María del Carmen ni intentaba evangelizar a nadie, ni olvidaba a nadie de la familia. Venía todos los veranos a pasar un mes con nosotros a Esplugas. Mis padres estaban contentos de tener una hija monja. Les hizo ilusión. Igual que les hizo ilusión a los padres de mi madre que su hermano mayor fuera jesuita, aunque tuvieron un gran disgusto, porque murió de apendicitis cuando aún se encontraba en el seminario. Y como estaba en clausura no dejaron entrar a mi abuela a verlo. Murió sin que ella pudiera volverlo a ver. Luego trataron de compensarlo con un libro que se tituló *La historia de un ángel*. Esto era así. Mi abuela ya no vivió, claro. Siempre he pensado que si un hijo mío hubiera tenido vocación religiosa, no le habría dicho nada. Porque eso fue lo que aprendí de mis padres, a respetar.



*La familia Milá (1964).*



*Con mi hermano Alfonso en su casa de Menorca.*

José Luis, el mayor de los chicos, fue mi padrino. Era una persona muy testaruda, de esos que dicen: «¿Cómo que no se puede?». Esquió hasta poco antes de morir.

Mi hermana María Asunción es autodidacta en la misma medida en la que lo soy yo, es decir, aprendió de lo que veía. Y es una gran observadora, de modo que aprendió mucho. Como todas las mujeres de mi familia en ese tiempo, no tuvo acceso a una educación superior. Sin embargo, tenía y tiene un sentido práctico tan sobresaliente que ha sido la hermana que más me ha ayudado a desarrollarme como diseñador. Me enseñó a pensar en el todo y en el detalle. Ya casada, estudió Teología con su marido. Iban los dos a clase.

Leopoldo era, junto con Alfonso, uno de los «profesores» de la «Academia de la Rotonda». Cuando nos casamos, nos ofreció su casa de Cadaqués. También me enseñó a pensar. Tenía la idea de que el progresismo debía empezar de cero, rompiéndolo todo. Yo lo escuché. Pero luego lo puse en duda. También me enseñó a conducir. Decía que el embrague era como el fuego, que apenas se podía tocar más de lo imprescindible. Sabía arreglar cualquier coche. Confió en mí para encargarme diseños para su empresa. Me apreció mucho y yo también a él. Era un técnico en mecánica buenísimo. Alguien capaz de resolver cualquier cuestión constructiva por compleja que fuera. Estuvo trabajando en la fábrica de motos Montesa y allí diseñó la motocicleta Impala, que aún circula, y tuvo un Delta de Oro del ADI-FAD al mejor diseño. Aprendí mucha mecánica de él. Siempre he considerado que, para cualquier diseñador, habría sido estupendo tener un Leopoldo al lado. Pero él no daba ningún valor a esa virtud que tenía.

A Alfonso le hice una vez un retrato que, cuando lo miro hoy, lo confundo conmigo mismo. Pienso que soy yo. Él decía que las uvas son todas diferentes y las pasas, todas iguales. Igual es eso lo que nos ocurre: nos vamos pareciendo todos. Al físico común añadimos gestos comunes.

Cuando yo era adolescente, creo que él casi ni me veía. Y yo ya le admiraba mucho. De él aprendí algo fundamental: es importante que la gente se ría contigo. Lo aprendí cuando todos los hermanos, después de comer, tomábamos café y hacíamos la tertulia diaria en la rotonda de casa de mis padres.

Alfonso siempre nos hacía reír. Y eso nos hacía la vida más agradable. Hacer sentir bien a los demás es clave para la convivencia. Yo, por un lado, tenía a mi hermano Alfonso, que me decía que tenía muy buena voz y que debía recibir clases de canto. Y, por otro, a mi padre, que me quería cortar las cuerdas vocales porque no estudiaba. Alfonso tenía una mente muy amplia. Sabía que había varias maneras de hacer las cosas bien, no una sola. Era un melómano. Por eso insistió en que lo intentara, en que buscara la manera de cantar. Lo hice, pero nunca he sido disciplinado. Cuando no prosperas mucho haciendo algo, acabas cansándote.

Alfonso ha sido el único de mis hermanos que a veces ha criticado lo que he hecho. Y eso es muy valioso. Todos necesitamos un interlocutor capaz de hacerte pensar sobre lo que haces. Alfonso era muy práctico. Y sabía de confort. Esto se notaba en las casas en las que intervino como arquitecto o como usuario. Tenía un carácter muy resolutivo. Y hacía que las cosas fueran posibles. Nadie me ha enseñado de confort tanto como él.

Trabajé con él y con Federico Correa, su socio en el estudio de arquitectura, durante muchos años como diseñador de interiores. Hasta que decidí irme, porque quería probar suerte como diseñador industrial. Una anécdota retrata a mi hermano. Él solía desayunar desplegando todos los periódicos sobre la mesa. Muy joven, quedó viudo de su querida mujer, Cecilia Santo Domingo. Tal vez por eso estaba habituado a ocupar toda la mesa. De modo que, en una ocasión, cuando Federico Correa le pidió permiso para quedarse unos días en su casa, porque tenía obras en la suya, levantó la vista de los periódicos con preocupación y le preguntó: «Pero ¿dónde desayunarás?». Cuando se hizo mayor, pasamos mucho tiempo juntos. Se me ocurrió que viéramos juntos los partidos del Barça. Lo hicimos durante años. Y luego nos íbamos a cenar. Cuando murió, pasé a ver los partidos con mi hermana Montse, pero hace dos años también murió ella. Ahora los veo solo y, por eso, muchas veces ya ni los veo. Alfonso nunca quiso vivir y tener una casa en Esplugas como los demás hermanos. Y tal vez por esa razón era el mimado en mi casa: «El senyoret Alfons».

Como todas las mujeres de mi familia, mi hermana Montse no estudió, y como todas las mujeres de mi familia, mi hermana Montse fue muy religiosa. Era muy guapa: tenía el nombre y el físico de mi madre. Siempre tuvo pasión por mi diseño. Mi hermano Alfonso y Federico Correa le hicieron la casa. Y Alfonso y yo le dibujamos todo lo que tienen en su casa: todos y cada uno de sus muebles. Tuvo ocho hijos, en los que se volcó.

Con mis hermanos pequeños, Luis María —abogado— y Rafael —químico—, es, curiosamente, con quienes menos amistad he tenido. He pensado mucho en por qué esto es así. Y he llegado a la

conclusión de que se debe a que los tres pequeños no éramos tratados como individuos, sino como «los tres pequeños», un paquete completo. Hemos convivido bien. Compartimos muchos juguetes, muchos regalos y muchas horas de juegos y compañía. Nuestra relación fue de convivencia entre hermanos.

En todas las familias hay desencuentros. Y es verdad que cada uno tiene su versión de las cosas. Resulta inevitable. Una familia es una unidad, pero uno mismo es otra unidad, más cercana y acotada.

Encima de la puerta de la Rotonda figura la siguiente inscripción: «Al restaurarse esta casa en 1949 se ha rendido pavoroso culto a la simpática tradición que esta ROTONDA encarnó, ampliando y mejorándola con el fin de que perdure fielmente en ella la cotidiana tertulia hogareña como suprema garantía de paz y unión».

# La Casa Milá cuando no le gustaba a nadie

Perico Milá y Camps era primo hermano de mi padre por los dos lados. Fue abogado y diputado por Solsona. Se casó con Rosario Segimón. Yo tenía nueve años cuando él murió. Por eso no me acuerdo de él. Pero sí disfruté de la plaza de toros que hizo construir: la Monumental. Con el tiempo, he admirado mucho otro de los edificios que mandó levantar mi tío Perico: la Casa Milá, La Pedrera, la obra de Gaudí que más me gusta.

Hasta hace treinta o cuarenta años todo el mundo consideró que La Pedrera era horrible. La criticaban porque no se podían poner muebles, ya que no tenía ninguna pared recta. Yo, al principio, pensaba como oía que pensaban los demás, es decir, no pensaba. Uno, cuando hereda, hereda lo bueno y lo malo, y no alcanzaba a ver más allá.

Mi hermano Alfonso tuvo como profesor a Josep Maria Jujol, que fue uno de los ayudantes de Gaudí antes de convertirse él mismo en un extraordinario arquitecto. Alfonso recordaba que apuraba mucho los lápices. En una ocasión, mientras vigilaba un examen, le dibujó a Alfonso la fachada de la Casa Milá tal como Gaudí la había

pensado, con la imagen de la virgen del Rosario, en homenaje a mi tía, en la fachada. Y mi hermano tuvo que borrar aquel dibujo, porque lo hizo sobre el papel del examen.

Fue mi hermano Alfonso el que me hizo ver el tipo de obra que es La Pedrera. Y sus valores. Se trata de un edificio visionario. El interior es acogedor y luminoso, ya que no tiene pared maestra. Eso libera mucho los espacios. Él pensó que algún día podría tener que convertirse en hotel. La forma ondulada de la fachada era para que rebotara el ruido de los tranvías y de los coches que comenzaban a llegar a las calles. Gaudí dibujaba profusamente, pero luego filtraba, no lo construía todo. El cliente, en arquitectura, siempre es clave. Y creo que mi tío Perico fue crucial en los espacios abiertos del interior de La Pedrera.

Conocí mucho más a mi tía Rosario. Ella le sobrevivió más de dos décadas. Él fue un empresario de éxito. Tenía una empresa textil y, como los burgueses de la época, contribuyó a construir la ciudad.

En mi casa no se hablaba de mi tío Perico. Por eso digo que he comprendido y que he visto las virtudes de La Pedrera ya de mayor, hablando con Alfonso. Como estaba tan sucia por fuera y parecía una cueva, se nos antojaba un edificio muy triste. Sin embargo, una vez dentro, cualquiera descubre los pisos más luminosos de Barcelona por la sabia disposición de los patios interiores y su relación con el exterior. Hay cuatro patios. Y hay luz y sol a todas horas.





*Perico Milá y Camps y su mujer, Rosario Segimón. Yo siempre quise escribir un libro cuyo título hubiera sido Pedrera también viene de Pedro, porque creo que quien encarga una casa tiene mucho que ver con el resultado.*



*Miembros de la familia Milá en la Casa Milá (1996).*

La tía Rosario era encantadora. Yo iba mucho a su casa, porque me daba entradas para ir a su palco en la Monumental. Tanto es así que, una vez, en una entrevista, declaré que me dolía no tener ningún recuerdo de mis tíos. Pocos días después de esa publicación me llamó una sobrina, también llamada Rosario Segimón, que es monja. Se presentó y quedé en ir a verla. Me dijo que quería que tuviera un recuerdo de Rosario Segimón. Y me regaló su misal, que conservo.

Los toros son una de las cosas que más me han hecho pensar en mi vida. Iba a verlos y, sin embargo, lo pasaba fatal. No por el sufrimiento del toro, porque nunca he sido animalista, sino por el riesgo del torero. Me hacía sufrir mucho, pero me dejaba aprender. Yo creo que el fútbol de antes eran los toros. Durante años tuve esa afición, pero luego desapareció. Y no la echo en falta. No me gustan las prohibiciones. Soy más de vivir y dejar vivir. Pero creo que, si no le hubieran dado más importancia a los toros, estos habrían desaparecido. Se prohibieron los toros en las plazas de toros y no se prohibieron los toros en las fiestas mayores de los pueblos, donde tanto se los maltrata. Todos los Ayuntamientos, españolistas y catalanistas, mantienen los toros en sus fiestas. Eso tampoco lo he entendido nunca.

# Los deportes y el Montseny

No he sido nunca un gran deportista, pero he practicado deporte toda mi vida, sobre todo frontón, porque era el deporte de casa. Teníamos uno, que aún existe, aunque ahora ya no se utiliza. Mi padre jugaba al frontón. En una caída se rompió los dos brazos. Tengo fotos de él con ambos brazos escayolados. Con el tiempo aprendí a jugar a la cesta punta, una variedad de la pelota vasca, con mi amigo arquitecto Francisco Ribas Barangé.

También monté mucho a caballo. Saltaba en el Club de Polo y competía.

Pero detesto la competición. Como decía Paco Bultó sobre la conducción, «en la ciudad, transporte, a veces deporte, nunca competición». Y no me gusta la velocidad. Por eso considero el motociclismo un placer para el paseo o un medio de transporte, para los desplazamientos. Todavía utilizo mi moto, una pequeña scooter. Cuando me preguntan si tengo miedo de ir en moto respondo que sí, que desde que tenía dieciocho años tengo miedo. Cuqui todavía se atreve a subir en la moto conmigo.



*Con el primer modelo de Montesa, en la subida de Vallvidrera.*



*Cuqui con Juan, Gonzalo, Micaela y María Carrasco.*



*No he sido un gran deportista, pero siempre he tenido afición por las motos y, sobre todo, los caballos (tuve varios). También subíamos a la nieve cuando íbamos a Puigcerdà, aunque los que esquiaban bien eran los niños. Sobre estas líneas, fotografía de Xavier Miserachs.*

Nosotros, como familia, no sabíamos esquiar, pero, como teníamos una casa en Puigcerdà, decidimos aprender para enseñar a nuestros hijos. El resultado fue que los niños no tardaron en aprender y que nosotros nunca fuimos buenos esquiadores. Mi hermano José Luis sí fue un excelente esquiador y, seguramente por eso, toda su familia también lo ha sido.

La última vez que fui a esquiar íbamos con la furgoneta llena, como siempre, y todos se fueron corriendo al telesquí para lanzarse por la pista lo antes posible. Tras aparcar, los seguí, pero con tan mala pata que al agarrar el telesquí aquel, que tenía un arranque fuertísimo, me golpeé con la caseta y me abrí una brecha en la cabeza, a pesar de llevar gorro. Como nadie me había esperado, empecé a bajar nada más llegar arriba y me caí. Me fui rodando hacia abajo. Pasé por encima de mis hermanos y, al llegar al pie de la montaña, hincé los palos en la nieve y dije: «Es mi última esquiada». Me fui al bar y me pedí un whisky.

El otro deporte que he practicado con ilusión ha sido el senderismo. También se trata de una herencia. A mi padre le gustaba mucho hacer excursiones a pie. Con él subí hasta el Turó de l'Home, que es la montaña más alta del Montseny. Dormimos en la cima, en un refugio, y descendimos al día siguiente. Félix, el guardabosques, cuando la gente le preguntaba: «¿Qué finca es la del conde de Montseny?», contestaba: «Todo lo que se ve es suyo». Era mentira. Mi padre, conde de Montseny, no tuvo nunca ni un metro del Montseny.

# También he cantado

Con Alfonso Vilallonga viví una gran amistad. Todo empezó cuando nos conocimos en mi casa del paseo de Gracia donde él vino con su amigo Antonio de Rentería a cantar en una fiesta que organizaron mis hermanos. Cantaban canciones rancheras del Trío Calaveras que también a mí me gustaban y me invitaron a unirme a ellos para formar un grupo que llamamos Trío Son. Esto ocurrió al final de la década de 1940.

Era tal la afición que Alfonso tenía por cantar y tocar la guitarra que nos arrastraba siempre que podía a actuar en fiestas y escenarios durante muchos años en los que yo tenía que luchar para compaginar nuestras actuaciones con los estudios primero y el trabajo después.

Luego arregló una parte del palacio Maldà, que heredó junto con el título de barón de Maldà de su familia. Allí montó un pequeño teatro para poder cantar. Tres veces por semana nos aplaudían nuestros fans. Al grupo se unió su exmujer Concha Serra y una amiga que se llama Ana Cristina Werring.

Alfonso era hermano del escritor y actor José Luis de Vilallonga. También era padre del compositor y cantante Alfonso de Vilallonga,

que es un gran músico; ha compuesto por ejemplo las bandas sonoras de las películas de Isabel Coixet y de *Blancanieves*.

Mi mujer siempre dice que Alfonso era lo más señor, encantador y correcto que puede haber. Es cierto que era un señor. Y su mundo eran las canciones y la guitarra. Tanto es así que se murió cantando: una Navidad nos contrataron en La Seda de Barcelona, la confederación de los sederos de aquí, para que amenizáramos su fiesta. Comenzó a encontrarse mal y al día siguiente se murió de un aneurisma de aorta.



*El Trío Son, formado por Alfonso Vilallonga, Antonio de Rentería y yo mismo (en el centro) cantando en el Teatro de la Comedia.*

Esa noche, habíamos estado todos ensayando en el palacio Maldà, antes de ir a las oficinas que la empresa tenía en la vía



Layetana. Alfonso llamó a Cuqui y le pidió que se sentara. La quería agasajar interpretándole todo el flamenco que sabía, que es con lo que ella más disfruta. Por eso Cuqui dice siempre que ese gesto cariñoso de Alfonso fue como una despedida.

Siempre pensamos que sus hijos han tenido un gran ejemplo. Como doy mucha importancia a la educación y a las formas, soy un admirador de las ceremonias. Ante las ceremonias siempre pienso lo mismo: cuánta lógica y qué poca moda. Todo esto lo viví con él.

Con Alfonso tuve oportunidad de conocer lo positivo de la alta burguesía. El suyo era un mundo completamente distinto del de la bohemia cultural de nuestros otros amigos. Él era el refinamiento máximo. En su boda, me puse un frac. El otro día estábamos buscando un abrigo que había perdido y apareció el frac, que, claro, ya no me cabe.

Fue una época inolvidable aquella en la que cantábamos los tres juntos. Cada mañana continúo despertándome con una canción. La mayoría de las veces es alguna de las que cantaba con ellos.



*El Trío Son.*

# Gente que me impresiona

A mí la gente muy inteligente me da miedo. El primero que me dio miedo fue Juan Goytisolo, que era compañero mío de clase en los jesuitas. Poco antes de que muriera estuve con él. Me dedicó un libro. Entonces se lo dije: «Me dabas miedo». Él se sorprendió. Pero para mí fue importante decirlo. Es una manera de reconocer dónde estás. Ante gente tan brillante uno siente dentro un «yo no alcanzo». Y tranquiliza admitirlo. Y reconocer a los demás.

Jorge Wagensberg, el gran físico e investigador, también me daba miedo. Además, todo esto, cuando uno se hace mayor, termina por pasar menos. Por eso creo que es una gran conquista hacerse mayor. Uno envejece por ley natural. Pero se hace mayor cuando se conoce y se acepta.

Cuando dos personas que piensan igual se encuentran, se dan cuenta de ello inmediatamente. Uno no puede dejar de ser amigo de alguien con el que comparte tanto. Me sucedió con Alfonso Vilallonga, pero también con todos nuestros amigos de la furgoneta. Hemos pasado muchos años cenando en casas de amigos. Y siempre recuerdo que los Ràfols, Albert y Maria Girona, cocinaban los dos muy bien. Como si pintar y cocinar tuvieran algo que ver.

De mi familia, la más conocida fuera de Barcelona es mi sobrina Mercedes Milá. Lo que más me gusta de ella es que a todo le da valor. También que ha sido una persona libre. Es muy inteligente y sabe correr y asumir riesgos. La admiro. Es capaz, como pudo ver medio país, de meterse a nadar en un glaciar. Es una mujer de una gran fuerza. No hay obstáculo que la detenga. Ese tipo de personas tan valientes asumen riesgos y es natural que se equivoquen de vez en cuando. Solo quien arriesga puede equivocarse.

Pero ser importante no significa ser famoso. Por circunstancias de la vida, María Carrasco fue un miembro más de nuestra familia. Fue como una tía para nuestros cuatro hijos. La queríamos muchísimo. Cuando llegó a casa debía de tener cuarenta años. Era de Lorca, Murcia, y no había servido nunca. Era muy alta y delgada.

Otra persona fundamental en nuestra vida fue el pediatra de nuestros hijos, el doctor Ignasi Aragó, un pediatra fantástico que llegaba a casa con dos bolígrafos y dibujaba a cada niño un reloj en la muñeca y margaritas en el ombligo. Tiraba las almohadas por el aire y en su consulta tenía colgado en un armario un cocodrilo disecado que encontró en un traperero y, si se habían portado bien, ¡los llevaba a verlo! Aragó lo vio enseguida: por su constitución, dijo de María que estaba malnutrida. Se notaba que arrastraba una vida muy dura. Estuvo con nosotros treinta y cuatro años. La adorábamos. Cuidaba a los niños mejor que nosotros. Los quería muchísimo.

Lucas fue varios veranos con ella a Lorca. Aprendió a recoger algodón y se hizo amigo de sus sobrinos nietos. Cuando María volvía a casa siempre llegaba con las manos llenas. Su familia era tan generosa que nos quería dar de todo. Una de las veces que

fuimos a Lorca, casi no habíamos ni arrancado el coche cuando empezaron a perseguirnos con un gallo en la mano, porque querían que nos lo llevásemos.

María ya murió, aunque hemos seguido en estrecho contacto con sus sobrinos, que son igual de estupendos y de generosos que ella.



*María Carrasco con mis hijos Gonzalo, Juan y Micaela (falta Lucas, que aún no había nacido).*

Mientras María estaba con nosotros, recibimos un regalo, y decidimos hacerle un regalo también a ella. Le diseñé una casa en el pueblo, donde ella tenía un terreno. Y, cuando la acabaron, nos invitaron y fuimos a verla: ¡no se parecía en nada a lo que yo le había diseñado! Nos dijeron: «Uy, el lío que se formó con los planos. No sabíamos si era un plano o un billete de mil pesetas».

María lo era todo para nuestra familia. Gracias a ella mi mujer y yo pudimos viajar mucho juntos. Tuvimos que obligarla a que se jubilara. Lo conseguimos cuando le dijimos que se moriría sin haber disfrutado de su casa.

# Exponer es exponerse

El estudio de Antoni Tàpies en el Montseny tenía una luz roja en la puerta, como la de los estudios de grabación en las emisoras de radio, que se encendía para indicar que nadie podía entrar cuando él estaba pintando. También tenía tres montones de arena que él mismo cribaba, como quien busca oro, para utilizarla en sus cuadros. Cuando Vicky Combalía me encargó que montara la exposición sobre su trabajo que ella había comisariado, mi mujer, nuestro hijo Juan y yo fuimos con ella a verlo a Campins. Y nos dejó traspasar esa puerta tras la luz roja. Lo pasamos tan bien que, al acabar la charla, nos espetó:

—Os invito a cenar en Can Fabes.

Nunca he visto a Tàpies tan feliz. No recuerdo de qué hablamos, pero nunca vi, ni antes ni después, a Tàpies tan alegre. Creo que ese día de encuentros, afinidades y muchas risas fue lo más importante de la exposición.

He montado muchas exposiciones a lo largo de mi vida. En gran medida, hemos vivido más del montaje de exposiciones que del diseño de productos industriales. La de Tàpies la recuerdo con especial cariño por la alegría de aquel día.

Mi admirado José Antonio Coderch me hizo mi primer encargo de interiorismo. Luego, cuando le hizo la casa a Tàpies en la calle Zaragoza de Barcelona, me llevó para que le diera ideas de cómo amueblar el comedor. Yo a Tàpies lo conocía un poco, porque solía aparecer mucho por Gres, que durante varios años fue la mejor tienda de Barcelona dedicada al interiorismo. Gres fue para mí clave. La había fundado en 1958 Maria Rosa Ventós, joyera, con Montserrat Tayá y Montserrat Tort, que habían estudiado Bellas Artes. Un día me visitaron porque deseaban vender mis lámparas en su tienda de la Rambla de Catalunya. Algunos años después se trasladaron a los bajos del edificio que Coderch había construido en la calle Juan Sebastián Bach, 7. La tienda ocupaba tres cuartas partes y yo monté mi primer estudio en la zona restante.

Ahí se inició una época gloriosa que me permitió enriquecer mi trabajo como interiorista y diseñador gracias al contacto con arquitectos y diseñadores extranjeros como Ilmari Tapiovaara, Enrico Peressutti, Ernesto Rogers, Franco Albini, Friso Kramer, Peter Andrew, Marco Zanuso o Tomás Maldonado. En Gres organizábamos exposiciones y conferencias, y tenían lugar reuniones con personajes como el arquitecto Oriol Bohigas, el pintor Ràfols-Casamada, el fotógrafo Català Roca, el ceramista Llorens Artigas o, como he mencionado, el propio Tàpies. Recuerdo que a este le recomendé que pusiera en su comedor las sillas Thonet, las primeras de madera curvada. Y le gustaron mucho. Él me consultaba dudas. Me pedía opinión y también ideas para diseños sin ofrecerme un pago por mis servicios. Ya he contado que eso era algo muy habitual en el mundo del diseño de interiores: la gente no valoraba económicamente nuestras aportaciones. Gres fue un lugar



de encuentro donde surgieron muchas oportunidades interesantes como diseñador.



*La tienda Gres, en el edificio que Juan Antonio Coderch proyectó en la calle Juan Sebastián Bach de Barcelona.*



Siempre que he montado exposiciones he tratado de conocer de primera mano el origen de lo que me encargan. Conocía a Tàpies, y por eso, en su caso, traté de dar un paso atrás y de volver a conocerlo. A Dalí, le monté una exposición antológica muy daliniana y muy escenográfica en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid. Con cipreses, recordando el Ampurdán.

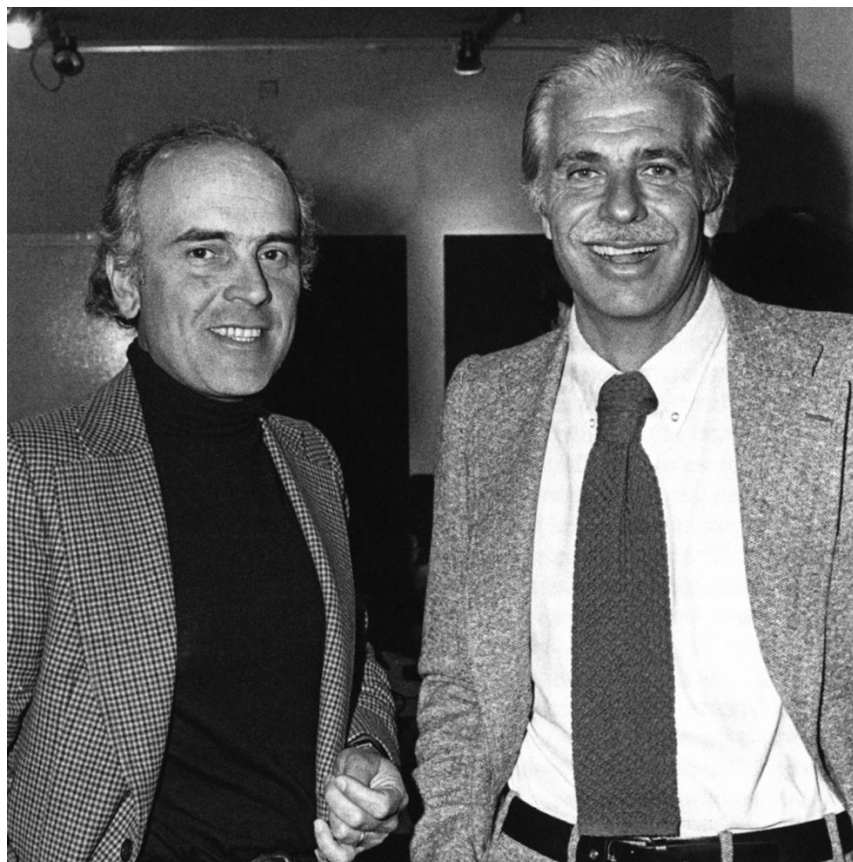
Durante el tiempo en que me dediqué a montar exposiciones, nadie se ponía guantes blancos para manejar las obras. Era como el coche: los niños viajaban sin cinturón de seguridad entonces. Por eso sé que he tocado cientos de obras de Dalí o de Tàpies. Porque me dediqué al montaje de exposiciones, aparentemente preprofesional, en los años setenta y ochenta.

A mi amigo Albert Ràfols le monté tres. Y en la exposición itinerante *Preliminares*, que organizaba Daniel Giralt-Miracle, fue donde vi mis primeros Barcelós. Eran muestras que buscaban descubrir nuevos talentos. Recuerdo que aquel primer Barceló lo colgamos al revés.

Que exista un orden es la clave de cualquier montaje. Yo solía apostar por lo clásico: el orden cronológico. Y mis ideas para el diseño se basaban en una única premisa: el montaje debe dar un paso atrás, no interferir con lo expuesto; hay que trabajar componiendo vistas, aislando a los «gritones», acompañando a los solitarios.

Mis montajes han sido así, un marco, apenas un orden —«antimontajes», se los podría denominar—, para facilitar la visita. Con todo, en un montaje expositivo uno ha de hablar más que en una casa. Lo importante es descubrir al público lo que muestras y nada tiene que entorpecer la visita. En una casa, las necesidades de

los inquilinos mandan más que lo que ellos mismos creen que quieren.



*Con mi amigo André Ricard, con quien he compartido vida y trabajo.*

Lelis Marquès y Pilar Mangrané han sido muy buenas colaboradoras en los montajes y en el interiorismo. Me sustituían allí donde yo no llegaba. Habían sido alumnas del primer curso que di como profesor en la escuela Elisava. Entré en ese centro como profesor para sustituir a Federico Correa. En 1962 Elisava era una escuela solo para mujeres y allí las conocí, entre las alumnas. Siempre me ha gustado trabajar con mujeres.

A André Ricard lo conocí en 1961 porque otro diseñador, Manel Cases —la persona que me dijo que lo que yo hacía era «diseño

industrial»—, me pidió que fuera a las reuniones de la Asociación de Diseñadores (ADI-FAD) y me llevó al laboratorio que tenía André en la travesera de Gracia. Allí me encontré por primera vez con Antoni de Moragas y el propio André, que, además de diseñar, hablaba idiomas. Ellos son para mí los pilares del diseño industrial en España.

Ricard era, sobre todo, un gran organizador. Sabía organizar y mandar. Al principio, André trataba a mi mujer de usted. Luego nos hicimos amigos y se compraron un huerto donde nosotros teníamos la casa de veraneo, en Puigcerdà, y se hicieron una casa. Hemos pasado mucho tiempo juntos. En un antiguo pajar que había en nuestra casa, una especie de cuadra, hicimos un teatro. André y yo pusimos, lama a lama, el parquet en el suelo para que Cuqui pudiera bailar flamenco y dar clases de sevillanas, que era lo que le gustaba. Tengo grabada la imagen de los dos agachados, clavando madera tras madera.

Cuqui daba clases de baile flamenco en casa, y cuando los alumnos no cabían, las daba fuera, en el jardín. Por eso mis hijos recuerdan que por casa siempre había gente vestida de flamenca. En un determinado momento, el escultor Xavier Corberó, amigo nuestro, le ofreció dar las clases en su estudio en Esplugas: «El único plató de Barcelona donde cabía un elefante». Corberó era también muy flamenco, íntimo amigo de Antonio Gades. Mi mujer dio allí esas clases de flamenco; Ana Pániker, de yoga, y Mónica Rumeu Milá, de danza contemporánea. Xavier Corberó se quedó muy sorprendido de la cantidad de gente que se apuntó. Su casa era un punto y aparte. Cuando alquilaba el plató para filmar

anuncios, les dejaba dar las clases en su propia casa. Era un espectáculo y a todas las alumnas les encantaba.



*Cuqui y mi ayudante Lelis Marquès, en el montaje de la exposición antológica de Salvador Dalí en el antiguo Museo de Arte Contemporáneo de Madrid.*



*Cuqui con su inseparable guitarra. Aún hoy sigue recibiendo clases en el conservatorio.*

# Por qué me interesa Ikea

Considero que, con todos los defectos que pueda tener, Ikea ha conseguido meter a la sociedad en la cultura del diseño. Con precios bajos, ha introducido objetos y muebles sensatos en muchas casas de todo el planeta. Me interesa la idea que defienden de trabajar con ingenio y bajando los precios. Esa elección, en sí misma, constituye toda una educación. Y resulta muy convincente.

Creo que el diseño sensato siempre es moderno. Y ha de ser, si no económico, por lo menos accesible. Debido a que es funcional, su estética deriva de su uso. No digo que todo lo demás lo hayan hecho bien, pero Ikea ha desempeñado el papel de educar en las ventajas de lo funcional, de lo sobrio y de lo atemporal.

Antes, la gente con poco dinero no tenía dónde comprar muebles y lo hacía entre los fabricantes que copiaban la forma de los muebles clásicos y rebajaban su calidad. Esa fue la cultura de la Revolución Industrial. Y eso hace daño. Uno tiene muy poco, si lo que posee es una cosa que se parece a otra. Porque cuando las cosas se asemejan, en general, en lo único que se parecen es en la forma. Y esta no produce el efecto que uno espera cuando no está hecha con el cuidado, con los materiales y con las calidades que necesita. Eso le pasó a la modernidad. Se confundió lo simple con lo



barato y, al final, lo simple pagó el precio de parecer barato. Y por eso cuesta entender una calidad no basada en la apariencia. Conviene no olvidar que la calidad no entra por los ojos: se siente más que se ve.

La educación del entorno no funciona con la pretensión, sino con verdades. Y las mentiras deforman las sensaciones. Y, al final, nos convierten en mentirosos.

# Cosas importantes

Soy un dibujante de trazo limpio. Esto quiere decir que cuando me pongo a dibujar, no titubeo. Cuando trazo la línea, ya he pensado y ya me he fijado en lo que busco dibujar. Es distinto de mirar y copiar. Si haces eso, ir dibujando mientras miras, la atención rompe el trazo. Dibujar es la mejor manera de entender algo, la forma más profunda de prestar atención.

Ante un proyecto, la pregunta que me hago siempre es la misma: «¿Cómo empiezo?». Y siempre acabo inclinándome hacia las cosas útiles. A veces, las doblemente útiles. Si miro los cuadernos y las carpetas de dibujos, me topo con inventos con más ingenio que arte; también con la constatación de que he descartado más de lo que he realizado. Como diseñador he funcionado mucho más con prueba y error, restando y eligiendo, que acertando a la primera.

Vaya por delante que habitualmente no me gustan los diseños con doble función; con que sirvan para algo me conformo. Sucede, sin embargo, que a veces te aparecen los dos usos a la vez. Como con el perchero-estantería, o el Percherón, que no fue un diseño calculado, sino, como tantos de mis diseños, una solución a un problema de orden que teníamos en nuestra casa.



*Percherón de confección propia (2012).*

A finales de los años ochenta, diseñé el cenicero Tomba'l, que en catalán quiere decir: «dale la vuelta», en imperativo. Por un lado, es un cenicero, pero, si le das la vuelta y aprovechas la base del producto y su estructura, lo conviertes en un paragüero. Ese cenicero-paragüero y la mesita superponible —que ahora produce Mobles 114— son los diseños polivalentes que he hecho, aunque

también los sofás que he diseñado han incorporado mesas laterales de apoyo o un estante trasero como repisa.

Cuando prohibieron fumar dentro de los restaurantes, pensé que estaría bien hacer un cenicero-paragüero que sirviese para los dos usos, pues los paragüeros no se utilizan todos los días, solo cuando llueve. Así, he visto que este producto lo han comprado en tiendas y museos. Es un diseño versátil.

El perchero que tenemos en el planchador, con cascos, bufandas, chaquetas, guantes y todo tipo de enseres, tiene estantes, colgadores, varios pisos y ruedas para poder moverlo y colocarlo donde no estorbe. Se trata de uno de los muebles más prácticos que he diseñado, un almacén móvil. En él cabe una gran cantidad de cosas, pero es un producto difícil de entender y de vender. Supongo que es porque la gente no tiene mucho sitio en su casa. No entienden que, aunque no tengas mucho sitio, al tener ruedas, lo puedes desplazar y ponerlo donde no te moleste. Yo lo utilizo mucho. A lo mejor llega un día en que la gente me lo pide. Muchas veces me ha sucedido así.

Tengo diseños polivalentes, diseños incomprensidos y diseños muy personales.



*Cenicero y paraguero Tomba'l, de 1990, comercializado actualmente por Mobles I 14.*

# Los grandes logros son los que pueden compartirse

Ni me impresionan, ni me intimidan, ni me interesan los récords. Cuando leo: «El yate más largo del mundo» o «El rascacielos más alto del planeta», lo primero que pienso es: «No cantes victoria, porque enseguida vendrá otro, lo hará más alto que tú y te convertirá en pasado». Los logros no son eso. No pueden ser una carrera de competición. Los grandes logros son los que pueden compartirse.

Algunos diseños tardan en comprenderse, porque se adelantan a su tiempo. O porque no alcanzan a entender las necesidades de ese tiempo. En los últimos años, rescatando muchos de mis diseños, algunos prácticamente olvidados, yo mismo me siento rescatado como diseñador. No sé si ha ocurrido porque mi nombre ha salido en revistas o porque realmente ha llegado el momento oportuno para fabricar diseños que llevaban años esperando.

Aunque lo disfruto y me carga de energía el cariño que estoy recibiendo, no estoy habituado a tanto aplauso. Cuando me llamaron del Ministerio de Cultura para anunciarme que me habían

otorgado la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes creí que me querían vender algo y una voz me dijo: «Un momento, le paso con el señor ministro». Lo cuento para dejar claro que, muchas veces, tanto reconocimiento me ha abrumado.

Uno nunca sabe por qué las cosas funcionan en determinado momento. Lo atribuyo a que me he puesto de moda, porque no estoy de moda. Y claro, me encanta que suceda. Me ilusiona escoger diseños del pasado, revisarlos, mejorarlos y rescatarlos. He pasado de la preindustrialización al diseño a la carta de nuestros días. Por eso sé que soy un privilegiado.

He tenido mucha suerte, porque estoy recibiendo el fruto del trabajo de toda una vida que, la verdad, no creí que fuera a seguir dando frutos con un tronco tan maduro.

He escrito que, durante los últimos años, me he dado cuenta de que mi futuro está en mi pasado. Siempre he sido un admirador del diseño nórdico, de su calidez y pragmatismo. Son diseños para acompañar y para hacer la vida más cómoda, no para que alguien se haga notar. Y ese creo que es el camino que yo elijo. Alvar Aalto y Arne Jacobsen son dos de mis diseñadores favoritos. Palabras mayores. Por eso, el hecho de que ahora me llamen de sus países para revisar lo que hice me emociona y me hace pensar en el aislamiento, en todo lo que pude diseñar para un país en el que, sin industria, no se podía producir lo que yo diseñaba.



*Tras la ceremonia de recepción del Premio Nacional de Diseño en 1987, con Micaela, Gonzalo, mi sobrina Mercedes y Cuqui. Abajo, recibiendo la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes de manos de los reyes en 2016.*





No deja de ser paradójico que, cuando por fin llegó la industria, los ritmos locos de producción de la moda llevados a la fabricación de muebles hayan dado sillitas y lámparas perecederas. Lo contrario del diseño nórdico.



*Recibiendo el Compasso d'Oro que otorga la Associazione per il Disegno Industriale (ADI), 2008.*

Siempre recurro a la frase que mi cuñado Juan Luis Valcárcel me contó que había respondido el célebre torero «El Guerra» a la pregunta de un miembro de su cuadrilla: «Maestro, ¿qué es lo clásico?». «Aquello que no se puede hacer mejor.»

En el mundo de los muebles, la palabra «innovación» no tiene las mismas connotaciones que en el mercado de la moda. Si en la pasarela no cambias algo, no eres nadie, pero en el diseño solo la mejora justifica el cambio.

# Decálogo (doble) para entenderme a mí mismo

- 1** Clásico es lo que no se puede hacer mejor.
- 2** Una lámpara debe alumbrar, no deslumbrar.
- 3** Hay que tener sentido del humor y sentido del amor.
- 4** El lujo no siempre es confort, pero el confort siempre es un lujo.
- 5** La moda es aquello que pasa de moda. Te quita personalidad, es un error pensar que te la da.
- 6** La calidad no entra por los ojos; se siente más que se ve.
- 7** Uno educa cada día con lo que hace, casi nunca con lo que dice.
- 8** Los objetos que complican no me interesan. El diseño debe ayudar. Los artesanos inventaron las vajillas y la rueda, cosas indispensables para la vida diaria.

- 9** El mejor diseño acompaña y no molesta.
- 10** No entiendo el gasto absurdo, ni la novedad por la novedad. Crecí en la posguerra: reciclar y no desperdiciar.
- 11** No hay que cambiar lo que funciona. «Cambio» debe ser igual a «mejora».
- 12** El envejecimiento enriquece algunos objetos, algunos materiales nobles, como la madera, la piedra o a algunas personas.
- 13** Quien progresa es el que sabe conservar lo bueno y no el que intenta destruir todo lo anterior para hacerlo de nuevo.
- 14** Envejecer bien es potenciar tus valores.
- 15** Soy más un creador de matices que de revoluciones. Evolucionario, más que revolucionario.
- 16** Cuando no crees en lo que haces, no haces las cosas bien.
- 17** Lo sencillo es complejo de conseguir. El objetivo es que lo complejo parezca fácil.
- 18** Diseñar es ordenar. Y es poner a los demás por delante de tu ego.
- 19** Sé útil y te utilizarán.
- 20** Cuando una persona disfruta con lo que hace, hace disfrutar a las demás.

# Epílogo

## Un libro hablado y viento en popa

ANATXU ZABALBEASCOA

En condiciones adversas —sin una industria desarrollada, durante y después de la Guerra Civil y en una España que quería romper con las tradiciones para reinventarse—, Miguel Milá ha conseguido ser algo que no pretendía: el diseñador industrial español más legendario. Los principales fabricantes de sus lámparas, Javier Nieto y Nina Masó, llevan décadas equiparándolo con otros grandes maestros internacionales y lo describen como el Jacobsen español, el Castiglioni nacional.

El caso es que el tiempo ha terminado por darles la razón, cuando, con ochenta y ocho años, a Milá le presentan propuestas para rescatar diseños que no se llegaron a producir hace décadas. Que un creador pueda vivir ese renacer es tan alentador como peligroso; pero la edad y, sobre todo, el carácter de Miguel Milá lo vacunan contra el peligro de dejar de pisar el suelo. Es un creador

poco fantasioso que siempre ha partido de la realidad. Ha sido sensible, razonable y hasta lógico. Jamás folclorista ni tradicionalista, ni caprichoso; ni mucho menos banal. Por eso es internacional y su aportación queda catalogada entre lo clásico: está fuera del tiempo. Sus diseños son de una modernidad serena y, como el diseño nórdico, cálidos y cómodos. Sin pretenderlo, sus lámparas y sus ingeniosos inventos envían un mensaje, austero, culto y ético.



FOTOS: MARINA EIDLER

Milá no ha sido un intelectual. Tal vez por ello no ha escrito libros; ni siquiera ha publicado artículos. Sin embargo, sí ha opinado. Por numerosas entrevistas ha desfilado una colección de aforismos con el sello inconfundible de su lógica y de su naturalidad que, en sí mismos, constituyen toda una poética. Una carta a un joven diseñador que aquí recogemos a modo de decálogo (doble). Eso es

lo que pretende ser este libro, un escrito oral, una larguísima charla, el recuento de numerosas conversaciones.



Una anécdota, relatada por el arquitecto, comisario y escritor Pedro Azara en la exposición Europalia, celebrada en Bruselas en 1985, resume el carácter atento, abierto y curioso de Miguel Milá: «Cuando escuchó la propuesta de montar una gigantesca bandera española a topos, Miguel Milá no se inmutó. Solo preguntó si sabíamos cómo realizarla. Nuestro entusiasmo se desinfló. Estábamos preparados para defender provocativamente la idea, no para discutir problemas técnicos. Enmudecimos. Nos miramos avergonzados, sin saber qué decir, como pillados por un maestro. [...] Queríamos “mariscalizar”, pero no sabíamos que no sabíamos cómo construirla. Milá la aceptaba siempre que se pudiera realizar con lógica. A los pocos días estábamos en el taller de un serigrafista que él conocía».

Más que diseñar, Milá hace. Funciona como un científico, avanzando a base de prueba y error. Para él es un logro encontrar la solución más sencilla —una arandela de plástico para sujetar una lámpara—. Tal vez porque siempre ha diseñado para amigos y familiares, Milá parece pensar en el consumidor como si este formara parte de su núcleo de amigos. En 1975, antes de que Ikea popularizara el «móntelo usted mismo», Milá ideó una escalera de caracol pensada para poder ser construida cómodamente, como un mecano, por el usuario. Lo mismo sucede con sus lámparas TMM, que se montan en tres pasos y se desmontan en menos de un minuto.

Ese carácter pionero casi inconsciente es lo que él mismo ha terminado llamando «el triunfo del ingenioso sobre el ingeniero».

Aunque odia la presión y se describe como perezoso, Miguel Milá es un hombre tenaz —obsesivo cuando algo le ronda la cabeza— y humilde por pura prudencia y educación. Tal vez por eso comenzó a narrar este libro con nerviosismo. «No he conseguido pegar ojo. Yo soy como soy. Y soy un tipo más de escuchar que de hablar», advirtió en la primera cita.

A pesar de que lo había entrevistado en muchas ocasiones y de que nos conocíamos desde hacía décadas, o tal vez precisamente por eso, Miguel estaba inquieto.

—No me gusta trabajar con presión —me advirtió.

—¿Cómo puedo evitar que te sientas presionado? —pregunté.

—Lo notarás enseguida, porque te contestaré mal —dijo.

Nunca contestó mal.

Cuando conocí a Miguel, en 1991, era tartamudo. Conocía su trabajo porque a mis padres les habían regalado la lámpara TMC



cuando se casaron en 1963. Todavía está en casa de mi madre. El arquitecto pionero en la difusión del diseño en España, Juli Capella, me contó que, por esas fechas, en los primeros noventa, le encargó uno de los diseños del proyecto de la Barcelona olímpica, Casa Barcelona, y que Milá se retrasaba. «Es que no me sale», le decía. Y es que Miguel Milá no es un hombre habituado a los encargos. Cuando detecta una necesidad, trata de solucionarla; pero no hace nada por el gusto o por el reto de hacerlo: «No tengo ese tipo de imaginación».

Hoy Miguel ha perdido la tartamudez. O la ha domado. Está abrumado con el reconocimiento recibido en los últimos años y no termina de confiar en él, como si se tratara de una moda más de las muchas que ha visto pasar.

Como es habitual cuando uno repasa su vida, durante las conversaciones que grabamos en su casa de Esplugas, en Barcelona, en restaurantes, hoteles y cafeterías de Madrid, Miguel se ha reído y ha llorado. A veces ha sentido impotencia:

—Es que es como una nube y, de repente, se convierte en un alud y me viene todo de golpe.

Como cuando visitaba a Miguel siempre me quedaba a comer y lo dejaba sin siesta, arrastraba un poco de culpa. Y escuchando las grabaciones, me asaltaba el remordimiento de hablar demasiado cuando lo que había ido a hacer era escuchar. Trataba de estar más callada, pero Miguel no me dejaba: «No, pero es que tú despiertas. Si no hablaras, no me sacarías tanto», me tranquilizaba.



*Los nietos de Miguel y Cuqui: Félix, Elsa y Julián Milá, José, Gadea y Constanza Rivera Milá, y su sobrino nieto Mateo Valcárcel, en Las Cabezas de San Juan (Sevilla).*

El día que empezamos el libro, Miguel había ido en moto al mercado. Se topó con una patrulla que cortaba el tráfico e hizo un gesto con la mano para que, por favor, le dejaran pasar. «Ah,

perdón, perdón», le dijeron los agentes. Y él continuó. Justo entonces se dio cuenta de que no llevaba puesto el casco, sino un sombrero de paja.

En la verja de su casa hay una campana para llamar y un cartel: «Cuidado, hay muchos niños». Traspasar la verja es entrar en una pequeña ciudad. Tienen un jardín dividido, pero sin vallas que marquen esa división, hay una capilla, que la última vez que se usó fue hace ocho años, donde hoy se guardan lámparas y libros, y el antiguo Teatro Massana hoy aloja muebles y motos. También hay una piscina colectiva.

La capilla está junto a la casa de Miguel. Y en una de las paredes están dibujados el padre y la madre de Miguel. Los pintó Lucas, su hijo pequeño. «Mis padres se hicieron una foto aquí el día de su boda. Me pareció que era un homenaje hacerles la reproducción de la fotografía. Quería utilizar la experiencia muralista de Lucas en nuestra casa. Me hacía ilusión. Y ahí están y los vemos todos los días.»

En el jardín no hay dos muebles iguales. Los bancos, las butacas, las mesas y las lámparas son todos y cada uno de los diseños que ha hecho. Y es que Miguel Milá es de la estirpe de los diseñadores con un universo propio, por eso su manera de vivir la hemos hecho nuestra: sus costumbres, sus hábitos y sus ingenios se han convertido en los nuestros. Sin estridencias, sin revoluciones, sin grandes teorías, con naturalidad, nos ha hecho ver el mundo a través de sus ojos. Ha compartido sus preferencias y manías con los usuarios. Nos ha ensanchado la mirada.

En las primeras entrevistas hacía mucho calor. Terminaba el mes de junio de 2017 y Cuqui nos dejaba en el salón con todas las

puertas cerradas. «A la andaluza», decía. Al llegar la tarde, las abría y salíamos al jardín. No parábamos de beber: café por la mañana; limonada —tienen un limonero— al mediodía; horchata —que a Miguel le encanta— por la tarde. Agua todo el día. Vino en las comidas, té cuando llegó el invierno y un poquito de oporto cuando había algo que celebrar.

Iba siempre con corbata y chaqueta. «Es mi bolso», decía Miguel, señalando los bolsillos repletos de lápices. Él hablaba apoyándose en la memoria de su mujer y acariciando a sus perros, Greta —«Le pusimos ese nombre porque era muy guapa»—, o a los de los familiares vecinos que se colaban en su salón. También aparecían por la casa muchos de los nietos, que obedecían a su abuela: «Mueve esto, coge aquello». Y comían disciplinada y campechanamente en la cocina.

Durante el verano, Cuqui se encargaba de que tuviéramos dos ventiladores cruzados en todo momento. Un día que un nieto los puso a la máxima potencia, Miguel exclamó: «¡El libro va viento en popa!».

Otro día, su hijo Juan trajo hielo para ponerlo bajo un ventilador. Les había sobrado de una fiesta y se le pasó por la cabeza que tal vez, bajo el ventilador, el hielo refrescaría más la sala. A pesar de ser iguales y distintos a la vez, todos en aquella casa parecen tener en la cabeza el decálogo de este inventor para quien las necesidades de su familia han sido sus verdaderas musas.



*Retratando a su nieto José Rivera, hijo de Micaela.*



Diseños de Miguel Milá. FOTOGRAFÍA: POLDO POMÉS

# Cronología

FRANCISCO GASPAR QUEVEDO

- 1931 Nace en Barcelona el 7 de febrero en el seno de una familia numerosa de la aristocracia barcelonesa. Hijo de José María Milá Camps, I conde de Montseny, y de Montserrat Sagnier Costa. Es el octavo de nueve hermanos: José Luis (abogado), María del Carmen (religiosa), María Asunción, Leopoldo (diseñador industrial), Alfonso (arquitecto), Montserrat, Luis María, Miguel (diseñador industrial) y Rafael.
- 1948 Ingresó en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona.

- 1955 Empieza a trabajar en el estudio de arquitectura de su hermano Alfonso y Federico Correa.
- 1956 Aconsejado por Federico Correa, abandona sus estudios de arquitectura. Realiza su primer encargo como interiorista: el despacho de su tía, la escritora Nuria Sagnier.
- 1957 Funda la empresa Tramo junto con Francisco Ribas Barangé y Eduardo Pérez Ullibarri, amigos y compañeros de la Escuela de Arquitectura. A través de Tramo comenzó a comercializar la lámpara conocida como Previa, a la que siguieron en años posteriores diseños suyos como la Cesta, Asa o TMC, así como otros modelos diseñados por Alfonso Milá y Federico Correa, y Francisco Ribas.
- 1958 Comienza a trabajar como diseñador e interiorista por cuenta propia.
- 1960 Animado por su amigo Manuel Cases, se incorpora al equipo directivo del ADI-FAD, que se había constituido el 15 de marzo de ese mismo año. Gana el segundo premio en el concurso convocado por H-Muebles: Butaca Comfortable Ligera.



1961 Asiste en Venecia, junto con otros representantes de ADI-FAD, al II Congreso-Asamblea del ICSID (International Council of Societies of Industrial Design, constituido en París en 1957).

Diseña, en colaboración con Rafael Marquina, el stand del ADI-FAD para *Hogarhotel I*, que se celebró en las Galerías Montesión. Allí se conceden los premios DELTA en su primera edición.

Realiza el diseño del montaje de la exposición de Cristina Merchán en el Saló del Tinell de Barcelona.

Recibe su primer encargo de interiorismo de José Antonio Coderch para la Casa Paricio, en Sant Feliu de Codines.

La revista alemana *MD Moebel Interior Design* publica un artículo escrito por Josep Martorell y Oriol Bohigas sobre su empresa Tramo y algunas de sus lámparas.

Empieza su labor pedagógica como profesor de diseño industrial en la escuela Elisava, donde impartirá clases hasta 1967.

Delta de Oro ADI-FAD: lámpara TMC (Tramo, S. A.).

1962 Gana, junto a la empresa Gres, el primer premio del Concurso del Mueble Económico organizado por *Hogarhotel 2*. Entre las piezas diseñadas para este concurso se encuentran la lámpara TMM, una estantería de madera y cuero MM, unos apliques de Nogal y la lámpara WT, que posteriormente fabricaría Polinax. Instala su estudio de diseño y la tienda de Tramo en la calle Freixa, 32.  
Premio de la Crítica ADI-FAD: lámpara de pie TMM (Maenfra-Tramo, S. A.).

1963 Asiste en París al III Congreso-Asamblea del ICSID. Deja Tramo y traslada su estudio a Juan Sebastián Bach, 7, justo al lado de la recién inaugurada tienda Gres, de la que realiza el proyecto de decoración. Pasa a ser socio de la entidad mercantil Gres, S.A., con una participación del 10 por ciento.  
Inicia una colaboración con Polinax, que fabricará las lámparas WT, WP, VWS, y la colección Max Bill que diseña para vestir el Hotel de Mar de Mallorca proyectado por J. A. Coderch. A partir de esta colaboración, Polinax comenzará a fabricar la

mayoría de las lámparas de Miguel Milá, inicialmente producidas por Tramo.

Delta de Oro ADI-FAD: cubo para hielo (Gres, S. A.). El jurado de esta edición es por primera vez internacional, y está formado por Enrico Peressutti, Ilmari Tapiovaara y Oriol Bohigas.

1964 Es miembro de la Junta del ADI-FAD hasta 1967.

Delta de Oro ADI-FAD: lámpara Max Bill (Polinax).

1965 Participa en la exposición permanente del Centro Informativo para el Diseño Industrial (CIDI), creado por el ADI-FAD en colaboración con el Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares. Esta será la primera exposición permanente de Diseño Industrial en España y la novena reconocida por el ICSID.

Publica en la revista *Cuadernos de Arquitectura* un artículo que lleva por título «Sobre lámparas», que se convertirá en un referente histórico en torno al mueble español.

Delta de Oro ADI-FAD: lámpara Globo (Polinax).

Delta de Plata ADI-FAD: pinzas de hielo (Gres, S. A.).

1966 Delta de Plata ADI-FAD: macetero interiores (junto con André Ricard) (Arce).

Premio de la Crítica ex-aequo: mesa de juego (Gres, S. A.).

1967 Traslada su estudio a Esplugas de Llobregat, en la calle Somatents, 40.

Asiste en Montreal (Canadá) al V Congreso-Asamblea del ICSID.

Participa en las «Conversaciones sobre diseño industrial» que tienen lugar en el Colegio de Arquitectos de Valencia, bajo el patrocinio de este colegio y Vikalita, S. A.

Deja Elisava y continúa su labor pedagógica en Eina. Ejercerá la docencia en este centro hasta 1975.

Delta de Plata ADI-FAD y Premio de la Crítica: farola alumbrado público BM (conjuntamente con J. Bonet) (Polinax).

1968 Durante los meses de abril y mayo tiene lugar una exposición dedicada a sus diseños en la Galería AS (Provenza, 273) de Barcelona.

Realiza la decoración, junto con Julio Schmid, de las nuevas oficinas del ADI-FAD en la calle Brusi, 39.

Ocupa el cargo de tesorero del ADI-FAD.

Participa en la 3.<sup>a</sup> Bienal de Diseño Industrial que se celebra en Liubliana. Asiste a la conferencia internacional de Diseño Industrial celebrada en Aspen (Colorado, EE. UU.), bajo el patrocinio de IBM.

Delta de Oro ADI-FAD: pie soporte de mesa (Gres, S. A.).

1969 Asiste en Londres al VI Congreso-Asamblea del ICSID. Delta de Plata ADI-FAD: mesa en poliéster para exteriores (Gres, S. A.).

1970 Asiste en París al VII Congreso-Asamblea del ICSID. Miembro del Jurado del Premio Delta FAD 1970 junto con Misha Black y Sergio Asti, y del primer concurso de diseño para estudiantes que también convoca el ADI-FAD.

1971 Jurado del Premio Formas-71 de la Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona.  
Asiste en Ibiza al VII Congreso-Asamblea del ICSID.

1973 Asiste en Kioto (Japón) al VIII Congreso-Asamblea del ICSID.

1974 Es nombrado presidente del ADI-FAD, cargo que desempeña hasta 1975.

Jurado del 4.º Concurso de Diseño Industrial convocado por la Feria Monográfica de la Cerámica, Vidrio y Elementos Decorativos de Valencia, y del Premio Skai de la firma Aiscondel.

Recibe la Medalla FAD 1974 de manos de Antoni de Moragas junto con el crítico de arte Alexandre Cirici y los arquitectos Federico Correa y Vicenç Bonet.

El número 95 de la revista *Hogares Modernos* dedica un amplio artículo monográfico a su obra con textos de Daniel Giralt-Miracle.

1975 Asiste en Moscú al Congreso del ICSID.

1977 Asiste en Dublín al Congreso del ICSID.

Realiza el diseño de la exposición dedicada al doctor Robert para promocionar la reconstrucción del monumento dedicado al antiguo alcalde de Barcelona.

Delta de Oro ADI-FAD y Premio de la Crítica: chimenea A-14 (Polinax, S. A.).

- 1978 Miembro del Jurado del Premio Eina.  
Asiste como delegado del ADI-FAD al congreso del ICSID en Dublín junto con André Ricard.
- 1980 Inicia los trabajos de remodelación de la señalización y el interiorismo del Hospital Clínico, para los que diseñará productos como el banco y el cenicero de pared Clinic y un carrito para enfermos, entre otros.  
Realiza el diseño de la exposición *Tàpies, els anys 80* en el Saló del Tinell de Barcelona.
- 1981 Mención ADI-FAD: lámpara de pie AL-2 (García-Garay).
- 1983 Jurado de la Medalla ADI que premia los trabajos escolares de recién graduados en la disciplina de Diseño Industrial.  
En los locales de B D Ediciones de Diseño tiene lugar la presentación del rediseño de la lámpara TMC. Con ocasión de la presentación, Federico Correa pronuncia una conferencia.  
Inicia su colaboración con la empresa TMB (Transportes Metropolitanos de Barcelona), para la

que diseñará los interiores de las unidades de metro serie 2000 y 3000.

Diseña la *Exposición antológica de Salvador Dalí* en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid para el Ministerio de Cultura.

1984 Es nombrado presidente del ADI-FAD (1984-1985).

Realiza el interiorismo de las oficinas de la empresa de Antonio Puig, S. A., en Madrid.

Diseña diversos expositores para los museos municipales de Barcelona, entre ellos el Picasso, en el palacio Meca.

1985 Remodelación de la fábrica, oficina técnica y laboratorio de la empresa Antonio Puig en Barcelona.

Participa en la exposición *Diseño España*, que tiene lugar en Bruselas dentro de Europalia 85 y que será una de las primeras muestras en presentar el diseño español en Europa. Para esta exposición realiza el proyecto de montaje junto con Pedro Azara, Manuel Arenas, Aurelio Santos, Lelis Marquès y Juan Milá.



Diseña la exposición *Barcelona - París - New York* en el Palau Robert de Barcelona para la Generalitat de Catalunya.

1986 Realiza el diseño de la exposición monográfica de Albert Ràfols-Casamada en la Fundación Miró de Barcelona.

Realiza el interiorismo de las salas de prensa y protocolo del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid. Para este proyecto diseña algunas piezas de mobiliario como el sofá y la mesa baja Sofia.

Delta 25 años: lámpara de pie TMC.

1987 Se le concede el Premio Nacional de Diseño en su primera edición, junto con André Ricard, como reconocimiento a su historial profesional.

Santa & Cole fabrica y comercializa la lámpara TMM, hasta entonces producida por Gres. Esta será la primera de muchas colaboraciones entre Miguel Milá y Santa & Cole, que años después volverá a producir otras de sus lámparas más icónicas, como la Cesta, la TMC, la M68 o la Max Bill (Serie

Americana) y nuevos diseños de gran éxito comercial, como el banco NeoRomántico. Funda, junto con sus hermanos Leopoldo y Luis María, la empresa DAE (Diseño Ahorro Energético), que, aunque inicialmente es concebida para el diseño y desarrollo de instalaciones de energía solar, se dedicará principalmente a la producción de elementos de mobiliario urbano e iluminación exterior.

Jurado de la Medalla ADI que premia los trabajos escolares de Diseño Industrial.

- 1988 Algunos de sus diseños son seleccionados para formar parte de la exposición *La Catalunya del Disseny*, inaugurada en Milán en marzo. Recibe el Premio Apecmo en reconocimiento a su larga trayectoria profesional.
- 1991 Imparte un taller sobre el objeto cotidiano en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.
- 1992 Realiza el interiorismo del restaurante y las oficinas del Pabellón de Cataluña en la Expo de Sevilla.

Jurado de la Medalla ADI que premia los trabajos escolares de Diseño Industrial.

1993 Es condecorado con la Creu de Sant Jordi otorgada por la Generalitat de Catalunya. Ese mismo año fue concedida también a personalidades como el arquitecto Ricardo Bofill Leví y el diseñador André Ricard.

Lleva a cabo un Taller de Arte Actual en el Círculo de Bellas Artes de Madrid patrocinado por la revista *Nuevo Estilo*.

1994 Traslada su estudio a la calle Cervantes, 7, de Barcelona. Premio Industrial Forum Design de Hannover (Alemania): manecilla para puerta en acero inoxidable (FSB).

1995 Con motivo de la 3.<sup>a</sup> edición de la Primavera del Diseño, se homenajea su figura y carrera profesional con una exposición monográfica celebrada en la tienda Manbar. En la inauguración de esta muestra, Oriol Bohigas glosa su trayectoria profesional. Poco después, esta misma muestra es exhibida en Zaragoza.

Delta de Plata: banco urbano Viceversa (Santa & Cole Ediciones de Diseño, S. A.).

1996 Se inaugura en la tienda Alvarado Muebles de Alicante una exposición monográfica en la que se muestran alrededor de sesenta de sus diseños. Participa como conferenciante en los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Junto con sus hijos Gonzalo y Micaela, crea la sociedad Milá Diseño, que integra diseño gráfico, interiorismo y diseño industrial.

1997 Traslada su estudio a la calle Enric Granados de Barcelona.

1998 Participa en la exposición *Diseño Industrial en España* en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid.

1999 Realiza el interiorismo del piso de época de la Casa Milá de Gaudí por encargo de la Fundación Caja Cataluña.

2001 José Corredor-Matheos (texto) y Albert Ràfols-Casamada (prólogo) escriben la primera monografía

dedicada a su obra, publicada por la ESAB (Ediciones UPC) y Santa & Cole Ediciones de Diseño, S. A.

Forma parte del jurado de los premios Delta 2001 junto con Anna Calvera, Ferrán Alberch, João Mena de Matos, Ramón Sanfeliu y Laura Sanchís.

2002 La Generalitat de Catalunya le otorga el galardón de Maestro Artesano en la modalidad de Diseñador Industrial.

2003 El FAD organiza una de las mayores exposiciones antológicas del diseñador dentro del marco del Año del Diseño 2003. La exposición *MM*, comisariada por Pedro Azara y llevada a cabo en el Palau Robert de Barcelona, revisa la obra del diseñador desde sus inicios hasta la fecha. Para la ocasión se edita un completo catálogo que recoge cincuenta y ocho de las piezas mostradas, así como textos de Pedro Azara, Blanca Pujals, Oriol Pibernat, Anatxu Zabalbeascoa y André Ricard.

Proyecta el stand de la empresa DuPont Corian® para la Feria Construmat, en Barcelona.

Delta de Plata: banco *NeoLineal* (Santa & Cole Ediciones de Diseño, S. A.).

2004 Gana, junto con Santa & Cole, el Concurso de Mobiliario Urbano para los Centros Históricos de Álava.

2005 Mención Diseño para Todos ADI-FAD: grifería serie Milá (Supergrif Kitchen & Bath, S. L.).

2007 El 24 de abril se inaugura en el Blanquerna Centro Cultural de Madrid la exposición retrospectiva *Miguel Milá. La sabiduría de vivir*, organizada por la Generalitat de Catalunya en colaboración con Santa & Cole y comisariada por Anna Calvera.

El FAD homenajea su carrera en el ciclo *Mestres. La cadena del FAD*.

Se inaugura la exposición temporal *Homenaje a Miguel Milá* en el Museo Nacional de Artes Decorativas de Madrid.

2008 Se le hace entrega en Turín del premio Compasso d'Oro Internazionale, con el que se premia por primera vez la trayectoria de diseñadores tanto italianos como extranjeros. Este galardón es

otorgado también en esta edición a sir Terence Conran.

2009 Se rinde homenaje tanto a Miguel Milá como a su banco NeoRomántico con la exposición *En el banco del Señor Milá* en la Roca del Vallés.

2010 Es homenajeado junto a André Ricard en la exposición *Maestros del diseño español* en el marco de CasaDecor 2010.

Recibe el Premio Nacional de Cultura por el Consejo Nacional de la Cultura y de las Artes (CoNCA) del Gobierno de la Generalitat de Catalunya a la trayectoria profesional y artística. Es elegido como académico de honor de la Real Academia Catalana de Bellas Artes de Sant Jordi.

2012 Bajo el título *Miguel Milá: diseños, dibujos y muchas cosas más*, la tienda Matèria de Barcelona acoge una retrospectiva especial dedicada a su obra. En ella se exponen desde dibujos hasta maquetas de estudio y piezas físicas del diseñador.

2016 Recibe de manos de los reyes de España la Medalla al Mérito en las Bellas Artes 2016, concedida por el

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

2017 Se presenta el primer documental dedicado a su obra y su figura con el título *Miguel Milá. Diseñador industrial e interiorista. Inventor y bricoleur*, dirigido por Poldo Pomés, con guion de Marta Feduchi y realizado en colaboración con Santa & Cole.

Asiste en la Universitat Politècnica de València a la lectura de la tesis doctoral *Obra del Diseñador Miguel Milá*, escrita por Kiko Gaspar y dirigida por Gabriel Songel. En ella se repasa su trayectoria profesional y se realiza una catalogación completa de su producción como diseñador industrial hasta la fecha. Recibe el Premio AD al Diseñador del Año. Es galardonado con el Premio CIDI (Consejo Iberoamericano de Diseño de Interiores).

Es invitado como ponente junto a Carme Pinós, Martín de Azúa, Nina Masó y Blai Puig durante Expohogar 2017.

Participa en la jornada *Premios Nacionales de Diseño* junto con Mario Ruiz, dentro de las actividades organizadas con motivo de la Feria Hábitat Valencia.



Premio Fuera de Serie 2017 en la categoría Diseño:  
silla Gata (Expormim).

Mención del Jurado ADI-FAD: silla Gata  
(Expormim).

2018 Wallpaper Design Award 2018 (Sección Best  
Weaves): silla Gata (Expormim).

2019 German Design Award 2019: taburete Gres  
(Expormim).

# Miguel Milá por Miguel Milá, o una guía de diseño para la vida.

Miguel  
Milá

Lo esencial  
Una guía de diseño  
para la vida

Lumen



*¿Cuándo diseño? Siempre.*

Sus lámparas, sus sillas de caña o sus icónicos bancos barceloneses forman ya parte de nuestro imaginario, pero su obra es mucho más amplia, atenta siempre a las necesidades humanas y con un profundo sentido de la funcionalidad y de la estética.

Miguel Milá ha sido también un ecologista *avant la lettre* y un defensor de «lo esencial» y de la «emoción» como elementos decisivos a la hora de diseñar.

Ha habido libros que estudian y analizan su obra, y un importante documental, pero nunca antes un «Milá por Milá». En *Lo esencial*, Milá habla de sí mismo, de su obra, sus principios y sus ideas, pero también de su familia (tan vinculada a la historia de Barcelona), de su propia vida y de la educación de sus hijos.

Este no es un libro para diseñadores, o solo para diseñadores, los prácticos consejos de este premiado artista que se define a sí mismo como «inventor y *bricoleur*» pueden cambiar nuestra vida cotidiana, del mismo modo que, para distintos tipos de lectores, lo han hecho los consejos de Ferrán Adrià o las reglas de Marie Kondo.

Este es un libro indispensable para repensar nuestro mundo personal; para rodearnos de objetos útiles y bellos («Una lámpara está mucho más tiempo apagada que encendida», nos recuerda Milá); para reconocer las aberraciones del diseño (como los lavabos

o los platos cuadrados); para reconocer lo verdaderamente importante («Lo sencillo es complejo de conseguir»); para saber vivir en armonía con los elementos y la naturaleza, pero también con los demás, empezando por nuestra propia familia («Sé útil y te utilizarán»). *Lo esencial* es el legado teórico y vital del mayor diseñador español, cuya obra confirma la definición de «clásico»: aquello que no se puede hacer mejor.

**Miguel Milá** (Barcelona, 1931), Premio Nacional de Diseño, Compasso d'Oro y Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, es uno de los maestros indiscutibles del diseño industrial en España. Miembro de la generación de los pioneros del diseño de los años 1950, ha visto cómo algunos de sus muebles y lámparas se han convertido en auténticos clásicos. Comenzó a trabajar como interiorista en el estudio de arquitectura de su hermano Alfonso y Federico Correa a finales de esa década, una época en que apenas se sabía qué era el diseño industrial. Ante la escasez de objetos, medios y materias primas, pronto empezó a diseñar sus propios muebles y lámparas, que no tardó en producir a través de su empresa, Tramo (acrónimo de Trabajos Molestos), montada con los arquitectos Ribas Barangé y Pérez Ullibarri y de la que surgirían las primeras versiones de las famosas lámparas TMC y TMM, clásicos intemporales que continúan vendiéndose generaciones después. Más adelante fundó su propio estudio de diseño e interiorismo y participó, junto a André Ricard, Antonio de Moragas, Oriol Bohigas, Alexandre Cirici Pellicer, Manel Cases, Rafael Marquina y Ramón Marinel·lo, entre otros, en la creación del ADI FAD, asociación dedicada a la difusión del diseño español en el extranjero.

Tras una etapa dedicado al interiorismo y al diseño de exposiciones, retomó el diseño industrial con un fundamento igualmente racionalista y un lenguaje más actual, ejemplificado por el banco NeoRomántico (1995), un ícono del paisaje urbano barcelonés.

Miguel Milá ha desempeñado un papel fundamental en la historia del diseño catalán moderno. Su trabajo se ha basado en poner al

día la tradición y su magnífica trayectoria profesional ha contribuido a la difusión del diseño español en el mundo.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Miguel Milá

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Anatxu Zabalbeascoa, por la edición y el epílogo

© 2019, Francisco Gaspar Quevedo, por la cronología

Diseño del interior: Quim Boix

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Clara Nadal

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0583-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer





# Índice

Lo esencial

Prólogo

Diseñar es ordenar

La moda pasa de moda

Diseñar es mirar la vida con lupa

Nuestra casa

Diseño familiar

~~R~~evolucionario

Convivir sin esfuerzo

Los hijos te educan

Herramientas e ingenio

Presostenible y preindustrial

Sentido del humor y sentido del amor

Hace años era tartamudo

Siempre tengo una reparación en la cabeza

Objetos que nacen muertos

Verdades escondidas en los bancos

Iluminar y deslumbrar

Tres claves para una chimenea  
He limpiado tantos grifos como zapatos  
Un sofá es lo que más cuesta diseñar  
En el color prefiero evitar el riesgo  
En un restaurante lo primero no es la comida  
Breve compendio de aberraciones  
Multiplicar la riqueza y no el dinero  
La suerte hay que trabajarla  
Más de matices que de revoluciones  
«Viejos Milá»  
Viajar te pone en tu sitio  
«Vuestro padre no tiene fortuna»  
Mi madre siempre apagaba las luces  
La Guerra Civil  
Sevilla  
Barcelona  
«Academia de la Rotonda»  
La Casa Milá cuando no le gustaba a nadie  
Los deportes y el Montseny  
También he cantado  
Gente que me impresiona

Exponer es exponerse

Por qué me interesa Ikea

Cosas importantes

Los grandes logros son los que pueden compartirse

Decálogo (doble) para entenderme a mí mismo

Epílogo. Un libro hablado y visto en popa

Cronología

Sobre este libro

Sobre Miguel Milá

Créditos